

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LA BELLA PORDIOSERA



de

Daphne ha estado cuidando de su anciano tío desde hace varios años. Cuando unos parientes lejanos vienen a visitarle, se dan cuenta que Daphne está al límite del agotamiento y persuaden a su tío para que le dé unas vacaciones. Tres meses después, cuando vuelve de Oriente, Daphne descubre que su habitación ha sido clausurada y que la acusan de haber atiborrado a drogas a su tío para heredar antes. Daphne recurre a Perry Mason y...



Erle Stanley Gardner

El caso de la bella pordiosera

Perry Mason - 76

ePub r1.0

Ronstad 27.10.2014

Título original: *The Case of the Beautiful Beggar*

Erle Stanley Gardner, 1965

Traducción: M. Giménez Sales

Retoque de cubierta: Mininogris

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALMA Grantland (Doctor): El tribunal lo nombró para examinar a Horacio Shelby, y lo único que tuvo que hacer fue encontrarle.

BALLINGER: Juez que firmó una orden y tuvo motivos para arrepentirse.

BAXTER Tillman (Doctor): Obtuvo su título médico sin examen, adquiriéndolo junto con el sanatorio «Buena voluntad».

BURGER Hamilton: Fiscal del distrito. También esta vez se halló a punto de conseguir una victoria sobre Perry Mason... logrando sólo salir derrotado.

DRAKE Paul: Sus conexiones con los Bancos de la ciudad se estaban resquebrajando por culpa del caso Shelby.

EXETER Ralph: El amigo íntimo de Borden Finchley. Su mejor inversión era su amigo y no podía separarse del mismo.

FINCHLEY Borden: El hermanastro de Horacio Shelby, decidido a protegerle, así como a su fortuna... aunque esto significase la muerte... para Horacio, claro está.

FINCHLEY Elinor: Tía de Daphne Shelby por su matrimonio. Antes fue enfermera y todavía siente la pasión de la aguja hipodérmica.

HADLEY Bill: Un físico metido a detective, amigo de Perry Mason, y muy entendido en tuberías del gas.

INSKIP: Agente de Paul Drake, sumamente dinámico y dormilón.

MASON Perry: Aceptó el caso Shelby porque contemplar a la joven Daphne era un placer inapreciable.

MELROSE Darwin: El joven abogado de Finchley... aunque un poco atolondrado, por lo que Mason «le birla» el caso.

MOSHER Marvin: Creyó que el caso contra Daphne Shelby era a prueba de bombas, pero Perry Mason logró convencerle de lo contrario.

PAXTON Stanley: Vicepresidente del Banco, con un gran sentido del humor, pero cuando le prestó setenta y cinco mil dólares a Perry Mason, los Finchley no supieron apreciar la broma.

SELKIRK: Un médico sumamente meticuloso y altamente sorprendido ante la receta de Perry Mason.

SHELBY Daphne: Sus triunfos eran obvios: un bello rostro y un cheque de ciento veinticinco mil dólares.

SHELBY Horacio: Su hermano afirmaba que padecía demencia senil, pero aún poseía la suficiente inteligencia para huir de la Policía y darle esquinazo.

STREET Della: Secretaria confidencial de Perry Mason y su mano derecha en el despacho, las cenas y los bailes.

TRAGG (teniente): Se hallaba sobre la buena pista, pero tropezó con una tubería de gas.

Prologo

Durante varios años había anhelado conocer y conversar con el doctor T. Furuhashi, de Tokio, Japón.

Casi desde que comencé a sentirme atraído por la medicina legal, oí hablar del doctor Furuhashi, sus descubrimientos y la importante labor llevada por él a cabo en el aspecto de la serología, la medicina legal y la ciencia policíaca.

Cuando le escribí, pidiéndole una entrevista en Tokio, no sólo me contestó afirmativamente, sino que su recibimiento a mi llegada fue el indicio de la innata cortesía y la consideración de su raza.

En el transcurso de nuestra correspondencia, el doctor Furuhashi me sugirió que me dirigiese a su oficina, situada en el Instituto Nacional de Investigación de la Ciencia Policiaca. Nos pusimos de acuerdo en la hora, y yo, por mi parte, traté de ser puntual, pero debido a una serie abrumadora de citas y a la congestión del tráfico, llegué, junto con mis acompañantes, con unos minutos de retraso.

A pesar de que el día era frío y ventoso, hallamos a los dos ayudantes del doctor Furuhashi en la acera, con la cabeza descubierta, esperándonos. Probablemente, llevaban allí más de un cuarto de hora.

Nos dedicaron unas ceremoniosas inclinaciones del cuerpo desde la cintura, al estilo japonés, y luego nos estrecharon las manos, según la moda occidental; acto seguido, nos escoltaron hasta el despacho del doctor Furuhashi.

Yo sabía lo suficiente respecto a las informaciones estadísticas del doctor, para saber que contaba más de setenta años. También conocía algo respecto a la prodigiosa tarea llevada a cabo durante su vida, y la energía desplegada para superar todos los prejuicios, investigando en nuevos aspectos de la ciencia, apadrinando

indagaciones y estimulando nuevos descubrimientos. Esperaba, por lo tanto, hallarme ante un hombre que, al menos, procuraría llevar una existencia sosegada; que tal vez se mostraría un poco fatigado y más que hastiado de todo.

Ante mi sorpresa, me hallé delante de un individuo de mirada firme y penetrante que poseía aún toda la energía de una pelota de tenis saltando sobre una pista de cemento.

Una vez concluidos los preliminares, el doctor Furuhashi comenzó a hablar de medicina legal, de los grupos sanguíneos y la ciencia policíaca, y una vez embarcado ya en la discusión de su tema favorito, su mente se desbocó de tal forma que debo confesar mi ignorancia casi total.

De cuando en cuando hacíamos un esfuerzo para ponernos a su altura y obtener una visión general de lo que nos estaba explicando el doctor, pero, en realidad, nos resultaba imposible entender tal cantidad y calidad de detalles técnicos.

Durante largo tiempo los médicos creyeron que la sangre humana se hallaba sujeta a ciertas clasificaciones limitadas. Pero después los serólogos comenzaron a descubrir nuevos factores en dichas clasificaciones, y hombres como el doctor Furuhashi se dedicaron a explorar las subclasificaciones de estos diversos factores.

El progreso conseguido en este campo es asombroso.

El doctor Furuhashi, moviéndose con la misma rapidez de un atleta profesional, empezó a tirar de diversas tablas que, lo mismo que las persianas, podían descender desde el techo y volver enrolladas al mismo.

El doctor Furuhashi es bilingüe. Habla y escribe inglés con la misma facilidad que el japonés; pero sus tablas, naturalmente, estaban redactadas en este último idioma, y aunque sus explicaciones nos las daba en inglés, su técnica era tan grande y profunda, que algunas veces no llegamos a entenderle en absoluto. Yo estaba sentado en el despacho, asintiendo con el gesto, captando algunos detalles, pero mucho más interesado en el personaje como tal que en los principios científicos que nos exponía.

Luego nos condujo al laboratorio policíaco, donde también se halla instalado el museo, y comenzó a contarnos casos en los que

había intervenido, casos representados por restos humanos conservados en formaldehído, algunas armas, fragmentos de cuerda, ropas ensangrentadas, y todo ello ilustrado con fotografías de la policía.

En el laboratorio me sentí ya más a gusto, ya que mi principal propósito al visitar al doctor Furuhashi era averiguar algo del mismo, en su condición humana. Su estatura es tan grande en su profesión que sólo puede describirla una palabra: la cumbre.

El doctor Furuhashi, como otros muchos científicos de primera categoría, es completa y absolutamente imparcial. Su devoción va dedicada a la ciencia, no a la acusación ni a la defensa, sólo a la ciencia de la tarea investigadora, la medicina legal, la serología y las pruebas.

Muy amablemente, sondeó mis ideas. Cuando penetramos en el laboratorio y museo policíaco sabía ya exactamente cuándo yo entendía sus explicaciones y también el significado de lo que él decía.

Se dice que un buen viajante de comercio es aquel que sabe cuándo tiene que cerrar el trato, y por lo mismo cabe afirmar que el buen profesor es aquel que sabe cuándo ha explicado ya debidamente su tesis.

El doctor Furuhashi siempre calla en el momento preciso, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, una vez sus oyentes ya le han entendido.

Por todo esto, el tiempo transcurrió velozmente. Cuando por fin consulté mi reloj, me sentí culpable porque sabía cuán atareado se halla siempre el buen doctor y cuán valioso es su tiempo.

El doctor Furuhashi es conocido internacionalmente y respetado y admirado en todos los países. Es un científico japonés que posee la meticulosidad que caracteriza a los de su raza y que, por este motivo, tantos descubrimientos han realizado en el campo de la investigación médica. Pero, además, el doctor Furuhashi es un individuo sumamente dinámico que reúne todo el material disponible antes de llegar a una conclusión, y que cuando llega a la misma sabe que es la acertada.

Debido a que la medicina legal tiene tanta importancia en nuestra vida, a que los descubrimientos del doctor Furuhashi han

sido de un gran valor en la investigación de muchos crímenes, y a que sus conocimientos han hecho avanzar grandemente la ciencia de la serología, deseo aprovechar esta oportunidad y dedicar este libro a mi buen amigo,

TANEMOTO FURUHATA, M. D., M. J. A., Profesor Benemérito de la Universidad de Tokio.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo I

Della Street, la secretaria confidencial de Perry Mason contempló al abogado con suplicante mirada.

—Por favor, jefe, recíbala.

Mason frunció el entrecejo.

—Tengo la entrevista de las diez y media, Della, y antes deseo ver a ese tipo que... ¡Oh, está bien, no quiero fastidiarle el día! ¿De qué se trata?

—Acaba de llegar a los Ángeles, procedente de Oriente, por Honolulu. Tiene una carta de su tío, pidiéndole que se ponga inmediatamente después de su llegada en contacto con usted, incluso antes de ir a su casa.

—¿Y no envió ningún radiograma pidiendo hora?

—No es de esa clase —replicó Della, sonriendo—. Tiene unos veintidós años, es bastante ingenua, reservada y parece muy trastornada.

—¿Así que tenía que verme inmediatamente después de llegar a Los Ángeles, eh?

—Exacto. Su tío, Horacio Shelby, le envió una carta y...

—¿Cómo está redactada la carta?

—No lo sé. La chica ha dicho que su tío le prohibió enseñársela a nadie que no fuese Perry Mason.

El abogado exhaló un suspiro.

—Bien, que pase. Veré qué quiere, me desharé de ella lo antes posible y...

Della Street, como una centella, ya había salido del despacho antes de que Mason terminara la frase.

Perry Mason sonrió ampliamente y se levantó cuando Della cedió el paso a una bellísima joven.

—Daphne Shelby —la presentó, y luego, dirigiéndose a la recién llegada, añadió—: Y éste es Perry Mason.

Daphne musitó un saludo, abrió su bolso, sacó una carta y dijo:

—Muchas gracias por haberme concedido esta entrevista, señor Mason. Supongo que debí pedir cita por anticipado, pero estaba tan angustiada... Trataré de ser lo más breve posible.

Della cogió el sobre con la carta y se lo entregó a Mason.

El abogado sostuvo el sobre en sus manos un instante, durante el cual examinó a Daphne.

—¿Quiere sentarse? —le indicó.

La muchacha lo hizo en una butaca de alto respaldo, en lugar del muelle y recargado sillón reservado a los clientes.

Mason, antes de hablar, la contempló pensativamente.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años.

—¿Y quiere verme a instancias de su tío?

—Sí, Horacio Shelby.

—¿Qué edad tiene él?

—Setenta y cinco.

—¿Es su tío? —siguió interrogándola Perry Mason.

—Sí —afirmó ella, observando las enarcadas cejas del abogado—. Yo soy la hija de Roberto Shelby, que tenía dieciocho años menos que tío Horacio.

—¿Vive su padre?

—Papá y mamá fallecieron en un accidente de automóvil cuando yo contaba un año de edad. Tío Horacio envió a buscarme y es él quien me ha criado.

—¿Está casado?

—No, es viudo, pero tenía a una maravillosa ama de llaves, que a mí me quería tanto como si fuera mi madre.

—¿Sigue con él?

—Murió hace dos años... Por favor, señor Mason, creo que debería usted leer la carta y entonces comprenderá la urgencia del caso.

Mason extrajo la misiva del sobre, la desdobló y observó que la misma iba dirigida a Daphne Shelby, a bordo de un buque, en Honolulu, y estampillada como «urgente».

Estaba escrita a pluma y la caligrafía ostentaba los trazos temblorosos de una persona cuyos reflejos se han desvanecido con la edad. La carta decía:

Querida Daphne:

No vengas a casa hasta que hayas hecho lo que voy a pedirte. No permitas tampoco que nadie sepa que has recibido esta carta mía. No podré ir a recibirte al barco. Cuando llegues coge un taxi y dirígete lo antes posible al bufete de Perry Mason, el célebre abogado. Haz que Mason vaya al Banco contigo; cobra el cheque que te adjunto y dile a Perry Mason que se haga cargo del dinero, en custodia, a fin de que nadie pueda apoderarse del mismo.

Una vez efectuado todo esto, ven a casa y procura disimular tu inquietud. Pero prepárate a recibir una gran sorpresa.

Dile a Perry Mason que prepare un testamento, dejándote a ti toda mi fortuna. Quiero que sea un testamento muy breve y deseo que lo tenga listo lo antes posible. Que Perry Mason venga a casa cuando tenga el testamento a punto de firma. Dile que traiga unos testigos, y que a la primera oportunidad tendrá que entregarme el testamento, yo lo firmaré y se lo devolveré para que lo guarde. Nadie más que Mason y los testigos deben saber que tiene un testamento preparado para que yo lo firme, o que ya ha sido firmado. Es necesario el mayor de los secretos.

Recuerda, por favor, Daphne, que, suceda lo que suceda, te quiere con todo su corazón

Tu tío Horacio

Mason leyó la carta, arrugando la frente en su afán de concentrarse.

—Sí, parece un caso de emergencia —observó al fin—. ¿Tiene idea de qué se trata?

—Todo lo que sé es lo que dice la carta. La recibí en Honolulu. He pasado tres meses de vacaciones en Hong Kong. Ellos juzgaron necesario que descansara.

—¿Quiénes son «ellos»? —inquirió Mason.

—Borden, el hermano de tío Horacio, y su amigo.

—¿Borden Shelby?

—No, su apellido es Finchley, porque es sólo hermanastro de mi tío. Él y su esposa vinieron a los Ángeles a visitar a tío Horacio, y Borden vino acompañado de su amigo Ralph Exeter, y como tía Elinor sugirió que...

—¿Tía Elinor? —la interrumpió Mason.

—Es la esposa de Borden. Dijo que ella se haría cargo de todo. Los tres estuvieron de acuerdo en que yo tenía los nervios destrozados y necesitaba un largo descanso, que lo mejor sería que emprendiese un viaje por mar y que me olvidase de todo, excepto de mi salud.

—¿Y ha estado usted fuera varias semanas?

—Casi tres meses.

Mason extendió la mano como por casualidad.

—¿Había un cheque en el sobre? —preguntó.

La joven le entregó un pedazo de papel verde.

—Aquí está.

Mason estudió el cheque y, de repente, se enderezó en su butaca, frunció el ceño, volvió a mirar el cheque y exclamó:

—¡Está extendido por valor de «ciento veintiocho mil dólares»!

—Lo sé, y no lo entiendo en absoluto —confesó Daphne.

—Evidentemente —observó Mason, comprimiendo los labios—, algo preocupa a su tío —el abogado consultó su reloj—. Está bien, vayamos al Banco y haremos efectivo este cheque. ¿La conocen a usted allí?

—¡Oh, sí!, yo me cuido de los asuntos bancarios de mi tío.

—¿Y sabe si en su cuenta hay saldo suficiente para cubrir esta cantidad?

—Sí. Cuando me marché de viaje tenía unos ciento cuarenta y cinco mil dólares en su cuenta corriente. Lo sé muy bien porque yo siempre he llevado los libros y extendido los cheques.

—¿Pero los firma él? —preguntó Mason.

—¡Oh, sí!

Mason le dirigió a Della Street una mirada conturbada.

—Respecto a la entrevista concedida para las diez y media —le

dijo—, por favor, diga que me esperen unos minutos... Bien, Daphne, ¿qué quiere que hagamos con su dinero? No puede ir por ahí con una suma tan elevada.

—No, no, en la carta, como ya ha visto, mi tío quiere que usted se haga encargo de él y que arregle las cosas de modo que nadie se entere de que lo tiene.

—No me gusta este encargo —expresó Mason, frunciendo el ceño—, pero creo que podré custodiar su dinero hasta que averigüemos qué es lo que ocurre —avanzó hacia la puerta y se detuvo repentinamente—. ¿Lleva usted dinero encima?

—Pues... no. Tío Horacio me entregó unos cuantos cheques de viaje cuando me fui de vacaciones. Pero todo estaba mucho más caro de lo que habíamos calculado, y tuve que cambiar mi último cheque en Honolulu. Apenas me quedó lo suficiente para coger un taxi en el muelle hasta llegar aquí. El taxi para irme a casa tendré que pagarlo con el dinero que saquemos del Banco. En realidad —añadió, disculpándose—, no esperaba nada semejante. Además, el taxi hasta aquí me costó bastante y... Bueno, la verdad es que estoy sin blanca.

—Ya —asintió Mason. Cuando iban por el corredor hacia el ascensor, añadió—: ¿Es rico tío Horacio?

—Mucho, o al menos, yo así lo considero. Posee gran cantidad de bonos y acciones, fincas y una buena suma en dinero.

—Sí, debe ser rico —afirmó Mason—. ¿Pero por qué guarda tanto dinero líquido?

—Le gusta tenerlo a mano para poder efectuar inversiones rápidas, sin tener que molestarse en vender valores.

Bajaron en el ascensor, recorrieron los dos bloques necesarios para llegar al Banco y, una vez en él, Mason le preguntó a la joven:

—¿Conoce a alguno de los cajeros?

—¡Oh, sí! Los conozco a todos. Allí, precisamente, está el señor Jones. Delante de su ventanilla hay una pequeña cola.

Y la muchacha ocupó el último lugar de aquélla. Mason se colocó a su lado. La cola fue acortándose y, al llegar a la ventanilla, Daphne entregó el cheque, después de endosarlo.

—¡Ah, hola, Daphne! —la saludó el cajero, cogiendo el cheque—. ¿Un depósito?

—No, quiero cobrar este cheque.

El cajero abrió un cajón.

—Está bien, ¿cómo lo quieres? —miró la cantidad y se quedó inmóvil—. Perdóname un momento, por favor.

Abandonó la ventanilla y unos momentos después volvió acompañado del cajero mayor, el cual miró a Daphne y luego a Perry Mason.

—¡Vaya, si es el famoso abogado! ¡Hola, señor Mason!

Mason correspondió amablemente al saludo.

—¿Te acompaña? —le preguntó luego el cajero mayor a la muchacha.

Ésta asintió.

El cajero mayor le devolvió el cheque.

—Lo siento, Daphne, pero no tenemos dinero con que pagarte.

—¿Que no hay dinero? —exclamó ella—. Estoy segura de lo contrario. Cuando me marché había...

—La cuenta de tu tío fue cancelada por orden del Tribunal —replicó el cajero mayor—. Fue transferida a un tutor. Ejem... Creo que es mejor que vayas a ver a tu tío. El señor Mason podrá explicarte también lo que sucede.

—No sé si lo entiendo —confesó Mason—. ¿Cuál es el estado exacto de la cuenta?

—Un tribunal dio la orden de nombrar un tutor. Éste pidió el balance de la cuenta y extendió un cheque por la cantidad exacta, transfiriendo los fondos a una cuenta a nombre de Borden Finchley, el tutor.

—¿Cuándo fue esto? —quiso saber Mason.

—Anteayer.

—Empiezo a entenderlo.

La mirada del cajero mayor era de suma simpatía al devolverle el cheque a Daphne.

—Lo siento... aunque, bien mirado, es un cheque un poco fuera de lo común, ¿eh?

—Sí, lo sé —asintió la joven—. Fue cosa de tío Horacio.

—Pues será mejor que hables con él y también con Borden Finchley. ¿Le conoces?

—¡Oh, sí!, es tío mío, también. Bueno, un hermanastro de tío

Horacio. Ahora vive con él.

El cajero mayor dirigió una suspicaz mirada a Perry Mason, y luego volvió a posar sus ojos en la chica.

—¿Estuviste fuera? —le preguntó.

—Sí, me fui de vacaciones hace unos tres meses.

—Pues, al parecer, han ocurrido bastantes cosas durante tu ausencia —observó el cajero. Entonces miró la cola que se estaba formando detrás de Daphne y Mason, y agregó—: Estoy seguro, sin embargo, de que el señor Mason se encargará de todo.

Le dirigió una simpática sonrisa y regresó a su mesa.

Mason cogió a Daphne por el brazo.

—Creo que lo mejor será que me entregue este cheque, Daphne, y también que me quede con la carta. Ahora debo acudir a una cita que no puedo aplazar, ya que la persona que he de ver estará ya en mi despacho. Por tanto, le aconsejo que tome un taxi y vaya a ver a su tío Horacio. Si no consigue hablar con él, póngase de nuevo en contacto conmigo y...

—¿Por qué no he de poder hablar con él? —se sobresaltó la muchacha.

—No lo sé —confesó Mason—. Puede haber sufrido un ataque, o algo parecido. Una persona de su edad está propensa a que le ocurra cualquier cosa. Estoy completamente seguro de que se ha producido un cambio drástico durante su ausencia. Repito, pues, que si por cualquier motivo no pudiera ver a su tío, quiero que regrese inmediatamente a mi oficina. Puede telefonear antes y mi secretaria, la señorita Street, aguardará su llegada.

—¿Cree que mi tío Horacio puede...? —la joven no terminó la frase; sus ojos se abrieron desmesuradamente por la alarma.

—No lo sé. Su tío Horacio gozaba de todas sus facultades cuando escribió la carta, pero es evidente que luego ha ocurrido algo. Tal vez no se entienda muy bien con su hermanastro...

—Sí, podría haber algo por aquí —afirmó la muchacha—. No le gustó mucho la visita de Borden y su esposa.

—Bien —repuso Mason—, aquí tiene veinte dólares para el taxi y algún otro gasto. Ahora, váyase a su casa y yo volveré a mi despacho. Llame, si acaso, a la señorita Street y, de todos modos, hágame saber lo que ha ocurrido.

El abogado le dio una palmadita tranquilizadora, la ayudó a montar en el taxi y luego emprendió la marcha hacia su oficina.

Capítulo II

Cuando Mason se iba a almorzar le detuvo Della Street.

—Ha vuelto, jefe.

—¿Quien?

—Daphne Shelby.

—La veré ahora.

Della asintió y fue en busca de la joven.

—¿Qué ocurre, Daphne? ¿Malas noticias? —le preguntó Mason cuando la muchacha penetró en el despacho.

Los ojos de Daphne pregonaban que había estado llorando, y parecía estar como atontada bajo el impulso de un gran golpe.

—Han hecho algo terrible, señor Mason.

—¿Quiénes?

—Borden Finchley, Ralph Exeter y Elinor.

—¿Qué han hecho?

—Se han deshecho de tío Horacio.

Y al decir estas palabras, la muchacha estalló en sollozos.

—Calma, calma —la consoló Mason—. No se desespere. Veamos de qué se trata. ¿Qué quiere decir con esto de que se han deshecho de su tío?

—Le han hecho declarar incompetente o insano, o algo por el estilo; se han hecho cargo de la casa, han cerrado mi habitación y me han dicho que tengo sólo tiempo hasta mañana por la noche para llevarme mis cosas. Y se han negado a explicarme lo sucedido.

—Siéntese, Daphne —la invitó Mason—, y veremos qué ha pasado.

Acto seguido, Perry Mason cogió el teléfono.

—Gertie, dígame a Paul Drake que venga, que tengo un caso para él —soltó el receptor y se volvió a Daphne—. Ahora, trate de

tranquilizarse, jovencita. Paul Drake es un buen detective privado. Tiene su oficina en esta misma planta y estará aquí dentro de un minuto. Mientras tanto, deseo que me dé algunos datos.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Ha estado usted tres meses en Oriente?

—En Oriente y a bordo de un barco. Fue un crucero muy largo. Fuimos a Honolulu, Japón, Hong Kong, Manila y luego regresamos.

—¿Recibió alguna carta de su tío durante esta travesía?

—¡Oh, sí!

—¿Qué clase de cartas?

—Unas cartas muy simpáticas.

—¿Y luego, en Honolulu, recibió esta última, eh?

—Sí. De no haber tenido tantas ganas de bajar a tierra, la habría recibido al atracar el buque, y entonces habría podido telefonear o coger un avión. Pero como tenía unos amigos en Honolulu, unos conocidos de la primera vez que pasé por allí, a la ida, vinieron al muelle a recibirme, por lo que dejé el barco tan pronto como pude. Y no volví hasta muy poco antes de que levase amarras. Además, permanecí en cubierta hasta que estuvimos en alta mar. Y cuando bajé al camarote, allí estaba esperándome la carta. Al terminar de leerla, el buque ya había dejado atrás el Diamond Head. Además, la carta, en realidad, no me dijo gran cosa. Pensé que tío Horacio estaría preocupado por alguna tontería sin importancia y que quería dejarme este dinero... ¡Oh!, no sé, señor Mason. Pensé que quizá tuviese algo que ver con los impuestos. Sí, creí que deseaba dejarme este dinero en su testamento, pero que deseaba que lo recibiese libre de gravámenes.

—Habría sido una transferencia en contemplación de la muerte —observó Mason, meneando la cabeza—. No, no le envió el cheque con este propósito. Pero la cuestión es: ¿por qué se lo envió?

—Lo ignoro.

—¿Eran simpáticas y normales sus cartas?

—Sí..., pero, pensándolo mejor, tal vez sus frases fuesen un poco forzadas, como si... Bueno, ahora que usted lo ha mencionado, recuerdo algunas cosas. Sí, eran unas cartas un poco estereotipadas y... Quizá deseaba que me divirtiese y no quiso preocuparme con sus tribulaciones hasta que regresara.

—Volviendo a esta mañana —añadió Mason—, ¿qué la...?

El abogado se interrumpió al oír la llamada en clave de Paul Drake en la puerta excusada del despacho. Mason le hizo una seña a Della Street, la cual fue a abrir.

Paul Drake, alto, flaco, anguloso, entró en la pieza y le dedicó a Perry Mason una sonrisa a guisa de saludo.

—Paul, ésta es Daphne Shelby —les presentó el abogado—. Siéntate mientras yo averiguo qué ha sucedido. Después forjaremos algunos planes, pero, ante todo, es muy importante saber exactamente lo ocurrido —Mason se volvió a Daphne—. Cuénteme lo que pasó cuando llegó usted a su casa.

—Bueno... yo me hallaba muy inquieta y deseosa de ver a tío Horacio, por lo que no llamé, sino que usé mi llavero, entré y grité: «¡Huuu... huuu... ya estoy aquí!». Pero no me contestó nadie. Corrí al estudio de tío Horacio y estaba vacío, lo mismo que su dormitorio. Entonces subí a mi cuarto y lo encontré cerrado.

—¿No tenía usted la llave? —inquirió Mason.

—Caramba, no. Siempre había una en la puerta interior de la cerradura, pero yo jamás cerraba la habitación.

—¿Y esta vez lo estaba, no? —insistió el abogado.

—Sí. Entonces comencé a buscar a tío Borden, a Ralph Exeter o a tía Elinor.

—¿Y a quién encontró?

—A tía Elinor.

—¿Y qué sucedió?

—Tía Elinor me sonrió y exclamó: «¡Oh!, hola, Daphne. ¿Has tenido un buen viaje?». Yo le contesté: «Sí. ¿Qué pasa? ¿Dónde está tío Horacio?».

Y ella me respondió: «Tu tío Horacio no está aquí. Se halla en un lugar donde le atenderán bien. Y suponemos que tú te llevarás todas tus cosas lo antes posible». Me sonrió con frialdad y añadió: «Hemos cerrado tu dormitorio para guardar mejor tus trastos. Nos gustaría que te marchases antes de mañana por la noche porque Borden desea alquilar la casa amueblada. Creo que le dan una bonita cantidad».

—¿Qué más? —la urgió Mason.

—Pues la miré consternada y le contesté: «Éste es mi hogar. Lo

ha sido desde que yo era una niña. Y ciertamente, no pienso marcharme. Quiero ver a tío Horacio y averiguar qué ha pasado». Y entonces, tía Elinor se irritó. Jamás la había visto de aquella manera. Parecía de granito. Me dijo, furiosa: «Por supuesto, no te quedarás aquí, jovencita. ¡Ya has abusado bastante de tu pobre tío!». «¿Que he abusado de él? ¿A qué te refieres?», me indigné a mi vez. Y agregué: «Lo único que he hecho ha sido cuidarle y ayudarle en todo. Si vosotros mismos me aconsejasteis que me tomase estas vacaciones, por lo mucho que había trabajado».

—¿Y qué repuso ella a esto? —se interesó Mason.

—Dijo que habían averiguado muchas cosas a mi respecto desde que me había ido y que a su marido le habían nombrado tutor de los bienes de Horacio Shelby, y que intentaba conservar dichos bienes, procurando que no fuesen malgastados ni dilapidados, o entregados a personas dudosas y alocadas. Añadió que tenían pruebas de que yo intentaba engañar a tío Horacio y quedarme con todo su dinero, y que me había mostrado demasiado ansiosa para esperar su muerte, que le había estado exprimiendo como a un limón y que su ama de Llaves, antes de morir, había hecho lo mismo, de acuerdo conmigo.

—¿Y después...?

—Al oír esto me eché a llorar. Creo que fue una escena terrible. Pero me resultaba imposible escuchar serenamente todas aquellas idiotas acusaciones. Salí de la casa corriendo, y aún la oí gritarme que tenía tiempo hasta mañana por la noche para llevarme todas mis cosas o, de lo contrario, ellos las sacarían.

—¿Algo más?

—Temo que me puse histérica. Yo... bueno, sólo quería llegar aquí cuanto antes mejor, porque... porque estoy segura de que ha sucedido algo terrible. Estoy segura de que lo tienen todo bien planeado. Por esto se trasladaron a casa de tío Horacio y me quitaron de delante con el pretexto de que necesitaba unas vacaciones. Luego, tan pronto como me fui, debieron comenzar a importunar a tío Horacio de tal manera que éste se enfureció. Pero mi tío, que me quiere mucho, no quiso contarme nada en sus cartas para no estropearme las vacaciones.

—El hecho de que su tío le enviase el cheque —observó Mason,

enarcando las cejas— indica que pensaba que tendría un poco más de tiempo... o quizá que usted cogería un avión para llegar antes. Sea como sea, los otros han actuado con más rapidez de lo previsto por su tío y acudieron a los tribunales. Della —añadió, volviéndose a la secretaria—, póngase en contacto con el Palacio de Justicia, averigüe en qué juzgado se llevó a cabo la sesión Shelby, anteayer, qué juez firmó la orden y cómo está el caso en la actualidad —luego se encaró con Paul Drake—. Paul, quiero que descubras dónde se halla Horacio Shelby. Probablemente lo sacaron de la casa en una ambulancia. Pueden, o no, tener a algún médico complicado en la conspiración, y probablemente hayan empleado alguna droga —finalmente, volvió a dirigirse a Daphne—. ¿Tienen su tío o su tía alguna experiencia clínica, o estudios médicos?

—Sí —fue la respuesta—. Tía Elinor es enfermera diplomada.

—Ya. Existen drogas que pueden aplacar a una persona de edad, cuando está muy excitada, y otras que pueden trastornarla por completo. Temo que su tío haya sido víctima de una conspiración, jovencita. ¿Vale mucho su tío Horacio?

—Pues... —la muchacha arrugó la frente, reflexionando—, al menos un millón de dólares. Seguramente más, entre todo lo que posee.

Mason, por su parte, lanzó un silbido y meditó unos instantes.

—Paul —dijo luego—, quiero que averigües otra cosa. Tú recibes informes de los Bancos. No te darán ningún informe confidencial, pero sí algo que no lo sea y que figure en los archivos. Pues bien, quiero que te dirijas a este Banco —y le dio las señas—, y descubras qué ha pasado exactamente con la cuenta de Horacio Shelby.

—La orden nombrando tutor a Borden Finchley —intervino Della Street, soltando el teléfono—, para los bienes de Horacio Shelby la firmó el juez Ballinger, anteayer. Borden procedió inmediatamente a hacerse cargo de la custodia de todos los bienes de su hermanastro.

—Está bien —exclamó Perry Mason, consultando su reloj—, conozco al secretario del juez Ballinger, y sé que siempre se queda en el juzgado hasta las doce y media. Llámeme y concierte una cita con el juez para la una y media, si es posible. De todas formas,

quiero verle antes de que abandone el Palacio de Justicia esta tarde. Dígale que es muy importante.

Della Street asintió y volvió a conferenciar por teléfono. Transcurridos unos instantes le comunicó a Mason:

—El juez no llegará hasta que se abra la sesión del tribunal, pero si está usted allí a la una cuarenta y cinco podrá verle unos minutos antes de que empiece la sesión de la tarde. El juez tiene concertado un almuerzo para hoy, por lo que llegará al juzgado con el tiempo bastante justo.

—De acuerdo —asintió Mason—. Iré a verle a esa hora —se volvió a Daphne, cuya carita estaba muy triste—. ¿Dónde tiene su equipaje?

—En el taxi. No lo he sacado porque no sabía qué hacer... Sé que todo esto resultará terriblemente caro, y ahora estoy viviendo con dinero prestado y no tengo un centavo a mi nombre.

—No se preocupe —la tranquilizó Mason—. Ya procuraremos que no se muera de hambre.

—Yo... supongo que podré hallar algún empleo... pero todo esto ha sido un golpe tan grande para mí...

Mason se volvió a Della Street.

—Della, vaya con la señorita Shelby y ayúdela a encontrar un hotel por el centro. Antes coja unos doscientos dólares de la caja y entréguele lo necesario para cubrir sus gastos.

—¡Oh, señor Mason, no puedo aceptar! —objetó la muchacha—. No quiero... no quiero ser una pordiosera.

—Deje de llorar, Daphne —sonrió Mason—. Si todas las pordioseras fuesen tan bellas como usted, éste sería un mundo maravilloso. Pero usted no es ninguna pordiosera, sino una cliente y yo soy su abogado.

—Pero es que yo no puedo pagar sus servicios, señor Mason, y tal como veo las cosas, no podré pagarle jamás. Dígame: si tío Horacio ha hecho un testamento a mi favor y ellos los han encontrado y lo han quemado, ¿qué podría hacer?

La expresión de Mason era dura.

—Probablemente nada, a menos que podamos probar que existía tal testamento y ha sido quemado. ¿Sabe si su tío hizo algún testamento?

—Me indicó que pensaba hacer uno.

—Su carta indica que todavía no lo redactó —observó Mason—. Daphne, tendrá que vivir preparada para lo peor. Ha sido usted víctima de una conspiración muy bien fraguada. Aunque en realidad se trate de una confabulación tan vieja como las montañas. Un hombre acaudalado tiene parientes. Algunos de éstos viven junto a él; otros no. Los que viven lejos vienen a visitarle, se quedan en su casa, se desembarazan de la única parienta molesta, se aprovechan de su ausencia para proclamar que el viejo está mentalmente débil y que hasta ahora ha sido explotado por personas maliciosas y con fines perversos. Se hacen nombrar tutores, destruyen cualquier testamento que pueda existir y se sitúan en una posición adecuada para apoderarse de la herencia.

—¿Pero no puede mi tío hacer otro testamento?

—No, después de haber sido declarado incompetente. Esto es lo bueno del plan.

—¿Pero cómo puede una persona ser declarada incompetente si goza de la plenitud de sus facultades mentales?

—Ésta es la parte más diabólica del esquema. Coja usted a una persona de edad, acostumbrada a vivir rodeada de amor, afecto y cuidados, póngale al lado a unas personas deseosas de cometer un perjurio, que le irriten constantemente, que tal vez usen drogas... y el viejo no tardará en parecer incompetente y senil. Sí, temo que su tío haya caído en una vieja trampa.

—¿Una trampa?

—Sí. La carta que le envió a usted —añadió Mason.

—¿Cómo? ¡Pero si mi tío sólo quería que me hiciera cargo temporal de su dinero!

—Sí —asintió Mason—, pero si los otros se presentaron al juzgado y formularon esta denuncia: «Aquí hay un viejo que le entrega a su sobrina un cheque de ciento veinticinco mil dólares y le dice que meta el dinero donde no pueda ser hallado. Por tanto, declaramos que ese individuo necesita un tutor que vele por la custodia de sus bienes», el juez les da la razón.

Daphne abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quiere decir que utilizaron esa carta...?

—Creo que es posible —le confirmó Mason—. Sospecho que fue

así como ocurrió todo. Sin embargo, no se apure y vaya con Della. Yo acabaré de darle a Paul todos los datos, él empezará a trabajar y antes de las dos yo ya habré visto al juez Ballinger. Y por entonces, estaremos enterados de otras muchas cosas.

—¿Y todo lo que tengo yo en la casa de mi tío?

—Por el momento, déjelo allí —le aconsejó Mason—, a menos que haya algo que usted necesite.

—¡Pero me dijeron que sólo tengo tiempo de sacarlo todo hasta mañana por la noche!

—Tal vez mañana por la noche —la calmó Mason— sea usted quien haya vuelto a su casa y los otros quienes hayan tenido que largarse.

—¡Pero, señor Mason, yo no sé... no sé cómo podré pagarle!

—Ya veremos. Por el momento, recuerde que yo soy un funcionario del foro, un sacerdote del templo de la justicia. Usted es una criatura ingenua que ha sido víctima, precisamente, de una terrible injusticia, y, como es natural, yo voy a tratar de rectificarla. Y ahora, váyase con Della.

Mason le estrechó la mano y le recomendó a su secretaria:

—Asegúrese de que mi cliente almuerza, y usted haga lo mismo.

Capítulo III

El juez Ballinger penetró precipitadamente en el juzgado a las dos menos doce minutos.

—Hola, Perry, pase. Siento llegar con el tiempo justo, pero tenía un almuerzo importante.

Mason siguió al juez a su despacho y se calló mientras aquél se ponía la toga.

—Tengo que estar en el tribunal a las dos —continuó el juez, mirando su reloj—. Tal vez pueda demorarme un par de minutos. Bien, ¿qué le pasa?

—Creo que tendré que comparecer ante su tribunal —le explicó Mason—, en un asunto contencioso-administrativo, y no quiero arruinar su posición ni la mía discutiendo el caso con usted, pero sí desearía hacer un poco de historia y, si es posible, descubrir el motivo de una orden dada por usted en este caso.

—¿De qué caso se trata?

—Del de la tutela de Horacio Shelby.

—Sí, se vio la vista hace un par de días —afirmó el juez Ballinger.

—Lo sé.

El juez le miró astutamente.

—¿Cree que hubo algún error en este caso?

—Sólo he venido a hablar de la historia, pero me gustaría conocer sus razones.

—No me importa tratar de este asunto. En tales casos, el tribunal necesita cuanta más información mejor. No es que pretenda darle ninguna información que pueda luego servirle a usted para la presentación de un recurso contencioso-administrativo, pero sí le diré lo que pienso. Horacio Shelby es un anciano, y está confundido,

de esto no hay duda, ya que se muestra incoherente. Estaba excitado, emocionalmente, y al parecer extendió y firmó un cheque por valor de ciento veinticinco mil dólares para una jovencita que vive con él. Bien, cuando ocurre una cosa de este estilo, sabemos que algo hay que hacer. Nombré, por tanto, un tutor de carácter temporal, con la condición de que el tribunal revisaría mi decisión siempre que se adujesen factores adicionales —el juez calló un momento y miró a Mason—. ¿Es que se han presentado ya?

—Es posible.

—De acuerdo —continuó el juez Ballinger—. La orden está sujeta a revisión. Mañana por la mañana, a las diez, no creo que sea demasiado temprano para que usted presente estos factores adicionales, ¿verdad?

—No —convino Mason.

—Mañana por la mañana, a las diez. No, un momento, tengo otro caso a las diez. El tribunal se reunirá muy temprano. Digamos a las nueve y media. Mañana por la mañana, a las nueve y media, abriremos la sesión. No pienso pedir que se presente Horacio Shelby en persona, porque sospecho que esto le trastornaría con exceso. Pero echaré un vistazo a los factores adicionales que se presenten, y luego, si usted quiere enmendar, suspender o modificar la orden, y yo lo encuentro justo, lo haré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —afirmó Mason.

—Comuníqueme a la otra parte la convocatoria y la hora —le pidió el juez al abogado—. Llevo ya más de dos minutos de retraso.

Se estrecharon las manos y el juez pasó a la sala del tribunal.

Mason salió del despacho del juez y volvió precipitadamente a su oficina, deteniéndose ante el mostrador de recepción.

—¿Ha vuelto Della? —le preguntó a Gertie, la telefonista.

—Hace unos veinte minutos.

Mason penetró en su despacho.

—¿Qué tal, Della? —le preguntó.

—Todo fue bien. La pobre chica apenas quiso comer. Se siente completamente amilanada.

—Sí, es algo que ocurre muy a menudo.

—¿Vio al juez, jefe?

—Ha consentido en tener otra sesión mañana por la mañana —

sonrió Mason—, a las nueve y media. Usted comuníquese a la parte contraria. A propósito, ¿quién es el abogado del caso?

—Dentón, Middlesex y Melrose —le contestó Della—. El socio más joven, Darwin Melrose, es el que compareció ante el tribunal.

—Es una buena firma —admitió Mason—. No creo que se mezclasen a sabiendas con algo confuso, y supongo que se habrán asegurado de ello antes de encargarse de esta defensa. ¿Se sabe algo de Paul Drake?

—Aún no. Está tratando de obtener información del Banco.

—Bien, avise a la parte contraria —repitió Mason—, y llame a Daphne y anúnciele que mañana por la mañana tenemos que acudir al tribunal, a las nueve y media; que venga aquí a las nueve para ir conmigo. Creo que será mejor que vaya usted a verla esta tarde, a fin de que no se acongoje demasiado.

Della asintió y luego inquirió:

—¿Qué tal se portó el juez Ballinger?

—Muy bien. No quiso discutir nada que pudiera servirme para la presentación de mi recurso, pero tampoco nació ayer, por lo que sabe como cualquier otro mortal de qué manera pueden actuar unos parientes ambiciosos, lo mismo que el proverbial camello en la tienda: primero mete la cabeza y luego, gradualmente va metiendo todo el cuerpo hasta arrojar de la tienda a su primer ocupante.

—¿Pero el juez no le dijo esto, eh? —sonrió Della.

—No, no lo dijo, pero su mente lo estaba pensando.

—Seguramente, la de mañana será una buena sesión —comentó la secretaria.

—Tal vez.

En la puerta sonó la llamada especial de Paul Drake.

—Aquí está Paul —dijo Della Street—. Mientras tanto, iré a comunicar estas órdenes.

Abrió la puerta y saludó al detective:

—Adelante, Paul. Yo voy a trabajar un poco. El jefe acaba de llegar. Mañana por la mañana tenemos sesión a las nueve y media.

—En realidad —rectificó Mason—, se trata de la presentación de pruebas adicionales.

—Pues yo he conseguido algunas pruebas para ti —le anunció Drake, sentándose.

—¿De qué se trata?

—Stanley Paxton, el vicepresidente del Banco —continuó el detective—, se halla muy interesado en este asunto, y desea ayudar en lo que pueda.

—¿Declarará?

—Seguro. Si se entera de que mañana por la mañana hay una sesión, allí estará.

—Bien —le rogó Mason—, hálame de Paxton.

—Como te he dicho, es el vicepresidente del Banco, que se dedica a vigilar todas las cuentas activas, particularmente las de importancia.

—¿Conoce a Horacio Shelby?

—Particularmente, con relación a sus transacciones bursátiles. Casi todo su contacto ha sido hecho a través de Daphne.

—¿Qué opina de la joven?

—Que es una de las jovencitas más hermosas que ha visto en su vida, que es una chica que tiene muy firme la cabeza sobre los hombros, y que Horacio Shelby ha sido puesto en una situación desde la que no puede firmar ningún testamento válido ante un tribunal. También me dijo que esos parientes, los Finchley, se trasladaron a su casa con el único propósito de descubrir de qué podían apoderarse.

—¿Y esto es lo que puede declarar Paxton?

—Estas sólo son, en realidad, figuraciones tuyas, pero lo que sí puede atestiguar es que cada vez que vio a Horacio Shelby, éste sabía muy bien lo que hacía; que habló con él por teléfono varias veces respecto a unas inversiones, que las conversaciones se desarrollaron normalmente de acuerdo con las prácticas bursátiles, y que Horacio Shelby siempre ha sentido un gran afecto por Daphne; que confía en la joven, virtualmente, en todo y que la muchacha ha sido leal con los intereses de su tío en todos los aspectos. También declarará que jamás había oído hablar de Borden Finchley, Elinor ni de su amigo, Ralph Exeter, hasta que Daphne se marchó de viaje; que mientras la muchacha estuvo fuera, Borden Finchley se mostró excesivamente curioso. Estuvo, por lo visto, intentando sonsacarle a Paxton cuál era la fortuna total de Horacio, y cosas por el estilo. Borden Finchley le dio la impresión de ser un

aprovechado, un aventurero, y está seguro de que si alguien obra con fines egoístas es, precisamente, él.

—Naturalmente, esto no podrá declararlo —objetó Mason.

—No con estas palabras —asintió Drake—, pero Paxton es un tipo listo. Tú podrás hacerle subir al estrado e interrogarle respecto a Horacio Shelby, y él ya buscará la manera de que el juez se entere de la clase de sujeto que es Borden.

—¿Y respecto a Ralph Exeter?

—Exeter parece ser una especie de percebe en el barco —le explicó Drake—. Nadie conoce cuál es su verdadera relación con los Finchley. Naturalmente, no tiene ninguna con Horacio Shelby.

—¿Estás seguro?

—Razonablemente seguro. Ten en cuenta que he actuado muy de prisa, y no he tenido tiempo de comprobarlo todo, pero por lo poco que he averiguado, Finchley le debe a Exeter una bonita cantidad y éste le está apretando los tornillos; por esto, Finchley le llevó a visitar a Horacio, para que viese por sí mismo que se trata de un viejo millonario, cuya fortuna irá a parar a manos de los Finchley un día no muy lejano.

Mason enarcó las cejas ligeramente, meditabundo.

—Sí, esto encajaría en el cuadro —reconoció—. Y, claro está, Exeter comprendió que Horacio Shelby pretendía dejárselo todo a su sobrina y... —una amplia sonrisa se extendió por las facciones del abogado. Poco después añadió—: Paul, quiero que descubras todo lo que puedas respecto a la deuda de Finchley. Entérate de los antecedentes de Exeter. Cuando Borden Finchley se presente a declarar, le contrainterrogaré respecto a Shelby y también sobre Exeter... A propósito ¿cómo obtuviste esta información, Paul?

—Hay una asistenta que va a la casa seis horas diarias.

—¿Guisa?

—No, la que guisa es Elinor Finchley. Antes de la llegada de los parientes, era Daphne la que se cuidaba de la cocina. Los gustos de Horacio Shelby son bastante simples, al parecer, y Daphne sabía exactamente qué debía servirle y cómo prepararlo. La joven trabajaba duramente, y acabó agotada físicamente. Después, cuando llegaron Exeter y los Finchley Daphne fue quitada de en medio con este pretexto. Contrataron a la asistenta y también a alguna criada

ocasional. Gracias a lo cual consiguieron que Daphne consintiera en irse de vacaciones.

—Paul —sonrió Mason—, no me gusta hacer pronósticos, pero opino que la sesión de mañana por la mañana resultará sumamente movida e interesante. Sin embargo, mientras tanto, tú ocúpate de Exeter. Quiero sus antecedentes. Quiero saber cuál es la base de sus relaciones con Borden Finchley, y si éste le debe dinero, cuál es la cantidad y por qué.

—Le debe dinero, esto es seguro —replicó Drake—. La asistente le oyó a Exeter decirle a Finchley que no podía esperar eternamente, ni quería aguardar a que el viejo muriese; que necesitaba recuperar su dinero lo antes posible. Entonces, se dieron cuenta de la presencia de la criada y cambiaron bruscamente de tema.

Mason asintió.

—Consigue los antecedentes de Exeter, por muchos agentes que tengas que poner a la tarea.

Capítulo IV

Exactamente a las nueve y media, el juez Ballinger penetró en la sala, tomó asiento en su sitio y dijo:

—Se abre la sesión para el caso de la tutela de los bienes de Horacio Shelby. Este tribunal dictaminó, cuando firmó la orden, que requeriría evidencia adicional de vez en cuando, para lo cual conservaría abierto el expediente. Y ahora este Tribunal desea escuchar la evidencia adicional. ¿Tiene algo que presentar, señor Mason?

—En efecto —contestó el abogado.

—¿Desea presentar un testigo o una declaración jurada?

—Poseo una declaración jurada de Daphne Shelby, sobrina de Horacio Shelby, estableciendo que hace tres meses, cuando la persuadieron a emprender sus vacaciones hacia Oriente, dejando a su tío Horacio en casa, al lado de Borden Finchley, su esposa y Ralph Exeter, que estaban sólo de visita, gozaba de buena salud mental y se hallaba en la plena posesión de todas sus facultades. Poseo, también, una declaración jurada de Stanley Paxton, del Banco Nacional de Inversiones, afirmando que Shelby es, en su opinión, un hombre completamente competente; que ha demostrado siempre estar en posesión de un juicio muy acertado en los asuntos bursátiles; que sus propiedades han aumentado de valor en los últimos años; que ha realizado varias inversiones afortunadas; que Daphne Shelby siempre se ha cuidado de sus intereses, y que ha demostrado ser una persona muy eficiente. Esta declaración también añade que desde el momento en que Daphne Shelby fue persuadida a emprender el viaje, Borden Finchley comenzó a husmear en el Banco, tratando de obtener información respecto a los negocios del viejo Shelby, pretextando para ello que su

hermanastro estaba enfermo. Que Paxton llamó a Horacio Shelby por teléfono y que éste le pareció completamente normal y muy claro su raciocinio. Y ante la fuerza de estas declaraciones que presento, Su Señoría, sugiero que sea declarada nula la tutela, o que si hubiere necesidad de un tutor, sea nombrada para ese puesto Daphne Shelby, que ha regresado ya de su viaje y se halla mucho mejor calificada como tutor que Borden Finchley. Y como parte de mi recurso, deseo convocar a Borden Finchley como testigo.

El juez Ballinger frunció el ceño cuando avanzó el nombrado.

—Jure, señor Finchley. Sí, ya sé que prestó juramento en este caso, pero deseo que vuelva a repetirlo para evitar todo malentendido.

Borden Finchley, un individuo de cuello grueso y casi sesenta años, levantó la mano y juró, tras lo cual fue a ocupar el sillón de los testigos, contemplando a Perry Mason con sus ojillos penetrantes y maliciosos.

—Bien, usted se llama Borden Finchley. Es hermanastro de Horacio Shelby y fue quien promovió el expediente de tutela, ¿verdad? —le interrogó Mason.

—Exacto.

—¿Se halla de paso en casa de Horacio Shelby?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Unos seis meses.

—Dicho de otro modo, llegó usted tres meses antes de que Daphne Shelby emprendiese su viaje de vacaciones, ¿no?

—Poco más o menos.

—¿Quién vive ahora en la casa, señor Finchley?

—Mi esposa Elinor y Ralph Exeter.

—¿Ralph Exeter? —el tono de Mason contenía la nota exacta de sorpresa—. ¿Es pariente de Horacio Shelby ese Ralph Exeter?

—No.

—¿Un amigo íntimo, tal vez?

—No de Horacio. Es un íntimo amigo mío. Vino con nosotros a la costa del Pacífico. En realidad, vinimos en su auto.

—¿E inmediatamente, fueron todos a visitar a Horacio Shelby?

—Fuimos a visitar a Horacio, y cuando observamos su estado de

avanzada debilidad mental, decidimos quedarnos para mejorar su situación.

—¿Y Ralph Exeter les ayudó a mejorar esa situación?

—Estaba con nosotros y habíamos venido en su coche. No podíamos pedirle que se fuese. Uno tiene su urbanidad.

—Y debido a su urbanidad, usted procuró apartar a Daphne Shelby de su camino, a fin de poder hacerse cargo de los asuntos financieros de su hermanastro ¿verdad?

—Nada de eso. En realidad, Ralph Exeter fue lo bastante amable como para postergar sus asuntos personales y quedarse con nosotros hasta que la situación estuviese aclarada.

—¿Qué quiere decir con esto de estar «la situación aclarada»?

—Hasta que mi hermanastro dejase de hallarse bajo la influencia perniciosa de una jovencita que utilizaba sus encantos personales para manejar su fortuna, usando sus poderes de persuasión para inducirle a entregarle ciento veinticinco mil dólares en forma de un cheque contra su cuenta corriente, y pidiéndole que fuese a ver a un abogado para que custodiase el dinero, a fin de que nadie pudiera seguirle el rastro.

—Entiendo —afirmó Mason—. ¿Se enteró usted del contenido de esta carta?

—Sí.

—¿Y cómo fue esto?

—Vi la carta antes de que fuese enviada al correo.

—¿Dónde la vio?

—Sobre la mesa de mi hermano.

—¿Pensó que la carta estaba dirigida a usted?

—No, sabía que no estaba dirigida a mí.

—¿Entonces, sabía a quién iba destinada?

—Ciertamente.

—¿Y a pesar de todo la leyó? —la voz de Mason dio a entender su incredulidad ante lo que podía parecer como un crimen sumamente odioso.

—¡Sí, la leí! —gritó Finchley—. ¡La leí! Llamé a mi mujer, que también la leyó, y vimos que el cheque era por valor de ciento veinticinco mil dólares, y fue en aquel momento cuando adopté la decisión de impedir que mi hermano perdiera toda su fortuna,

explotado por una completa desconocida.

—¿Una completa desconocida? —se extrañó Mason—. ¿Se refiere a su sobrina, Daphne Shelby?

—Me refiero a Daphne Raymond, que ostenta el nombre de Daphne Shelby, y que se cuidaba de los asuntos financieros de mi pobre hermano. En realidad, no es su sobrina sino la hija del ama de llaves, y no tiene ningún lazo de consanguinidad con Horacio Shelby.

Mason, a pesar de ser un veterano de los tribunales, apenas consiguió impedir que su rostro traicionase la emoción que acababa de sufrir. Sonrió empero y continuó el interrogatorio.

—Supongo que usted, como hermanastro de Horacio Shelby, habrá oído muchas veces como éste la llamaba sobrina, ¿no?

—Sí —Finchley hizo una mueca de indignación—, y cada vez que lo oía comprendía que ello era un indicio más del reblandecimiento cerebral de Horacio, y la influencia nefasta ejercida sobre él por esa joven.

—¡Pero es mi tío! —gritó Daphne, poniéndose de pie—. ¡Yo...!

El juez Ballinger golpeó la mesa con su pluma.

—Joven tendrá amplias oportunidades de declarar sus opiniones, pero por ahora, refrene su impaciencia. Modérese, señorita Shelby... o Raymond —luego se volvió a Finchley—. Acaba usted de hacer una declaración señor Finchley, y supongo que se hallará en condiciones de demostrarla.

—Ciertamente, Su Señoría. No me importa sacar a relucir ese desdichado asunto, aunque no deseo mortificar a esa joven, pero ya que ella lo niega, estoy dispuesto a presentar todos los hechos a este Tribunal.

—¿Cuáles son los hechos? —inquirió el juez.

—Marie Raymond era una mujer muy atractiva que tuvo unos desdichados amores en Detroit. Llegó a Los Ángeles buscando un empleo, sin un centavo y sin amistades, y como apenas sabía hacer nada, no le quedó otra alternativa que dedicarse al servicio doméstico. Puso un anuncio en un periódico como ama de llaves y fue Horacio quien lo leyó. Concertó una entrevista. Ésta resultó satisfactoria y Marie Raymond comenzó a trabajar para él. Por aquel tiempo, Marie ya sospechaba que estaba encinta, aunque no

estaba segura. Más adelante, cuando tuvo la certeza de su estado, se lo contó todo a Horacio. Éste se mostró lo bastante generoso como para permitirle que tuviese el hijo, que en realidad fue niña, y continuase en su empleo. Más tarde, cuando el hermano menor de Horacio murió en un accidente automovilístico junto con su mujer, Horacio le sugirió a Marie Raymond que hicieran creerle a Daphne que era hija del matrimonio recién fallecido. De esta forma, Daphne podría tener un apellido y nadie estaría enterado de su procedencia ilegítima. Y así se hizo.

—¿Puede probar todo esto? —le pidió el juez.

—Naturalmente. Poseo cartas escritas por Horacio a mi esposa y a mí, cartas en las que relata toda la historia.

—¿Cómo consiguió entonces Daphne su nueva identidad? —quiso saber el juez.

—Por la declaración jurada de Horacio —replicó Borden Finchley—. El juzgado del condado donde residían el hermano de Horacio y su esposa se incendió, y todo el registro civil fue pasto de las llamas. Yo puedo afirmar que Horacio, que no volvió a casarse una vez hubo fallecido su esposa, siempre ha sido muy susceptible a los encantos femeninos... hasta cierto punto, naturalmente. No tenemos tampoco otras razones para creer que entre Horacio y Marie Raymond hubiese otras relaciones que las de amo de la casa y su sirvienta, y que tal vez fue ella quien le persuadió a darle a su hija el apellido de la familia. Asimismo afirmo que la jovencita usó de esta oportunidad para insinuarle en el afecto del pobre Horacio. No hay duda de que mi hermano la quiere de veras ni tampoco de que la joven, bien enterada de la situación, procuró aprovecharse de la misma.

—¿Dónde se halla ahora Marie Raymond? —preguntó el juez.

—Falleció hace unos dos años. Fue entonces cuando mi esposa y yo decidimos enterarnos de la situación, sospechando que alguien estaba imponiéndose a mi hermano.

—Entonces, ustedes llegaron aquí con el deliberado intento de enterarse de la situación, ¿verdad? —estableció el juez Ballinger.

—Sí —admitió Borden Finchley—. Horacio es un anciano, pero no intentamos dominarlo en modo alguno.

—Quería proteger sus intereses, ¿no es cierto? —sugirió el juez.

Antes de que Borden Finchley pudiera contestar la cuestión, Darwin Melrose estaba ya de pie.

—Con la venia de la Sala —dijo—, hemos mostrado harta paciencia en este caso porque creímos que, de ser posible, era preferible no sacar a relucir la ilegitimidad de la joven Daphne, pero en vista de las circunstancias que acaban de ser reveladas, respetuosamente debemos afirmar que nada tiene que ser declarado ya ante este tribunal; que Daphne Raymond, conocida también como Daphne Shelby, es una completa extraña a la controversia; que Perry Mason, abogado suyo, no tiene estado legal ante el tribunal y que, por tanto, no tiene derecho a recusar la decisión del Tribunal ni a interrogar a ningún testigo.

—Un momento —le atajó el juez—. Ciertamente, ésta es una situación muy peculiar. No voy a rechazar la objeción por ahora, pero seré yo quien interroge ahora al testigo. Sin tener en cuenta el asunto relativo al parentesco o no de la joven Daphne y al derecho que pueda tener su abogado ante este tribunal, yo sí puedo aclarar algunos puntos dudosos.

—No tenemos ninguna objeción que oponer a un interrogatorio llevado a cabo por el Tribunal —se conformó el abogado Melrose—, pero sí invocamos la improcedencia de una sesión muy prolongada, en la que una completa extraña se insinúa en litigio, sin tener en el mismo interés ni derecho.

El juez Ballinger asintió y se dirigió a Borden Finchley.

—Naturalmente, usted comprendió que su hermanastro estaba siendo víctima de los manejos de esta joven.

—Juzgué que existía esa posibilidad. Y decidimos intervenir.

—Por el plural, se refiere a usted, a su esposa y a Ralph Exeter.

—A mi esposa y a mí. Ralph Exeter no sabía nada de la situación antes de venir a Los Ángeles.

—Y usted, naturalmente, se dio cuenta de que esta joven se insinuaba en el afecto de su hermanastro y que era muy posible que éste firmase un testamento dejándole todos sus bienes, ¿no?

Finchley vaciló y al final desvió la mirada.

—Nosotros no llegamos a considerar este punto —declaró.

—¿En ningún momento? —insistió el juez.

—No.

—Pero sí comprendió que era necesario nombrar un tutor, y que era preferible que éste fuese usted, y que debía conseguir convencer al tribunal de que el sujeto de la orden extendida por aquél se hallaba incapacitado de manejar sus intereses, ¿no es así?

—¡No, en absoluto! ¡Esto no se nos ocurrió, siquiera!

—Deme la carta —le pidió Mason a Daphne.

La joven obedeció, entregándole el sobre que había recibido en el buque, de parte de Horacio Shelby.

Perry Mason se puso de pie.

—No estoy enteramente seguro de mi estado legal en este caso, Su Señoría —dijo—, y no deseo interrumpir el examen del Tribunal. Sin embargo, en vista de lo declarado por el testigo, respecto a haber visto esta carta antes de que Daphne Shelby la recibiese en Honolulu, creo aconsejable que el Tribunal esté enterado de su contenido.

Y Mason le entregó la carta al juez Ballinger, el cual procedió a leerla atentamente, tras lo cual se volvió hacia Borden Finchley.

—¿Declaró usted que no se le había ocurrido que su hermanastro pudiera hacer un testamento desheredándole?

—Pues... no —tartamudeó el interrogado.

—Hace poco contestó usted con un no seco, sin vacilaciones —observó el juez—. Ahora ha dudado pero la respuesta sigue siendo «no», ¿verdad?

—En efecto.

—¿No desea cambiar su respuesta?

—No.

—Sin embargo, en esta carta que tengo en la mano —prosiguió el juez—, la carta que le fue enviada a Daphne y que usted reconoció haber leído previamente, carta firmada por Horacio Shelby, éste especifica que Perry Mason debe redactar un testamento, en el que la heredera única del mismo sea Daphne. Bien, señor testigo, en vista de que usted ha declarado que vio esta carta, ¿insiste todavía en afirmar que jamás pensó que su hermanastro pudiera desheredarle?

—Bueno... después de leer esta carta, pensé en esta posibilidad —admitió Finchley.

—¿Y fue después de haber leído esta carta que dio usted los

pasos necesarios para ser nombrado tutor de su hermanastro?

—Llevaba ya algún tiempo pensándolo y entonces...

—Conteste sólo «sí» o «no» —le exhortó el juez Ballinger—. ¿Fue después de leer esta carta que decidió usted dar los pasos necesarios para que los bienes de su hermanastro Horacio Shelby fuesen puestos bajo su custodia?

—Sí.

—¿Dónde se halla ahora Horacio Shelby?

—En un sanatorio particular. Fue necesario llevarle allí. Estaba completamente desorientado, se mostraba violento y nosotros no podíamos cuidarle debidamente. Sí, necesitaba los cuidados profesionales, ésta es la verdad. Mi esposa —añadió Finchley, señalando a Elinor Finchley—, es una enfermera diplomada... bien, lo era. Ha visto muchos casos semejantes y no dudó en afirmar que Horacio Shelby padecía demencia senil.

—Exacto —tronó un vozarrón femenino, al levantarse Elinor Finchley—. Me hallo en situación de apoyar la declaración de mi marido.

—Todavía no está declarando, señora Finchley —la cortó en seco el juez Ballinger—. Ni ha prestado juramento. Sin embargo, quisiera preguntarle si vio también la carta que Horacio Shelby le escribió a la señorita Daphne Shelby.

—Sí, la vi.

—¿Quién se la enseñó?

—Mi marido.

—¿Antes de ser puesta dentro del sobre?

—No vi cuándo fue puesta dentro del sobre.

—¿Estaba firmada la carta?

—Sí.

—¿Doblada?

—No me acuerdo.

—¿Cuánto es lo que recuerda?

—No recuerdo nada.

—¿Qué hicieron ustedes con la carta después de leerla?

—Borden la devolvió al so... —se mordió la lengua, pero ya era tarde.

—¿Al sobre? —inquirió el juez.

—Sí.

—¿Le habían, pues, aplicado vapor para abrirlo?

—Sí.

—La pusieron dentro del sobre. ¿La echaron al correo?

—No. Dejamos el sobre sobre la mesa de Horacio, después que éste nos preguntó por él. Y fue él mismo quien la echó al correo.

—No tengo tiempo de insistir más en este punto en esta sesión —declaró el juez Ballinger—, porque hay otro caso concertado para esta hora, pero lo consideraré todo con suma atención. Esta sesión queda suspendida, pues —se volvió al secretario—. ¿Cuál es el primer día que tenemos...? Un momento. Creo que el caso Johnson contra Peabody se ha suspendido, lo cual nos concede libre medio día mañana, ¿verdad?

El secretario asintió.

—Entonces, proseguiremos esta sesión mañana a las dos de la tarde —decidió el juez—. A dicha hora deseo que acuda a la Sala Horacio Shelby; y, mientras tanto, nombraré a un médico para que le examine. ¿En qué sanatorio se halla recluso Horacio Shelby?

Finchley vaciló.

—En el sanatorio «Buena Voluntad», de El Mirar —contestó por aquél Darwin Melrose.

—Muy bien —repuso el juez—. Queda suspendida la vista hasta mañana a las dos. Un médico nombrado por este tribunal examinará a Horacio Shelby en el sanatorio. Quiero que el señor Shelby se presente en esta Sala, y deseo que quede bien entendido que este Tribunal no piensa descalificar al abogado Perry Mason como defensor de los intereses de Daphne Shelby, o Daphne Raymond, hasta haber prestado más consideración al caso. Puedo adelantar que probablemente me referiré a esta objeción a la conclusión de la sesión de mañana por la tarde, y que mientras tanto permitiré el interrogatorio de los testigos por parte del señor Mason hasta que este Tribunal haya decidido. Este Tribunal sustenta la opinión de que la parte pública tiene derecho a ayudar a la Sala en la obtención de toda clase de informes que puedan ayudarle a dilucidar este caso, por lo que este Tribunal puede decidir que el señor Mason no está en condiciones de interrogar a ningún testigo en beneficio de su representada, pero sí tiene el derecho de prestar

su asistencia a este Tribunal en calidad de «amicus curiae». La vista queda aplazada hasta mañana a las dos de la tarde. Se levanta la sesión.

Capítulo V

Daphne se asió al brazo de Mason como el náufrago a la tabla de salvación.

Borden Finchley le dedicó una débil sonrisa y salió de la Sala.

Darwin Melrose avanzó hacia Perry Mason.

—No quería tirar de la alfombra debajo de sus pies, Mason, pero fue la única manera en que pude actuar.

—No ha tirado de ninguna alfombra —sonríóle Mason. Luego rodeó afablemente con su brazo a Daphne—. Vámonos, jovencita.

Y la condujo a la salita contigua, donde solían esperar los testigos.

—Siéntese aquí hasta que los demás hayan abandonado el juzgado. Y después tendrá que enfrentarse con los periodistas, probablemente con los de la peor especie.

—Señor Mason, esto es absolutamente increíble —sollozó la muchacha—. El mundo entero se ha derrumbado ante mí. ¡Dios bendito, lo que he pasado durante estas últimas horas!

—Lo sé —Mason procuró calmarla con sus palabras—, pero usted ya es una persona mayor. Está en el mundo. Tiene que aprender a resistir los golpes y a devolverlos. Para empezar, demos un repaso a la situación y veremos por dónde debemos atacar.

—¿Qué podemos hacer?

—En primer lugar comprobar varias cosas —le explicó Mason—. Aunque tengo la certeza de que ellos se hallan muy seguros de los hechos, o no los habrían revelado. Lo contrario sería un suicidio.

—Sigo sin entenderlo.

—Los parientes de su tío creyeron que éste iba a desheredarles y pensaron que, si no existía un testamento, ellos podrían controlar los bienes. Por tanto, se dispusieron a visitar a su tío, consiguieron

quedarse a solas con el anciano y manejaron las cosas de forma que pudieran denunciar su estado senil, y, por tanto, la necesidad de una persona que cuidase de su fortuna, protegiéndole de personas astutas y egoístas. Y, naturalmente, la persona astuta y egoísta que siempre se designa es precisamente aquella a la que piensa beneficiar el testador. Si conseguían que el tribunal nombrase un custodio o tutor, tanto mejor. De lo contrario, al menos habrían establecido un factor gracias al cual más adelante podrían afirmar que bajo una influencia extraña, y por falta de capacidad testamentaria, alguien había inducido al viejo a dejar su fortuna a dicha persona astuta, con lo cual resultaría muy fácil impugnar dicho testamento.

—No comprendo cómo la gente puede obrar de esta manera —comentó Daphne.

Mason la contempló largo rato antes de contestar.

—¿Tan inocente es usted?

—No, pero no puedo comprender que la gente sea tan mezquina, particularmente en relación con tío Horacio. Tío Horacio es el hombre más bueno y cariñoso del mundo.

—¿Cuáles eran sus sentimientos hacia Borden Finchley?

—Lo ignoro, señor Mason. Sólo sé que pensaba que ya duraba demasiado la visita de su hermanastro, pero cuando tío Borden sugirió que yo debía emprender ese viaje por mar, tío Horacio se entusiasmó con la idea. Sé que esto significó mucho para él. Y aunque comprendió que tendría que soportar muchas molestias, deseó que yo gozase de este descanso y me divirtiera una temporada. Ya le dije a usted que tía Elinor había sido enfermera, y fue ella quien le dijo a tío Horacio que yo me estaba matando a trabajar, aceptando demasiadas responsabilidades a mi edad, y que lo mejor sería que me tomase unas largas vacaciones.

—Está bien —replicó Mason—, daré un vistazo por ahí fuera y veré si hay todavía periodistas. No le diga a nadie dónde se aloja usted, y procure no ser entrevistada por la Prensa. Y si la abordan, conteste que no tiene ninguna declaración que hacer, a menos que yo esté presente; que, por órdenes de su abogado, no puede hablar de este caso. ¿Sabrá hacerlo?

—Naturalmente —respondió la joven—. Será muy fácil.

Precisamente, no tengo ningún interés en airear el asunto. Pero sigo sin imaginarme cómo ha podido ocurrir todo esto.

—Nuestro sistema de justicia no es absolutamente perfecto —le explicó Perry Mason—, pero el caso todavía no está concluido. Ellos pueden poseer cartas de su tío Horacio, hablándoles de usted y de sus orígenes, pero dichas cartas son sólo una prueba de «oídas», excepto para el propósito de la denuncia. Usted siga en sus trece y no se amilane por nada.

—Estoy completamente aturdida —confesó ella, moviendo pesarosamente la cabeza—. Soy ilegítima, no soy nadie. Me veré obligada a luchar contra todo el mundo y a ganarme el sustento. Y apenas sé hacer nada. No poseo ninguna habilidad. Estuve demasiado ocupada cuidando a tío Horacio, y no tuve tiempo de aprender nada que ahora pueda ayudarme a vivir.

—¿Escribe a máquina, no?

—Seguro —fue la amarga respuesta de la muchacha—, pero no sé taquigrafía, ni tengo experiencia en el dictado, ni tampoco con todas las clases de máquinas. Sólo sabía redactar las cartas y llevárselas a tío Horacio para la firma. Bien, supongo que esto ha terminado.

—¿Emplea el sistema del tacto? —inquirió Mason.

—Sí, por fortuna. Aprendí por mí misma. Al principio escribía sólo con dos dedos de cada mano, y comprendí que si no me despojaba de esa mala costumbre, nunca llegaría a ser una buena mecanógrafa, por lo que comencé a practicar con el sistema del tacto y por fin conseguí dominarlo.

—Bien, todo irá bien —la consoló Mason—. Podrá obtener un buen empleo, si las cosas se ponen peor.

—Lo peor ya ha ocurrido —replicó ella—. Estoy destrozada —de repente enderezó los hombros—. ¡No, aún no! No quiero convertirme en una pordiosera. Voy a abrimme paso en el mundo... pero antes quiero ver si puedo ayudar a tío Horacio. No permitiré que esas horribles personas consigan lo que buscan.

—Así está mejor —aproboó Mason.

—Sí, de ningún modo me convertiré en una pordiosera —afirmó la joven, sonriendo.

—¿Endosó el cheque de los ciento veinticinco mil dólares

cuando fuimos al banco a cobrarlo? —le preguntó el abogado.

Ella asintió.

—Esto la deja a usted con un cheque de ciento veinticinco mil dólares, endosado en blanco, que puede no tener ningún valor; pero la carta que usted recibió de su tío prueba que...

—Señor Mason —le interrumpió la muchacha—, no creo que no sea mi tío. ¡Oh, esto es terrible, como una espantosa pesadilla de la que tengo que despertar!

—Es posible —sonríole Mason—. Mi experiencia me dice que estos casos siempre parecen peores de lo que son en realidad. Por esto siempre les aconsejo a mis clientes que nueve veces de cada diez, se digan a sí mismos: «Las cosas no están tan mal como parecen».

—Gracias por sus consuelos, pero la verdad es que no sé qué voy a hacer. ¿Qué podré hacer para vivir? ¿En dónde podré alquilar una habitación y cómo...? No, no —agregó, al ver que el abogado se disponía a hablar—, no me diga que usted me ayudará. No puedo vivir a expensas de la caridad.

—No es caridad. Se trata de una buena inversión. Entrégume el cheque y la carta. Yo lo guardaré todo en mi caja fuerte.

—Temo que esta carta —sollozó la joven—, demuestre que tío Horacio —o tal vez sea mejor que le llame el señor Shelby—, no hizo nunca testamento a mi favor, y que se dio cuenta de ello de manera repentina.

—No esté tan segura —opinó Mason—. Muchas veces una persona redacta un testamento de su puño y letra —lo cual es perfectamente válido y legal—, pero desea complementarlo con otro testamento ejecutado en presencia de testigos.

—¿Es válido un testamento caligráfico, sin testigos? —quiso saber la joven.

—En este Estado, sí. El testamento hológrafo, redactado, firmado y fechado por entero por el testador, es válido. Naturalmente, hay algunas pegas. No puede estar hecho en un papel que contenga algo más, aparte de la escritura del testador. Dicho de otro modo, si parte de la fecha, por ejemplo, está impresa, y el testador sólo ha puesto el día y el mes, el testamento es considerado inválido por no estar redactado enteramente por su firmante. Éste debe escribir su

última voluntad en una hoja de papel completamente en blanco, en la que no haya ni una sola letra impresa. Debe empezar afirmando que se dispone a redactar su testamento. Debe asegurarse de la fecha. Debe disponer con toda claridad de sus bienes y al final estampar su firma. Y yo creo que puesto que su tío es un hábil hombre de negocios, debió redactar un testamento de esta clase.

—Pero ahora ellos son quienes se hallan a cargo de todos sus papeles —gimió Daphne—, y si lo encuentran lo destruirán. Probablemente, lo hayan hecho ya.

Mason se encogió de hombros.

—Todavía no puedo contestar a esto. Siempre existe la posibilidad de que así sea. Sin embargo, recuerde que hemos logrado poner a Borden Finchley en mala postura gracias a esta carta; después de haber jurado que jamás se le había ocurrido la posibilidad de que su hermanastro quisiera desheredarle, tuvo que admitir que había visto esta carta, lo cual le colocó en una posición bastante precaria con respecto al juez. Ya vio cómo éste comenzó a interrogarle con saña tan pronto Borden reconoció haber leído la carta. Bien, Daphne, admito que las cosas están bastante feas, pero continuaremos luchando, y no se desaliente. ¿Tiene bastante dinero para sus necesidades actuales?

—Sí, muchas gracias por su generosidad.

—De acuerdo, pero le repito que se trata sólo de una inversión. Cuando usted cobre la herencia podrá abonar mi minuta y todo lo que me deba.

—Temo —contestó ella, sonriendo débilmente— que sus oportunidades de cobrar la minuta sean excesivamente escasas. Pero supongo que cuando consiga un empleo podré pagarle a razón de diez o quince dólares mensuales...

Mason le acarició un brazo.

—Permita que le dé un buen consejo, Daphne: deje de preocuparse por el futuro.

El abogado salió de la salita y se marchó a su despacho, en el que entró usando su llave. Una vez dentro, miró a Della Street y movió negativamente la cabeza.

—Pobre chica... Lo siento por ella. El mundo acaba de derrumbarse a sus pies.

—¿Le queda alguna esperanza? —se interesó Della.

—No lo sé —confesó Mason—. Si conseguimos que se anule la orden nombrando el tutor, y si Horacio Shelby es la clase de hombre que espero, tal vez logremos algo decente. Pero recuerde que el viejo ha pasado por una serie de experiencias demoledoras, que probablemente se han visto aumentadas gracias a algún medicamento no indicado en su condición actual. En realidad, puede, en efecto, tener ahora algo perturbadas sus facultades mentales. Sí, no ha sido mala la estrategia de sus parientes —continuó Mason, como hablando para sí mismo—. Se desembarazaron de Daphne por una larga temporada, y mientras estuvo lejos hicieron cuanto pudieron para minar la salud mental de Horacio Shelby. Luego, cuando ya no se atrevieron a esperar más, acudieron al juzgado. Naturalmente, el hecho de que el viejo intentase regalarle a su sobrina —que por lo visto, no pertenece siquiera a su misma sangre— ciento veinticinco mil dólares, que virtualmente liquidaban su cuenta bancaria, fue un factor que pesó mucho en la decisión del tribunal. Sí, hay que ponerse en el lugar del juez para comprender que todas éstas forman un cúmulo de circunstancias favorables a la concesión del nombramiento de tutor para proteger a un anciano.

Della Street asintió y luego dijo:

—El señor Stanley Paxton está esperándole en la antesala.

—Sí, que pase. Y mientras tanto, Della, recuerde que yo tengo el cheque de Horacio Shelby, endosado por Daphne, y la carta en que iba adjuntado el cheque. Quiero que lo ponga todo en la caja y que saque fotocopias de ambos documentos.

Della Street alargó la mano.

—Por el momento, me quedo con ambos papeles. Ya se los daré más tarde. Ahora no hagamos esperar al señor Paxton, cuyo tiempo es muy valioso.

Della Street salió fuera y regresó al momento con Stanley Paxton.

—Señor Mason —comenzó diciendo el banquero—, me encuentro en una situación muy peculiar.

Mason enarcó las cejas, interrogativamente, e indicó el sillón a su visitante.

Paxton se instaló cómodamente en aquél, se pasó una mano por la húmeda frente, miró astutamente a Mason y prosiguió:

—Nosotros poseemos muy poca experiencia en estos asuntos, pero sí la suficiente para comprender a la gente. Nuestro primordial interés, como banqueros, es proteger a nuestros clientes.

Mason asintió.

—Horacio Shelby es nuestro cliente —continuó Paxton—. Por lo que a nosotros se refiere, el tutor es sólo un extraño, un intruso.

—Con una orden del tribunal —le recordó Mason.

—Con una orden del tribunal, seguro —repitió Paxton—. Y de esto, precisamente, deseo hablar con usted.

—Adelante.

—Claro está, esto es algo insólito, porque usted es el abogado, no de Horacio Shelby, sino de su sobrina.

Mason guardó silencio, esperando la continuación. Paxton juntó las yemas de sus dedos y contempló fijamente, por unos instantes, un punto del suelo, a unos dos metros del sillón. Luego comenzó a hablar con el tono de quien está acostumbrado a tratar con cifras exactas y desea que no quede ninguna duda respecto a lo que desea expresar.

—Al tratar con el tutor, la costumbre es que éste nos entregue una copia certificada de la orden del tribunal, y tengamos que transferir la cuenta a su nombre.

—¿No se siguió esta costumbre en esta ocasión? —preguntó Mason con curiosidad.

—En el presente caso, recuerdo la orden del tribunal con toda claridad porque tuve ocasión de leerla. Decía que Borden Finchley, como tutor, debía posesionarse de todos los fondos existentes en depósito en el Banco Nacional de Inversiones, a nombre de Horacio Shelby, para proteger dichos fondos en calidad de tutor de los mismos. Se envió una orden al Banco para que entregásemos todos los créditos existentes a nombre de Horacio Shelby en aquella fecha al nombrado tutor. Entonces, Borden Finchley, que por lo visto no se fiaba de nosotros, firmó un talón por la cantidad exacta del balance contra la cuenta de Horacio Shelby.

—¿Y abrió una nueva cuenta en calidad de tutor?

—Sí, temporalmente. Abrió una nueva cuenta como tutor, pero a

las dos horas fue a otro Banco, abrió una cuenta a nombre de Borden Finchley, tutor de los bienes de Horacio Shelby, y canceló la de nuestro Banco.

—Evidentemente —sonrió Mason—, no quería enemistarse con usted hasta que el Banco hubiera transferido todo el dinero de Horacio Shelby a su propia cuenta, tras lo cual no le importó darle a su Banco con la puerta en las narices.

—Probablemente —concedió Paxton— comprendió que nuestra actitud hacia él no era de mucha simpatía. Nosotros consideramos a Horacio Shelby como un hombre algo anciano, pero muy listo. Algunas personas son viejas a los setenta y cinco años, y otras poseen una viva inteligencia a los noventa.

—¿Y Horacio Shelby pertenece a esta última categoría?

—Nosotros le consideramos un caballero que goza de todas sus facultades físicas y mentales. Para ser sincero con usted, señor Mason, a veces se confundía un poco, y se daba cuenta, por lo cual casi todo lo confiaba a su sobrina, Daphne.

—¿Y cuál es su opinión de esta última?

—Es una joya. Dulce, leal con su tío por el que ha sacrificado toda su vida; pero que lo hizo por afecto, no por ningún mezquino interés, sin mirar de qué lado del pan estaba la mantequilla.

Mason asintió.

—Bien, el dinero fue entregado por una orden del tribunal y luego sacado del Banco —estableció el abogado.

—Exacto —afirmó Paxton—. Hubiera sido mejor de haber Borden Finchley llevado a cabo el asunto del modo ordinario, pidiendo que pusiéramos la cuenta de Horacio Shelby a su nombre, con la orden de que sólo hiciéramos honor a su firma.

—¿Cómo?

—Lo digo por esto —prosiguió el banquero—. Ayer por la tarde, acreditaron en el Banco la suma de cincuenta mil dólares a nombre de Horacio Shelby.

—¿Qué? —exclamó Mason.

—Fue en pago de un contrato de compra —asintió Paxton—, y el contrato estipulaba que el dinero se depositase a crédito de Horacio Shelby en su Banco. Horacio Shelby había efectuado una escritura de concesión, con el aval de una compañía, acompañada

de instrucciones por las que, cuando el comprador mostrase un recibo de depósito demostrando que los últimos cincuenta mil dólares habían sido abonados a la cuenta de Horacio Shelby en nuestro Banco, debía ser entregada la escritura. El comprador nada sabía del nombramiento de un tutor, por lo que insistió en depositar el dinero en la cuenta de Horacio Shelby, recibiendo un duplicado del recibo de ingreso, que entregó a la compañía avalante.

Mason apretó los labios.

—Pues bien —continuó Paxton—, ahora nos hallamos en una situación, repito, muy especial. Si le notificamos a Borden Finchley la presencia de estos cincuenta mil dólares en nuestro Banco, simplemente preparará otra orden para que los transfiramos a la cuenta que tiene a su nombre en otro Banco. ¿Pero necesitamos notificárselo?

—Ciertamente —afirmó Mason. Y añadió tras una pausa—: Su deber es comunicárselo.

La expresión de Paxton fue de desaliento.

—Deben enviarle una carta inmediatamente, explicándole todas las circunstancias de este nuevo ingreso.

Paxton se puso de pie.

—Esperaba —dijo en el tono de quien se siente defraudado— que usted pudiera sugerirme otra forma de manejar la situación.

Mason meneó la cabeza.

—Ésta es la única forma ética de hacerlo. Vaya a su Banco y escriba la carta. Yo iré con usted, ya que tengo que realizar una gestión allí cerca. Podemos bajar juntos.

—Si Horacio Shelby estuviese enterado de la existencia de esta cantidad —opinó Paxton—, creo que desearía que Daphne se encargase de la misma.

—Ya no puede hacer nada —le recordó Mason—. Su abogado le aconsejaría que es mejor no correr ningún riesgo.

—Sí, supongo que sí —suspiró el banquero—. Pero usted posee la reputación de ser muy ingenioso, señor Mason, y creí preferible consultarle este caso.

—Lo cual le agradezco muy de veras —correspondió el abogado—. Como el Banco está muy cerca, le acompañaré hasta allí.

—¿Y sigue pensando que debo escribirle una nota a Borden

Finchley?

—Sin perder un solo instante.

Bajaron en el ascensor y luego se internaron entre el tráfico de peatones. Paxton parecía tener alguna dificultad en arrastrar los pies.

—Claro —dijo—, usted ya se dará cuenta de lo que intenta Shelby. Quiere proteger financieramente a su sobrina. Sí, esto es lo que desea. Y de no haberse mostrado tan ansioso en este sentido, el tribunal tal vez habría vacilado antes de nombrar un tutor.

—Es muy fácil. A propósito —Mason cambió de tema— ¿cuál es mi crédito en su Banco?

—¿Su crédito? —se extrañó el banquero—. Vaya, absolutamente A-1.

—Me gustaría obtener un préstamo de setenta y cinco mil dólares.

—Puede arreglarse. ¿Posee algunos valores?

—Ninguno —admitió Mason—, pero le daré cualquier garantía.

Paxton comenzó a menear negativamente la cabeza, y de repente frunció el ceño.

—¿Por cuánto tiempo necesita ese dinero, señor Mason?

—Por unos diez minutos.

Paxton le contempló con incredulidad.

—¿Setenta y cinco mil dólares por diez minutos?

—Sí.

—¿Pero qué intenta hacer con esa suma?

Mason sonrió.

—Depositarla en la cuenta de Horacio Shelby.

—¿Está loco? —exclamó Paxton—. ¿Es que...?

De pronto calló, miró al abogado y súbitamente estalló en una carcajada.

—Vamos, debemos llegar al Banco lo antes posible.

Comenzó a andar con más agilidad y Mason tuvo que apretar el paso para seguirle.

Cuando llegaron a la entidad bancaria, Paxton llamó a su secretaria.

—Si no le importa, señor Mason, dictaré una carta para Borden Finchley, diciéndole que...

—Opino... —le interrumpió Mason— que el mejor procedimiento es enviar una carta a Horacio Shelby, a la consideración de Borden Finchley, tutor.

—Entiendo —sonrió Paxton—. Es una especificación legal, muy importante. Bien —el banquero se volvió hacia la secretaria—, ponga en el encabezamiento: Horacio Shelby, a la consideración de Borden Finchley, tutor. Luego, añada: mi querido señor Shelby: el pago final de cincuenta mil dólares por la compra de los valores Broadway, fue depositado en su cuenta por el comprador, el cual se llevó un duplicado del recibo de ingreso para entregarlo a la compañía avalante. Punto y aparte. Esa cantidad se halla ahora en el Banco a su nombre. Sinceramente, etcétera.

—Muy bien —aprobó Mason—. ¿Podría ahora ir al departamento de préstamos?

—Ahora mismo. Creo, señor Mason —agregó Paxton—, que en estas circunstancias, yo mismo avalaré el préstamo. ¿Quiere setenta y cinco mil dólares?

Mason asintió.

—Le haré el préstamo por treinta días.

—Por el tiempo que guste. No lo quiero para tanto tiempo, pero si necesita una fecha para el archivo, digamos que está bien el plazo.

Paxton redactó la nota de préstamo y Mason la firmó.

—¿Cómo quiere el dinero? —le preguntó Paxton.

—En estas circunstancias, creo que es preferible en billetes: setenta y cinco de mil dólares cada uno.

Paxton fue a la caja fuerte y regresó con setenta y cinco billetes de mil dólares cada uno.

—Creo que a partir de ahora —le dijo a Mason—, será mejor que todo se efectúe por los canales regulares.

—Exactamente —y Mason estrechó la mano del banquero, saliendo del despacho.

Luego se metió el dinero en el bolsillo y se dirigió a una ventanilla, donde garabateó un duplicado de ingreso y se puso en la cola.

Cuando le llegó su turno, sacó del bolsillo los setenta y cinco mil dólares y el boleto de ingreso por duplicado.

—Por favor, deposite esto en la cuenta de Horacio Shelby.

El cajero contempló los billetes con cara de asombro.

—¿Un depósito de setenta y cinco mil dólares al contado? —preguntó.

—Exactamente.

—Creo que esta cuenta ha sido transferida —tartamudeó el cajero—. Lo siento, pero...

—¿No puede el Banco aceptar un depósito?

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, por favor, deposite esta cantidad en la cuenta de Horacio Shelby.

—Un momento —le rogó el cajero—. Iré a preguntar.

Regresó al cabo de un par de minutos.

—Si insiste en efectuar este ingreso, señor Mason, no tenemos más remedio que aceptarlo.

—Muy bien. Insisto en ello.

El cajero estampilló y firmó el duplicado del boleto de ingreso.

—Ahora —continuó Mason, sacando de su bolsillo el cheque endosado por Daphne Shelby—, aquí tengo un cheque que deseo hacer efectivo. Es por la cantidad de ciento veinticinco mil dólares.

—¿Quiere usted hacer efectivo un cheque de ciento veinticinco mil dólares? —el cajero estaba atónito ante aquella inesperada petición.

—Exactamente —y Mason le entregó el cheque.

El cajero lo estudió con incredulidad, pero de repente una sonrisa le iluminó el rostro.

—Un momento. También debo consultar esto.

Esta vez tardó un poco más en volver.

—Vaya, resulta que poseemos precisamente dinero suficiente para pagar esta cantidad.

—No me interesa cuál sea el montante de la cuenta —replicó Mason—. Lo único que quiero es cobrar este cheque.

—Ésta es una situación un poco crítica, señor Mason —se excusó el cajero.

Mason reprimió un bostezo.

—Tal vez lo sea para usted —comentó, consultando significativamente su reloj de pulsera.

—¿Cómo lo quiere, señor Mason?

—En billetes de mil dólares.

El cajero abrió un cajón, contó cuidadosamente los setenta y cinco billetes que acababa de depositar Mason, luego añadió otros veinte billetes del mismo valor y, por fin, llamó a un botones.

—Un momento, por favor —le ordenó al subalterno que fuese a la caja a buscar el resto de la suma, y unos instantes después Mason entraba en posesión del importe total del cheque.

—Gracias —dijo.

Volvió a meterse el dinero en el bolsillo y se dirigió al despacho del vicepresidente.

—Señor Paxton, le pedí prestados setenta y cinco mil dólares hace poco.

—Sí. Tengo entendido —contestó el banquero— que fue un préstamo personal, sin garantías, señor Mason.

—Exacto. Y como ya no necesito esa suma, desearía anular el préstamo, devolviendo la cantidad recibida.

—¡Caramba, esto es algo muy extraordinario! —fingió asombrarse Paxton.

—Lo sé. Como usted debe recibir el interés de un día, creo que tendré que añadir doce dólares y treinta y dos centavos.

Y el abogado, con toda gravedad, colocó sobre la mesa setenta y cinco billetes de mil dólares, otro de diez, dos de uno y treinta y dos centavos.

—¡Sí, es extraordinario! —repitió Paxton—. Sin embargo, si insiste usted en cancelar el préstamo, no me queda más remedio que aceptarlo. Un momento, por favor —Paxton cogió el dinero, lo metió en un cajón de su mesa, luego levantó el receptor telefónico y dijo—: Envíenme la nota del señor Perry Mason por setenta y cinco mil dólares, por favor... Sí, pongan «pagado»... Sí, sí, ya sé que acaba de ser archivada... Sí. ¡Repito que pongan «pagado»!

Al cabo de tres minutos, un joven llamó a la puerta, con la nota en la mano.

—Aquí la tiene —Paxton se la entregó a Mason—. Siento que no haya dispuesto de este dinero por más tiempo. Nos gusta colocar nuestros préstamos en manos que nos produzcan buenos intereses.

—Entiendo —asintió Mason—. Bien, he de formularle otra

petición. Aquí tengo cincuenta mil dólares en billetes, y quisiera adquirir diez cheques de caja por cinco mil dólares cada uno, pagaderos a Daphne Shelby. Creo que usted ya conoce a la señorita Shelby.

—Oh, sí, muy bien —aprobó Paxton—. Se cuida de los intereses de su tío. ¿Así que quiere diez cheques de caja por valor de cinco mil dólares cada uno, eh?

—En efecto.

—Si tiene la bondad de aguardar un minuto...

Paxton cogió los cincuenta mil dólares, salió del despacho y al cabo de quince minutos regresó con los diez cheques de caja.

—Otra vez muchas gracias —le agradeció el abogado.

El banquero extendió su mano.

—Ya le estreché una vez la mano, señor Mason. Y ahora repetiré ese gesto, y espero que sabrá perdonar mi momentánea duda respecto a su habilidad. Cuando me decidí a violar una confidencia, dándole información bancaria, lo hice esperando, contra toda esperanza, que usted hallaría la manera de capear la situación. Ante sus palabras sentía que mis ilusiones se venían al suelo. Pero ahora comprendo que debí tener más confianza. Buena suerte, señor Mason —finalizó el banquero, asiendo con firmeza la mano del abogado.

—Gracias. Y gracias también al Banco Nacional de Inversiones por el interés que se toma por sus clientes. Le aseguro que esta acción, al final, redundará en su beneficio.

—Gracias. Muchas gracias —repitió Paxton.

El abogado, con los diez cheques de caja en el bolsillo, abandonó el Banco, dirigiéndose al hotel donde se alojaba Daphne.

—Daphne —le espetó, cuando estuvo a solas con la joven—, ya no es una pordiosera, aunque siga siendo muy bella.

—¿Qué quiere decir?

Mason se sacó los cheques del bolsillo. La muchacha los miró con incredulidad.

—¿Qué diablos...?

—Limítese a endosar este cheque, poniendo: pagadero a la orden de Perry Mason.

—¿Es por su minuta?

—Todavía no se trata de minutas —objetó Mason—. Pero quiero que endose este cheque para que pueda yo cobrar cinco mil dólares en dinero contante y enviárselos a usted. Esto es lo único que tendrá por ahora. En realidad, será mejor que cambie su dinero por cheques de viaje, por un valor de cuatro mil quinientos dólares. ¿Entiende? Los cheques servirán para protegerla contra un día de lluvia.

Capítulo VI

No hacía una hora que Perry Mason había vuelto a su despacho cuando sonó en la puerta excusada la llamada especial de Paul Drake.

Della Street fue a abrir.

—Bueno, ya tenemos a Ralph Exeter, etiquetado —anunció el detective, entrando en la estancia.

—¿Qué has descubierto? —inquirió Mason.

—El verdadero nombre de Exeter es Cameron —explicó Drake—. Su primer nombre es muy raro: Bosley. B-O-S-L-E-Y. Viene de las Vegas. Es jugador y posee un pagaré firmado por Borden Finchley por valor de más de ciento cincuenta mil pavos.

—Esto explica muchas cosas —razonó Mason.

—Aún hay algo más —continuó Drake—. Cameron también debe una fuerte suma y hasta que cobre el dinero de Finchley, no puede regresar a Las Vegas. En realidad, anda ocultándose de sus antiguos compinches. Por esto ha adoptado el nombre de Ralph Exeter, de Boston, Massachusetts.

—Buen trabajo, Paul —aprobó Mason—. Un maravilloso trabajo.

—En realidad, yo no he hecho nada —negó Drake—. Pero tuve suerte y me tropecé con las personas que están localizando a Cameron.

—¿Cómo?

—Gracias a una serie de circunstancias fortuitas. Finchley explicó muy por encima dónde había estado últimamente, pero la asistente observó que en el equipaje había varias etiquetas de Las Vegas, etiquetas que, por lo visto, Finchley trató de quitar el segundo día de llegar aquí. Acuérdate que dijo que vinieron en el coche de Exeter. Bien, averigüé donde estaba matriculado dicho

coche. Sí, la placa es de Massachusetts, pero puse una conferencia, hice mover a un par de agentes, y encontré a la persona que estaba registrada como su propietario cuando el auto salió de Massachusetts. Se trata de un individuo que estuvo en Las Vegas, jugó, perdió y quedó a deberle a Cameron unos mil dólares. Entonces ofreció entregarle el coche y algo más. Cameron se conformó, ya que en Las Vegas están muy acostumbrados a esta clase de transacciones, y el auto pasó de manos sin las formalidades de un nuevo registro por el momento. Una vez en posesión de esta pista, telefoneé a Las Vegas y descubrí que Cameron era uno de esos jugadores a gran escala que un día están subidos en las nubes y al siguiente se hallan hundidos en el fango. Le pulieron bastante en una partida de póquer y tiene varios pagarés en circulación. Les dijo a sus compinches que había un pájaro que le debía ciento cincuenta de los grandes y que iba en su busca para cobrarse la deuda, si bien quizás tardaría un poco en conseguir la pasta.

Y entonces, desapareció. Al principio, los que tenían los pagarés de Cameron se dispusieron a esperar, pero ahora se muestran un poco inquietos y les gustaría mucho saber dónde se oculta ese bergante.

—Vaya, Paul —sonrió Mason—, empezamos a obtener buenos resultados. Ésta es la clase de munición que necesitamos.

—Lástima que no lauviésemos cuando la vista de ayer por la mañana —se quejó Drake.

—La tendremos para la próxima —le consoló Mason.

En aquel momento sonó el teléfono.

Della Street levantó el receptor, contestando a la llamada, y luego miró interrogativamente a Mason.

—¿Quiere hablar con Darwin Melrose? —le preguntó.

—Naturalmente —Mason cogió su propio receptor—. Hola, Melrose. ¿En qué puedo servirle?

Melrose estaba tan excitado que hablaba con la rapidez de una ametralladora.

—¿Qué diablos está pasando aquí? Una compañía me ha dicho que se había efectuado una venta, y que se han ingresado unos cincuenta mil dólares como pago final en la cuenta de Horacio Shelby.

—¿Sí...? —preguntó Mason, aprovechando el momento en que Melrose respiraba.

—Llamé al Banco Nacional de Inversiones y me han contestado que no hay ningún dinero en la cuenta Shelby. Les pregunté por el ingreso de los cincuenta mil dólares, y me han respondido que era cierto, pero que hubo dos ingresos, uno de cincuenta mil y el otro de setenta y cinco mil, pero que ambos han quedado cancelados al abonar el cheque pagadero a Daphne Shelby por el valor de ciento veinticinco mil, con lo cual la cuenta vuelve a estar exhausta.

—Cierto, no hay ningún secreto en esto —contestó Mason—. Ya discutimos lo referente al cheque en el tribunal. Su cliente estaba ya al corriente de todo esto.

—Estar al corriente del cheque es una cosa, pero cobrarlo, es otra muy distinta.

—Mire —le explicó Mason—, el cheque estaba en posesión de Daphne Shelby. En el Banco había dinero para cubrirlo. Por tanto, el Banco estaba en su derecho a pagarlo a la presentación del mismo.

—Pero el Banco sabía que se nombró un tutor.

—Al Banco le comunicaron que se había nombrado un tutor para la cuenta de Horacio Shelby, según estaba la cuenta en aquel momento, pero no se habló nada de cuentas ni de ingresos futuros.

—Creíamos que no era necesario, puesto que íbamos a liquidar toda la cuenta.

—Siento que no entendiesen bien la situación —se lamentó Perry Mason—. Pero la orden al Banco era muy específica. Daba instrucciones para que le entregase al tutor la cantidad exacta que figuraba en aquellos instantes en la cuenta de Horacio Shelby, con la fecha abajo.

—Esto no me gusta —exclamó Melrose—. Ni creo que le guste al tribunal. Es una marrullería.

—¿Cómo?

—¡Una marrullería!

—Creo que usted no aprecia bien la situación —sonríóle Mason al teléfono—. Por mi parte no fue marrullería, sino tener más práctica que usted. Acuda al tribunal si gusta, y ya verá lo que le dirá el juez.

—Esto es precisamente lo que voy a hacer —replicó Melrose, con altanería—. Pienso pedirle al juez una orden que demuestre que usted se ha burlado del tribunal, y otra para que devuelva usted el dinero del cheque al tutor de la cuenta.

—Sí, está usted en su derecho —reconoció Mason—. Adelante. Pero tenga en cuenta que yo también sabré contestar a todas esas órdenes... si las consigue. ¿Algo más...?

En vez de contestar, Darwin Melrose colgó con fuerza el teléfono.

Perry Mason le sonrió a Paul Drake, antes de comentar:

—Es un gusano muy largo que no sabe culebrear.

—Por la conversación, supongo que se trata de algo gordo.

—No lo sé —repuso Mason, juiciosamente—. Darwin Melrose forma parte de esa clase de abogados a quienes gusta ser muy meticulosos. Si desea la descripción de un caballo con la pierna trasera derecha blanca, pone en la reseña: «un caballo con *una* pierna, la derecha, trasera, blanca». Naturalmente, sabía cuál era el saldo de la cuenta Shelby, por lo que hizo figurar la cantidad exacta en la orden al Banco. Éste le entregó, pues, al tutor la cantidad mencionada, liquidando así, por el momento, la cuenta del viejo Horacio, consistente en tantos miles de dólares, tantos centenares, y tantos centavos. En realidad, un total de ciento cincuenta y seis mil dólares, aproximadamente. Pero no se le ocurrió a Melrose que alguien pudiera ingresar algo a nombre de Horacio Shelby.

—¿Y se hizo un nuevo ingreso?

—Sí.

—¿Tuviste tú algo que ver con ello?

—Oh, muy poco —rió Mason—. En parte, hemos cumplido el deseo del viejo Horacio y ahora, gracias a la información conseguida por ti, creo que podremos cumplir el resto.

—¿Es ya tu cliente la chica?

—Sí, en realidad, ya es mi cliente,

—¿No crees que es demasiado ingenua? —observó Paul Drake.

—Por tratarse de una muchacha que ha manejado todos los asuntos de su tío, escribiendo su correspondencia, y cuidándose de su cuenta bancaria y negocios bursátiles, me parece demasiado sintética en su falta de sofisticación.

Mason estudió al detective con pensativa mirada.

—Lo sé, Paul. Ya lo había pensado. Y también me he preguntando si escudándose en esta apariencia de inocencia no se ocultará un cerebro frío y calculador. Pero recuerda que el Banco la conoce desde hace muchos años, saben las relaciones existentes entre ella y su tío, están a favor suyo en todos los conceptos.

—Oh, ya sé que es una personita estupenda —exclamó Drake—, pero... En fin, no sé. ¿No crees que ella sospechaba su ilegitimidad y fingió ignorarla a fin de que Horacio Shelby no supiese que ella lo sabía?

—Mason se encogió de hombros.

—Lo ignoro, Paul. ¿Qué opina, Della?

La secretaria meneó la cabeza.

—No me obligue a expresar mi opinión.

—¿Tiene alguna?

—Sí.

—¿Y por qué no quiere decírnosla?

—Porque no estoy segura del terreno que piso.

—Bien, por ahora seguiremos haciendo por esa chica lo que podamos —decidió Mason—. Está metida en un verdadero atolladero, pero creo que al final saldremos adelante. Dime, Paul, ¿qué doctor ha nombrado el tribunal?

—No lo sé todavía, pero no tardaré en...

El teléfono le interrumpió. Como siempre, fue Della Street quien contestó a la llamada.

—Es para usted, Paul. Le llaman de su oficina.

Drake se hizo cargo del aparato.

—Repítame el nombre —rogó al cabo de un momento—. Gracias —se volvió hacia Perry Mason, después de colgar—. Bien, Perry tu respuesta ha quedado contestada. El tribunal ha nombrado al doctor Grantland Alma.

Della Street, inmediatamente, hojeó el anuario y poco después pudo proporcionar más información.

—Aquí esta. Tiene el consultorio en el 602 del Cerner Building, y su teléfono es Lavine 2-3681.

—Y todo intento para influir en él —añadió Mason, sonriendo—, le volverá loco, pero no hay ningún motivo por el que yo, en mi

calidad de abogado, no trate de ver a Horacio Shelby antes que el doctor.

—No tiene la menor probabilidad —objetó Drake.

Mason sonrió.

—Tal vez sea también conveniente saber si le tienen completamente secuestrado. Seguramente el doctor debe estar en su consultorio a estas horas —añadió, después de consultar su reloj—, y con toda probabilidad no visitará a Shelby hasta mañana por la mañana. Llame a su enfermera, Della.

—¿A la enfermera?

—Sí. Siempre hay que comunicarse con un doctor por mediación de su enfermera.

Della Street marcó el número y Mason cogió el receptor de su extensión.

—Hola, aquí Perry Mason, el abogado. Desearía hablar con el doctor Alma. Si esto no es posible, me gustaría formular una pregunta que él puede contestarme. Se trata de un asunto urgente.

—Yo soy su enfermera —repuso una voz femenina al otro extremo de la línea—. Tal vez será mejor que me haga a mí la pregunta. El doctor está muy ocupado en estos instantes y tiene el consultorio lleno de pacientes.

—El doctor Alma —empezó a decir Mason—, que ha sido nombrado por el tribunal del juez Ballinger para examinar a Horacio Shelby antes de la vista de mañana por la tarde...

—Oh, estoy segura de que el doctor no querrá hablar de este asunto con usted ni con nadie —le atajó la enfermera.

—No quiero hablarle de este asunto —replicó Mason—. Estoy simplemente tratando de averiguar si le molestaría al doctor que yo fuese al sanatorio «Buena Voluntad» a visitar al señor Shelby.

—Oh, estoy segura que no —accedió la enfermera—: Pero no haga nada que pueda alarmar o trastornar al paciente. ¿Figura usted en el caso como abogado?

—En el caso general, sí.

—Pues procure no excitar al señor Shelby, por favor.

—Gracias. Y a propósito, ¿en qué sala está?

—Se halla en una de las unidades aisladas, según creo. Un momento... Pabellón 17.

—Muy agradecido.

—De nada, abogado.

—Por favor, díglele al doctor Alma que he llamado.

—Así lo haré.

—Bien —sonrió Mason, tras colgar el aparato—, si uno desea obtener información debe buscarla abiertamente.

—Un buen detective —comentó Drake, riendo— habría tardado dos días, a cincuenta dólares diarios, en obtener estos datos, Perry. ¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero ir solo.

—Tal vez la cosa se presente un poco dificultosa —le advirtió Paul Drake.

—Cuando esto ocurre —repuso Mason—, sé cómo corresponder sin ayuda de nadie.

Capítulo VII

El Sanatorio y Casa de Reposo «Buena Voluntad», de El Mirar, era, aparentemente, la combinación de un motel convertido y una casa antigua de tres plantas.

Ambos inmuebles habían sido unidos, con una tapia en torno a la propiedad, y en las ventanas del motel, así como en las de la finca alguien había colocado unas rejas de feo aspecto, muy poco ornamentales, pero eficaces.

Perry Mason llegó al sanatorio sin intentar pasar inadvertido. Anduvo hasta la cancela, siguió por el senderito enarenado y se detuvo delante de una puerta señalada como «Oficina».

El abogado se fijó en un cartel de la tapia que decía:

«Se necesita: mujer joven, de agradable aspecto, para trabajos generales».

Había otro cartel semejante al lado de la puerta de la oficina. Como ambos habían sido redactados por una mano profesional, resultaba evidente que el sanatorio andaba escaso de personal y hacía tiempo que necesitaba más muchachas en su servicio.

Mason penetró en la oficina.

Un largo mostrador dividía la estancia en dos partes. Tras el mostrador había una centralita telefónica y una silla; a un lado, una mesa literalmente cubierta de papeles, un sillón giratorio y otras dos sillas de alto respaldo; y también una estantería con casilleros, con los números de las salas y unidades de los mismos.

En la centralita había una luz encendida y se oía el zumbido indicador de una llamada exterior.

Mason se acercó al mostrador.

De pronto, una mujer de mediana edad apareció apresuradamente por una puerta del fondo y, casi sin reparar en

Mason, se dirigió a la centralita, cogió el receptor y dijo:

—Sí, éste es el sanatorio «Buena Voluntad» —prestó atención unos instantes y añadió—: Ahora no está. Se lo comunicaré a su secretario. Sí, llamaré tan pronto como llegue... No, no sé cuándo estará aquí... Sí, eso espero. Sí, hoy sin falta... Sí, le llamará, doctor. Tan pronto como llegue... Adiós.

Sacó la clavija del agujero y se dirigió con alguna truculencia al mostrador.

—¿Qué desea? —le preguntó a Mason.

—Tienen ustedes internado aquí a Horacio Shelby.

Instantáneamente, la mujer se envaró y sus ojos se tornaron plomizos.

—¿Y bien?

—Quiero verle.

—¿Es usted pariente suyo?

—Soy abogado.

—¿Le representa a él?

—Represento a un pariente.

—Ya no es hora de visita.

—Pero es de suma importancia que le vea —insistió Mason.

La mujer denegó firmemente con la cabeza.

—Tiene que venir a las horas de visita.

—¿Y qué horas son éstas?

—De dos a tres de la tarde.

—¿O sea hasta mañana por la tarde, verdad?

—Entonces podrá verle. Claro, si no se opone el doctor. Antes tendrá que hablar con éste. El señor Shelby nos ha ocasionado algunas molestias. En su puerta, precisamente, hay un cartel prohibiendo las visitas. ¿Qué nombre me dijo?

—Mason. Perry Mason.

—Le diré al doctor que usted ha venido.

—¿A qué doctor?

—Al doctor Baxter —puntualizó la mujer—. Tillman Baxter. Es quien dirige el sanatorio.

—¿Es doctor licenciado?

—Tiene licencia para dirigir este sanatorio —fue la respuesta—. Esto es cuanto sé y también opino que de nada le servirá volver. No

creo que Horacio Shelby se halle en condiciones de recibir visitantes en estos momentos.

Le volvió bruscamente la espalda y desapareció por la puerta del fondo.

Mason se apartó del mostrador, salió de la oficina, dio una ojeada por los alrededores y finalmente regresó al lugar donde tenía aparcado el coche. Un hombre estaba junto al auto.

—¿Es usted el doctor nombrado por el tribunal? —le preguntó a boca-jarro.

Mason le contempló pensativamente.

—¿Qué doctor nombrado por el tribunal?

—Para el caso Shelby.

—¿Por qué?

—Quiero hablar con usted —continuó el desconocido.

—¿Sobre qué?

—Usted no ha contestado a mi pregunta. ¿Es usted el doctor nombrado por el tribunal?

—No. Me llamo Perry Mason y soy abogado. Y ahora dígame por qué tiene tanto interés en...

Pero su interlocutor no esperó el final de la frase, sino que se escabulló prestamente hacia un coche aparcado un poco más lejos, saltó adentro, le dijo algo al tipo que se hallaba al volante y el vehículo comenzó a deslizarse sobre el asfalto de la carretera. Mason trató de divisar la matrícula, pero el coche estaba demasiado lejos. Sólo consiguió ver que era de Nevada.

El abogado fingió regresar al sanatorio, pero volvió sobre sus pasos y de improviso entró en su coche. Accionó el arranque y condujo con rapidez por la carretera. No consiguió distinguir el coche con la matrícula de Nevada. Evidentemente, había tomado por un sendero lateral.

El abogado condujo cosa de un kilómetro sin el menor resultado, por lo que al final decidió regresar a la ciudad.

—Hay una llama del doctor Alma —le comunicó Della Street al verle—. Quiere hablar con usted al momento. Le contesté que usted no tardaría en llegar.

Mason asintió.

—Gertie se ha marchado ya —continuó Della—, por lo que yo

misma haré la llamada.

Sus dedos se atarearon en el numerador y poco después dijo por el receptor:

—El doctor Alma, por favor. Al habla el abogado Perry Mason.

Luego, le hizo un gesto al abogado.

—Hola —saludó Mason, cogiendo su propio teléfono—, aquí Mason.

—Aquí Grantland Alma, Mason. ¿Quería usted hablar conmigo?

—Sí. Tengo entendido que ha sido usted nombrado por el juez Ballinger para examinar a Horacio Shelby respecto a sus facultades físicas y mentales.

—Cierto.

—¿Irá pronto a ver a Horacio Shelby?

—No puedo verle hasta mañana por la mañana —repuso el doctor Alma—, pero les he comunicado a los del sanatorio que estaré allí a las diez.

—¿Es prudente que sepan a qué hora irá usted?

—Supongo que sí —contestó el doctor—, porque les he prohibido que le suministren al enfermo ningún sedante después de las ocho de esta noche; también les he pedido un diagrama completo del curso de la enfermedad y los medicamentos administrados al paciente, y he subrayado que no deseo que haya presente ningún miembro del sanatorio durante mi reconocimiento. Incluso llevaré conmigo a mi enfermera.

—Gracias, doctor —sonrió Mason—. Ahora comprendo por qué el juez Ballinger le nombró a usted. Sólo quería asegurarme de que iba usted a adoptar todas las medidas pertinentes al caso.

—Sé a lo que se refiere, Mason. Sí, sé que existen algunos sedantes que, inyectados por vía intravenosa, hacen que el paciente duerma profundamente; pero en algunos casos, el individuo se muestra sólo desorientado y un poco vago unos cuantos días. También hay drogas que, si se le administran a un paciente atacado de arteriosclerosis, pueden provocar un trastorno mental de carácter temporal.

—¿Puede usted detectar estas drogas en un enfermo?

—Sí y no. Puedo efectuar un análisis de sangre, pero me resulta imposible saber si el paciente se halla en su estado normal o bajo la

influencia de ciertas drogas. Estoy bien enterado de su reputación, señor Mason, y tengo entendido que usted representa a la sobrina, o la joven que creía ser sobrina, de Horacio Shelby; en fin, la chica que le ha estado cuidando devotamente durante todos estos últimos años. Y en confianza puedo comunicarle que en el sanatorio ofrecieron cierta resistencia cuando les prohibí administrarle esta noche al anciano ningún medicamento. Me contestaron que Horacio Shelby estaba muy agitado, altamente irritable, que no podía dormir, y que habría que darle algún sedante adecuado. Les pregunté qué entendían por tal y sostuvimos una discusión al respecto. Por fin, les fijé un límite a los somníferos para esta noche. No me importa manifestarle, señor Mason, que pienso reconocer al paciente con todo cuidado. Esto es lo que me ha sido ordenado y esto es lo que estoy decidido a hacer.

—Muchas gracias —respondió Mason—. Precisamente, era esto lo que deseaba escuchar de sus labios.

—Sí, ya sé lo que pensaba usted —rió el doctor Alma—. No se preocupe, Mason. Jugaré limpio y pienso mostrarme concienzudo.

—Gracias de nuevo. Y crea que le agradezco de veras su colaboración.

El abogado colgó el teléfono y se volvió a su secretaria.

—Creo que no hay ningún motivo que me impida marcharme de aquí. Todo está en orden. El doctor Alma sabe lo que hace. Evidentemente, ha estudiado todos los aspectos de la situación. Daphne está fuera de circulación por esta noche. El sanatorio se halla a la defensiva y no me sorprendería que mañana fuese un día sumamente agitado, en lo que respecta al sanatorio.

—¿Qué impresión le causó? —quiso saber Della Street.

Mason hizo un gesto displicente con la mano.

—Un sanatorio más. Creo que el tipo a quien llaman «doctor», y que dirige el establecimiento no es un médico diplomado, aunque probablemente posea licencia para figurar como director. Algunos sanatorios de esta clase son muy buenos; otros, no. En realidad, en algunos... ¡que Dios ayude a los pobres desdichados a los que llevan allí! Con frecuencia, los parientes no quieren verse importunados por un anciano que empieza a desvariar un poco y a ponerse pesado, por lo que lo entregan a un sanatorio, se lavan las manos, y

prácticamente se olvidan de la pobre víctima. Y todo esto no le importa en absoluto al sanatorio mientras no deje de recibir la pensión mensual. También hay sanatorios que son verdaderos infiernos. En ellos saben que el viejo tiene que pasar por incompetente; y si están enterados de que el paciente les odia, pero saben que la persona nombrada como custodio o tutor es quien ha de pagarles la estancia del anciano, no tardan mucho en decidir de qué lado del pan está la mantequilla.

—¿Y usted opina que el sanatorio «Buena Voluntad» pertenece a esta última clase?

—No me sorprendería en absoluto, Della —respondió Perry Mason—. Sin embargo, creo que por ahora todo va bien. Será mejor que cerremos la oficina y nos larguemos a casita.

Capítulo VIII

Perry Mason penetró en su despacho a las nueve en punto de la mañana siguiente y halló a Della Street abriendo el correo y distribuyéndolo en tres montones: urgentes, importantes y corrientes.

Mason echó una ojeada a varias cartas del montón urgente y exclamó:

—Bueno, Della, creo que no haya nada que realmente merezca la pena. ¿Se sabe algo de Daphne?

—Aún no.

Mason miró su reloj.

—Dentro de una hora, el doctor Alma estará ya en el sanatorio reconociendo a su paciente. Me imagino que por entonces tendremos que emprender alguna acción.

—¿De qué clase?

—Lo ignoro —confesó Mason—. Pueden ocurrir varias cosas. O bien han drogado al viejo, pasando por alto las órdenes del doctor Alma, o inventarán alguna excusa para que éste no pueda visitarle.

—¿Y qué hará entonces el doctor?

—Por la manera como habló conmigo —concluyó Mason—, supongo que les dirá a los del sanatorio que, o le dejan ver a Horacio Shelby, o les acusará ante el tribunal por desacato a la ley.

—¿Y si han drogado al anciano? —quiso saber Della Street.

—El doctor Alma lo averiguará y lo comunicará al tribunal.

—¿Y si no está allí?

—Si no está allí —repuso Mason—, me apuesto diez a uno a que Horacio Shelby está en pleno uso de sus facultades mentales. Probablemente, no excesivamente bien como resultado de sus pasadas experiencias, pero lo suficientemente lógico y coherente

como para que el tribunal deje sin efecto la orden nombrando un tutor. Y tan pronto como esto ocurra, Shelby exigirá que los Finchley desalojen su casa, redactará un testamento a favor de Daphne Shelby, y todo volverá a la normalidad.

—¿Qué hay del cobro de aquel cheque? ¿No pueden hacerle pasar a usted un mal rato?

—Lo intentarán —admitió Mason—, pero sospecho que tendrán también otras muchas cosas de qué ocuparse. En un asunto de esta clase, la mejor defensa es una contraofensiva. Bien, veamos qué dicen estas cartas.

El abogado estuvo dictando hasta las diez, y entonces bostezó y se despezó.

—Ya está bien por ahora, Della. No puedo quitarme de la cabeza ese maldito sanatorio y lo que pueda estar ocurriendo allí. Llame a Daphne, por favor. Dígale que procure estar a mano. Es muy posible que la parte contraria se desmorone de un momento a otro.

—Se siente usted muy optimista esta mañana —rió la secretaria, levantando el teléfono.

—He disfrutado de un magnífico sueño esta noche —le explicó Mason—, luego me he desayunado muy bien y... lo cierto, Della, es que la manera como me habló ayer el doctor Alma por teléfono me hace pensar que sabe muy bien lo que se hace. Tan pronto como un médico así se introduce en un caso, la parte contraria sufre un golpe mortal. Si el sedicente sanatorio y casa de reposo ve que está a punto de perder la licencia, se pondrá rápidamente de parte de la ley.

—La señorita Daphne Shelby, por favor —dijo Della Street ante el receptor—. Habitación 718 —sostuvo el aparato pegado a su oído unos instantes y luego comentó—: No hay respuesta.

—Está bien —le ordenó Mason—, deje un mensaje. Que llame aquí tan pronto como llegue.

Della cumplió el encargo y colgó.

—Habrás dormido hasta bastante tarde y estará en el comedor desayunándose —reflexionó el abogado en voz alta.

—O habrá salido de compras —añadió la secretaria—. Al fin y al cabo, ahora es una muchacha rica, gracias a su ayuda financiera, y a su marrullería.

—No ha habido ayuda financiera —objetó Mason, sonriendo—. Ni marrullería. Darwin Melrose pertenece a esa clase de abogados que se cuidan de los pequeños detalles y se olvidan de lo más importante. Melrose se mostró tan específico respecto a la cantidad exacta de la cuenta de Shelby y del dinero que debía serle entregado a Borden Finchley en su calidad de tutor, que se olvidó mencionar en su nota que el tribunal había nombrado a Finchley custodio de todos los bienes del viejo Horacio; y que todo el dinero, valores, créditos y otros bienes tangibles que el Banco tuviera o recibiese debían ser trasladados a la cuenta de aquél. Se limitó a pedir algo específico respecto a una cuenta y a solicitar el traslado de la misma a Borden Finchley, hasta el último centavo. Y luego, Finchley procedió a abrir otra cuenta en un Banco distinto, en su calidad de tutor —Mason rió—. Si ese joven abogado quiere mostrarse técnico conmigo, yo también sabré emplear algunos tecnicismos legales con él.

—¿Y qué dirá el juez?

—No lo sé. Pero creo que el juez posee amplitud de miras, y sospecha, además, que en este caso hay algo que no resistirá un detenido escrutinio. Naturalmente, el hecho de que Daphne no tenga lazos consanguíneos con Horacio Shelby es lo que nos tiene atados de manos. De no ser por esto, me presentaría al tribunal y empezaría a lanzar fuegos artificiales. Pero tal como está el asunto, no tengo derecho legal para interpelar al tribunal ni interrogar a los testigos.

En aquel instante sonó el teléfono. Della Street cogió el aparato.

—Sí, Gertie —se volvió hacia Perry Mason—. Probablemente será Daphne.

Mason asintió y alargó la mano para coger su extensión de la línea pero se detuvo al notar la expresión en la cara de su secretaria.

—Es el doctor Alma —le comunicó la joven— y dice que es muy importante que hable con usted inmediatamente.

Mason inclinó la cabeza y alzó el receptor.

—Mason al habla.

La masculina voz del doctor Alma le llegó por el aparato.

—Mason, me encuentro en este maldito centro sanitario «Buena

Voluntad». Como ya sabe, vine aquí por una orden del tribunal del juez Ballinger, con el encargo de reconocer oficialmente a Horacio Shelby.

—¿Y qué ha ocurrido? —quiso saber Mason.

—Han ocurrido muchas cosas, por lo visto, particularmente al paciente —repuso Alma.

—¡Diantre, no habrá muerto, eh!

—Lo ignoro. No está aquí.

—¿No está ahí?

—Eso dije.

—¿Qué ha sucedido? ¿Permitieron que Finchley se lo llevase a otro sitio?

—No lo sé y me gustaría mucho averiguarlo. El paciente ha desaparecido. Dicen que se ha fugado. Pero antes de que alguien tenga ocasión de destruir las pruebas, me gustaría averiguar... Usted tiene un detective privado que trabaja por su cuenta y posee mucha experiencia en esta clase de investigaciones, ¿verdad?

—Sí.

—Y usted mismo es una figura casi legendaria. ¿Por qué no se dan una vuelta por aquí usted y su detective?

—¿Nos dejarán entrar? —preguntó Mason, guiñándole un ojo a Della Street.

—¿Dejarles entrar? —estalló el doctor Alma—. ¡Yo les dejaré entrar! Voy a revolver todo el lugar y pondré pronto las cartas boca arriba.

—De acuerdo, iremos para allá —repuso Mason.

Colgó el aparato, cogió su sombrero y le dijo a Della Street:

—Llame a Paul Drake. Dígame que coja su coche y que se reúna conmigo en el sanatorio «Buena Voluntad», en El Mirar. Vuelve a llamar a Daphne. Cuénteles lo ocurrido. Dígame que no se mueva y que espere hasta tener noticias mías... que no salga de la habitación.

—¿Y si no contesta?

—Siga llamándola. Ahora me marchó.

El abogado abrió la puerta, atravesó la antecámara y salió al corredor, apresuradamente. Luego tardó treinta y cuatro minutos en llegar a El Mirar.

Aparcó el coche cerca de la tapia del sanatorio y observó, aunque sin concederle ninguna importancia, que los carteles pidiendo personal habían sido arrancados. También vio que la puerta de la oficina estaba completamente abierta. La mujer que tan brusca se había mostrado la tarde anterior, se mostró mucho más efusiva en su saludo.

—El doctor le espera, señor Mason. Está en el pabellón 17. Por ese sendero a la derecha.

—Gracias. Un detective privado llamado Paul Drake llegará dentro de poco. Por favor, envíelo al pabellón 17.

—Sí, claro. —La dura boca de la mujer se distendió en lo que pretendió ser una sonrisa, pero sus ojos continuaron fríos y hostiles.

Mason corrió hacia el pabellón 17, una pequeña sala muy propia de un sanatorio.

El abogado oyó voces iracundas en el interior. Abrió la puerta.

El individuo alto que giró sobre sí mismo para enfrentarse con el abogado tendría unos cuarenta años. Ligeramente encorvado, mantenía sus ojos muy abiertos, y evidentemente, se hallaba muy indignado.

El otro ocupante del cuarto, mucho mayor y más bajo, se hallaba a la defensiva al parecer.

Mason, instantáneamente, captó la situación.

—¿El doctor Alma? —se dirigió al más alto de los dos hombres.

Los indignados ojos del doctor Alma se concentraron en Perry Mason, suavizándose levemente.

—¿Perry Mason?

—Sí.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Y éste es el doctor Tillman Baxter.

Mason no le ofreció su mano al último.

—El doctor Baxter —prosiguió el doctor Alma— está diplomado como médico neurópata en otro Estado. Y tiene unas teorías muy particulares respecto a la dieta.

—Tengo licencia para dirigir este establecimiento —intervino Baxter.

—Seguro —afirmó Alma—. Pero hasta cuándo va a durarle el permiso es algo que nadie sabe. Bien, ahora deseo que nos cuente

todo lo que sepa de Horacio Shelby. Me ha dicho que no llevaban ningún diagrama de este paciente.

—Esto no es un hospital —protestó Tillman Baxter—, sino una casa de reposo.

—¿Y no lleva diagramas ni fichas de los tratamientos?

—Sólo de las cosas muy importantes.

—¿Qué considera usted importante?

—Lo que indica un cambio en el estado físico o mental de un paciente.

—¿Tampoco llevan registro de las drogas administradas, verdad?

—Nosotros no administramos drogas. Esto es una regla.

—¿Qué hacen, entonces? —se interesó el doctor Alma.

—Les damos descanso, intimidad, soledad y buena comida a los pacientes. Nosotros...

—Pues a mí me dijeron que Horacio Shelby se hallaba bajo el efecto de algunos sedantes —intervino Mason—. ¿Qué le dieron?

—¿Sedantes? —repitió untuosamente el doctor Baxter.

—Esto me dijeron.

—Un doctor particular, que no pertenece al sanatorio, estuvo recetando a Horacio Shelby —contestó Baxter—. Aquí, como es natural, no nos oponemos a que nuestros internados estén en manos de sus médicos de cabecera.

—¿Cuál es el doctor?

—No recuerdo su nombre.

Mason miró en torno, tomando nota mental de una cama de hierro, un palanganero, una cómoda con espejo, el linóleo del suelo y los visillos de las ventanas.

—¿Adónde conduce esta puerta? —preguntó después.

—Al cuarto de baño.

Mason abrió la mentada puerta y contempló la vieja bañera, el retrete, el linóleo del suelo, el armario y el espejo encima del lavabo.

—¿Esta otra puerta? —quiso saber a continuación.

—El armario. Donde los pacientes guardan sus ropas.

—Lo he examinado —dijo el doctor Alma—, y no hay nada.

Mason contempló las perchas vacías del interior del armario.

—¿Se lo llevó todo? —inquirió.

—Creo que sí —le contestó Baxter—. Naturalmente, apenas tenía nada. Un practicante le afeitaba. El viejo sólo tenía un cepillo de dientes y un tubo de pasta, que se han quedado en el armario de baño. Aparte de esto, no tenía virtualmente nada, excepto el traje con que vino aquí.

—En otras palabras —le atajó Mason—, que el paciente no sabía que iba a ser internado en un sanatorio cuando lo sacaron de su casa.

—Yo no diría tanto —objetó Baxter—, aunque francamente no lo sé.

—Un individuo que sabe que va a ingresar en un sanatorio se lleva al menos una maleta con lo más indispensable —reflexionó Mason—. Pijamas, ropa interior, camisas, calcetines, pañuelos...

—Un hombre «normal» sí —corroboró el doctor Baxter.

—¿No era normal Horacio Shelby?

—En absoluto. Estaba irritado, nervioso, excitado, agresivo y se negó a colaborar.

—¿Quién le trajo aquí?

—Vino con sus parientes.

—¿Cuántos?

—Dos.

—¿Borden Finchley y Ralph Exeter?

—Finchley era uno; no conozco el nombre de la otra persona. También había una enfermera.

—¿La señora Finchley?

—Creo que sí.

—¿Y los tres llevaron a Shelby hasta esta sala?

—Le inscribieron en el sanatorio. Por aquel entonces, el paciente estaba sumamente agitado, y la enfermera le administró un sedante.

—¿Sabe qué clase de sedante?

—Una inyección.

—¿No le dijeron qué era?

—La enfermera me comunicó que había sido prescrito por el médico de cabecera del paciente.

—¿No pidió una copia de la receta? ¿No preguntó el nombre del doctor?

—Acepté la palabra de la enfermera. Tenía su diploma.

—¿De este Estado?

—Creo que de Nevada, aunque esto no lo sé con seguridad.

—¿Cómo sabe que tenía un diploma?

—Ella me lo dijo y, naturalmente, por la forma como cuidaba al paciente comprendí que era cierto.

Mason, de repente, cogió una de las sillas de la habitación, la llevó junto al armario, se subió en la misma y rebuscó en el último estante.

—¿Qué es esto? —preguntó, enseñando una serie de cuerdas.

—Pues... unas cuerdas —contestó Baxter, después de haber vacilado y tosido.

—Sí, ya lo veo. Unas cuerdas entrelazadas. ¿Para qué sirven?

—Las empleamos para reducir a los pacientes que se sienten inclinados a mostrarse excesivamente excitados. Las usan en todos los establecimientos frenopáticos.

—O sea que atan a los pacientes a sus camas, ¿no?

—Cuando lo requiere su estado, sí.

—¿Y ataron a Horacio Shelby a su cama también?

—No estoy seguro. Tal vez en alguna ocasión...

—¿Por cuánto tiempo?

—Diría que por un breve intervalo. Sólo empleamos estas cuerdas cuando el paciente está muy alterado, y a veces cuando andamos faltos de personal. Como puede observar, señor Mason, estas cuerdas estaban ya retiradas.

—Sí, lo veo —admitió Mason, mostrando dos fragmentos en sus manos—. Fueron cortadas con un cuchillo.

—¡Válgame Dios! —exclamó el doctor Baxter.

—Por tanto —continuó Mason—, si Horacio Shelby se fugó, tuvo que recibir ayuda del exterior. Alguien cortó estas cuerdas. Un hombre atado a su cama y sin un cuchillo no puede de ningún modo cortar unas cuerdas tan resistentes.

Baxter no contestó.

Mason miró al doctor Alma.

—Creo que lo mejor será que eche una buena ojeada al establecimiento —fue la reacción de aquél—. Quiero averiguar qué ocurre aquí. ¿Fue usted quien inauguró este sanatorio, Baxter?

—«Doctor» Baxter —le corrigió el aludido.

—¿Lo inauguró usted? —repitió el doctor Alma, levantando la voz.

—No, se lo compré al individuo que lo inauguró.

—¿Poseía licencia?

—No me fijé particularmente en sus calificaciones. Vi la licencia y logré que me fuese traspasada.

—¿Por quién?

—Por la persona que me vendió este local.

—Será mejor que esté en el juzgado a las dos de esta tarde —le conminó el doctor Alma—. Creo que al juez Ballinger le gustará interrogarle.

—No puedo ir al juzgado. Hay una imposibilidad física. Tengo aquí muchos pacientes y ando muy escaso de personal. Hemos hecho lo imposible por contratar a enfermeras competentes, pero es muy difícil.

—¿Enfermeras?

—Tenemos varias enfermeras prácticas —le explicó Baxter—. Y una enfermera diplomada, pero nuestra principal preocupación es poseer un personal abundante y competente. Ahora, todos tenemos que prestar muchas horas de servicio.

Se oyeron unos pasos en el corredor.

—Hola, Perry —saludó el detective Paul Drake.

—Adelante.

Drake entró en la estancia.

—El doctor Grantland Alma, Paul Drake. Y el «doctor» Baxter.

—¿Es usted detective? —le preguntó el doctor Alma.

—Sí.

—Bien, opino que el señor Mason ha encontrado la buena pista.

—¿La buena pista? —repitió Drake.

—Respecto a la desaparición de Horacio Shelby.

—A la fuga de Horacio Shelby —le corrigió nuevamente Baxter.

—En lo que a mí se refiere —objetó el doctor Alma—, el paciente se ha marchado, y no sé cómo, a dónde ni quién le ayudó.

—Se fue solo —afirmó Baxter.

—¿Lo cree de veras?

—Sí.

—Está bien. Le recordaré estas palabras —le espetó el doctor Alma.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha sostenido que Horacio Shelby es un anciano desorientado e incompetente —masculló Alma—, un hombre tan senil que no puede cuidar de sus intereses. Cuando se resistió al tratamiento, ustedes lo amarraron a la cama y no permitieron que recibiera a ningún visitante. Ni siquiera dejaron que un abogado le interrogase. Pues bien, ahora usted opina que este paciente fue tan astuto que logró, de manera ignorada, cortar sus ligaduras, saltar de la cama, vestirse, salir por la cancela, continuar por la carretera... y todo esto llevado a cabo por un anciano inválido, desorientado, sin dinero para coger ni siquiera un autobús y... a pesar de todo, se ha desvanecido. De acuerdo, comparezca usted ante el tribunal, afirme que pensó que Horacio Shelby era un anciano desorientado, incompetente y senil, y veremos qué le contesta el juez.

—¡Un momento, un momento! —exclamó apresuradamente el doctor Baxter—. Claro que habrá tenido ayuda del exterior. Pero no de nadie de esta institución. Quiero decir, que no hemos sido nosotros quienes le hemos ocultado para que no pueda declarar ante el tribunal.

—Por lo que a mí respecta —concluyó el doctor Alma—, mi actuación ha terminado. Sólo me queda presentar mi informe al tribunal. ¿Y usted, Mason?

—No creo que ganemos nada quedándonos aquí —reconoció el abogado, contemplando al infeliz y frustrado Baxter—. Particularmente, cuando todos nos veremos esta tarde en el juzgado. Supongo que el doctor Baxter será citado oficialmente.

—Naturalmente —refunfuñó el doctor Alma—. Ya me cuidaré yo de ello.

—¡Un momento! —volvió a suplicar Baxter—. ¡No puedo acudir al tribunal! Estamos faltos de personal y...

—Lo sé —asintió el doctor Alma con simpatía burlona—. A veces, a mí me sucede lo mismo. Me citan para un tribunal, y pierdo todo un día. Son los gajes del oficio, ¿no, «doctor»?

Mason retrocedió hacia la puerta, y se llevó a Drake aparte.

—¿Has venido con el coche que tiene teléfono? —le preguntó.

Drake asintió.

—De acuerdo —prosiguió el abogado—, pon varios agentes a la tarea. Quiero que mantengan una vigilancia continua sobre todo el mundo.

—¿Quiénes son «todo el mundo»?

—Exeter, Finchley, su mujer, el doctor Baxter... y procura descubrir alguna pista que pueda conducirme a Horacio Shelby.

Drake asintió.

—Sospecho —prosiguió Mason—, que alguien ha apretado de firme. Ayer observé aquí dos carteles pidiendo personal femenino. Estos carteles han desaparecido. Lo cual significa que alguien solicitó el puesto anoche y lo consiguió. Probablemente, un turno nocturno. Procura averiguar quién fue la interesada, porque podría tratarse de un truco. Tal vez alguien enviado aquí por Borden Finchley para quitar al viejo de la circulación, para impedir que le reconociera el doctor Alma. Si consigues averiguar quién fue esa persona, en caso de que exista realmente, no repares en gastos para obtener toda la información posible.

—De acuerdo —asintió Drake—, pero esto costará un montón de dinero.

—No me importa. Estamos en una pelea y tenemos que emplear todos los trucos a nuestro alcance.

Capítulo IX

Exactamente a las dos de la tarde, el juez Ballinger ocupó su sitio en la Sala.

—Este tribunal reanuda la vista del caso relativo a la tutela de los bienes de Horacio Shelby. Veo que el doctor Grantland Alma, nombrado por el tribunal para examinar al señor Shelby, se halla en la Sala. El doctor Alma es testigo directo del tribunal y ahora le ruego que avance para que preste juramento.

Darwin Melrose se puso de pie.

—Con la venia de la Sala, antes de que el doctor Alma sea interrogado, desearía hacer una declaración.

—¿De qué se trata? —inquirió el juez.

—Perry Mason, el abogado de Daphne Shelby, ha empleado un subterfugio para contravenir la orden del Tribunal al nombrar tutor de los bienes de Horacio Shelby a Borden Finchley, mi representado, consiguiendo con sus manejos y artimañas que le fuesen entregados a Daphne Shelby, que no posee ningún lazo consanguíneo con Horacio Shelby, cincuenta mil dólares ingresados últimamente en la cuenta bancaria de aquél. Dinero que se suponía protegido por la orden del Tribunal.

—¿Cómo es esto? —quiso saber el juez—. ¿No se envió una copia de la orden al Banco?

—El Tribunal recordará —continuó Melrose—, que yo cursé al Banco una orden especial, a fin de que le entregasen hasta el último centavo de la cuenta de Horacio Shelby a Borden Finchley, el tutor.

—¿Cumplió la orden el Banco?

—Sí.

—¿Entonces, cómo consiguió Mason entrar en posesión de esos cincuenta mil dólares?

—No formaban parte de la cuenta primitiva, sino de un ingreso posterior.

—¿Cubierto por la orden?

—Pues... —Melrose vaciló y calló.

—Continúe —le invitó el juez.

—No estaban cubiertos específicamente por la orden... no por la letra de la orden, pero sí por el espíritu de la misma.

—De acuerdo, pero antes de continuar ahondando en este asunto, sepamos hasta dónde llega la incompetencia e incapacidad de Horacio Shelby —le atajó el juez Ballinger—. Sé lo muy ocupado que suele estar siempre el doctor Alma. Supongo que esta tarde debe tener su consultorio atestado de pacientes, y por esto le suplico que suba al estrado a fin de poder interrogarle y contrainterrogarle, después de lo cual podrá volver a su consultorio.

El juez Ballinger se volvió al doctor Alma, dejando a Darwin Melrose bastante incómodo con respecto a la iniciativa que había tomado.

—¿Vio a Horacio Shelby, doctor? —le interrogó el juez.

—No.

—¿Por qué no?

—No se hallaba en el sedicente sanatorio o casa de reposo.

—¿Dónde está, pues?

—Lo ignoro.

—¿Cómo ha sido esto?

—Repito que no lo sé. Pero he llegado a algunas conclusiones por lo que he visto.

—¿Qué vio?

—Este sanatorio no es en realidad más que una casa de reposo. Se halla bajo la dirección de un tipo que usa el título de doctor, pero que, en mi opinión, se halla completamente descalificado para trabajar en el campo de la psiquiatría. Hallamos pruebas de que a Horacio Shelby lo habían atado a su cama, quizás desde su ingreso en la institución. Descubrimos que el sanatorio no guarda diagramas ni fichas de los pacientes. En mi opinión es un lugar inadecuado por completo para retener en él a una persona que, seguramente, sólo puede acceder a estar allí contra su voluntad. Procuré averiguar si el señor Shelby podía haberse fugado por sus

propios medios, o si se trataba de una treta de la institución a fin de impedir que yo lo examinase y en conexión con mis investigaciones obtuve una declaración bastante notable del individuo que dirige el sanatorio. Me dijo que, en su opinión, el señor Shelby había logrado fugarse sin ayuda de nadie. Le pregunté si esto significaba que el paciente, juzgado como incompetente para cuidar de sus asuntos financieros, había tenido suficiente inteligencia y reflejos como para apoderarse de un cuchillo con que cortar las cuerdas que le retenían amarrado a la cama y efectuar una fuga del establecimiento sin ser visto, sin dinero para coger un taxi o un autobús y desvanecerse tan por completo, y no supo qué contestar a mi pregunta.

—Con la venia de la Sala —intervino Darwin Melrose, rojo el rostro por la indignación—. Insisto respetuosamente en que éste no es un testimonio apropiado para un psiquiatra, aunque haya sido nombrado por el tribunal. Está llegando a conclusiones propias, no del examen del paciente, sino de sus sospechas respecto al tratamiento dado a Horacio Shelby en el sanatorio que dirige el doctor Baxter.

—Sin embargo, se trata de una interpretación muy lógica —afirmó el juez, frunciendo el entrecejo—. ¿Sabe alguien dónde se halla actualmente Horacio Shelby? Le pregunto particularmente al señor abogado, ya que intento hacer responsable al mismo de las acciones de sus clientes en este asunto.

—Debo asegurarle al Tribunal —contestó Melrose—, que no tengo la menor idea de dónde se halla Horacio Shelby, y mi cliente, Borden Finchley, así como su esposa, Elinor Finchley, me han asegurado que tampoco poseen ninguna información al respecto. Y Ralph Exeter, que se encuentra de paso en la casa de ellos, tampoco sabe nada. Entiendo, sin embargo, que Daphne Shelby, la joven que trató de establecer su parentesco con el anciano desaparecido, se halla ausente de su hotel, donde la aguardan varios mensajes, y que, a pesar de que sabía que se iba a celebrar esta vista, no se halla presente en la Sala. Y estoy seguro, además, de que su abogado tampoco sabe dónde está.

El juez Ballinger arrugó la frente de nuevo.

—¿Señor Mason...?

Mason se puso lentamente de pie, volvió la cabeza al oír abrirse

la puerta y sin cambiar de expresión, dijo:

—Puesto que Daphne Shelby acaba de entrar en la sala, creo que es mejor que lo explique todo ella misma.

Daphne avanzó corriendo por el pasillo.

—Oh, señor Mason, cuánto lo siento. Me vi embotellada entre el tráfico y...

—No importa —la tranquilizó el abogado—. Siéntese.

Después, Mason se enfrentó con el juez.

—Por lo que a mí se refiere, la desaparición de Horacio Shelby ha sido una gran sorpresa. El doctor Alma me llamó al sanatorio, y fue entonces cuando supe por primera vez que el paciente había desaparecido.

—Este tribunal no piensa entrar en un debate, caballeros. Si por el momento es imposible que el doctor Alma examine a Horacio Shelby, la vista continuará abierta hasta que logre examinarle.

—¿Pero qué hay de los cincuenta mil dólares que Perry Mason sacó del Banco mediante uno de sus subterfugios? —preguntó Melrose, insidiosamente.

El juez Ballinger miró primero a Mason y luego al otro abogado y en sus labios apuntó el esbozo de una sonrisa.

—¿Violó específicamente el señor Mason la orden de este tribunal? —inquirió.

—Pues... no, Su Señoría.

—¿Violó el Banco la orden del tribunal?

—Bueno... creo que el Banco sabía que se nombró un tutor.

—¿Y el Banco pagó con los fondos que tenían que ser entregados a dicho tutor?

—No, Su Señoría. El Banco hizo el pago antes de que el tutor tuviese la oportunidad de reclamar el dinero.

—¿Cubría específicamente la orden cursada al Banco todos los bonos, créditos y dinero que pudieran ser ingresados en la cuenta de Horacio Shelby?

—No exactamente —reconoció Melrose—. La orden establecía que el Banco debía abonarle al tutor toda la suma existente en la cuenta bancaria de Horacio Shelby.

—¿Y los cincuenta mil dólares de dónde procedían?

—De un ingreso posterior, del que el tutor nada supo hasta que

hubo sido pagado el cheque de Daphne Shelby.

—¿No estaban cubiertos específicamente por la orden entregada al Banco?

—Ciertamente, no, Su Señoría.

El juez Ballinger sacudió la cabeza.

—Lo mejor habría sido anticiparse a esta situación. Procuraremos que esto no vuelva a ocurrir, pero en lo que respecta al señor Mason, ninguna orden le ha sido cursada a este respecto. La posición del señor Mason es que Horacio Shelby era un hombre completamente competente para cuidar de sus propios intereses y si este hombre tuvo suficiente inteligencia para fugarse de un establecimiento sanitario sin ayuda de ninguna clase, a pesar de estar atado a una cama, no cree este tribunal que se trate de una persona senil, incompetente, desorientada e incapaz.

—No sabemos si le ayudaron o no a fugarse —arguyó Melrose.

—No, es cierto —señaló el juez—, y esto es lo único que le interesa a este tribunal, porque ello da lugar a varias y siniestras posibilidades. Tal vez sacaron a Horacio Shelby del sanatorio para que no pudiera ser reconocido por el doctor Alma, en cuyo caso el Tribunal adoptaría medidas sumamente drásticas. Perfectamente. Esta vista se suspende hasta el próximo miércoles por la tarde, a las cuatro en punto. Mientras tanto, se levanta la sesión.

Mason llamó a Daphne y una vez más la condujo a la salita de los testigos.

—Tiene que estar permanentemente en contacto conmigo —le espetó con severidad—. Estoy corriendo toda clase de riesgos en favor suyo y quería hablar con usted. La he llamado repetidas veces al hotel y...

—Oh, lo siento —repuso, contrita, la joven—. Señor Mason, tendrá que perdonarme por esta vez. Pero es que me vi envuelta en un asunto... Ahora no se lo puedo explicar. Y hubiese llegado a la sala con antelación de no ser por el tráfico de la carretera.

—Lo sé. Pero deseo que esté siempre en contacto con mi oficina. Ya tiene mi número telefónico, de forma que, por favor, llámeme de vez en cuando.

—Sí, lo haré —contestó la muchacha, procurando que sus ojos no se encontrasen con los del abogado.

—Dígame —rezongó, de pronto, Mason— ¿qué le ha pasado?

La joven elevó hacia él sus ojos azules, ingenuos, muy grandes en su inocencia.

—¿A qué se refiere?

—Creo que ha estado actuando de una manera... furtiva.

—¿Furtiva? ¿En qué sentido?

—No lo sé. ¿Sabía que su tío había desaparecido del sanatorio?

—No es ninguna sorpresa para mí —respondió ella, con amargura—. No se atrevieron a permitir que le examinase el doctor nombrado por el tribunal.

—Sí, así parece —contestó Mason—, pero a veces la deducción más obvia no es la acertada. Bien, manténgase en contacto con mi oficina, y yo no dejaré de llamar a su hotel. ¿Queda esto claro?

—Sí. Lo... lo siento, señor Mason.

—Dijo usted que había tenido dificultades con el tráfico —exclamó Mason, repentinamente—. ¿Iba en el coche de alguien?

—No, no, no... Iba en... Bueno, un amigo me dejó su auto.

—¿Qué amigo?

—Tío Horacio.

—¿Su coche? —se extrañó Mason—. Pero si Finchley se apoderó de su automóvil al mismo tiempo que de sus bienes.

La joven bajó la mirada al suelo.

—Se trata de un coche de cuya existencia tío Borden no estaba enterado.

—Oiga, jovencita. Tengo que regresar a mi oficina, puesto que he de atender a dos o tres asuntos urgentes. Creo que lo mejor es que vaya a verme dentro de una hora y sigamos hablando de este asunto.

—¿Pero por qué?

—No lo sé. Por eso quiero investigar un poco más. ¿Cómo consiguió usted apoderarse de otro coche de Horacio Shelby?

—Tenía uno.

—¿Y su hermanastro lo ignoraba?

—Así es.

—¿Un coche bueno? ¿Muy bueno?

—Prácticamente nuevo.

Mason contempló a la muchacha frunciendo el ceño.

Se produjo una llamada a la puerta. Mason abrió.

—Hay una llamada telefónica para usted, señor Mason —le comunicó un ujier—. Dicen que es importante y que será mejor que conteste inmediatamente.

—Está bien. Perdóneme un instante, Daphne.

Mason siguió al ujier hasta el juzgado.

—Puede usar el aparato de esa mesa —le indicó el empleado.

Mason asintió y levantó el receptor.

—Hola —entonces oyó la excitada voz de Paul Drake.

—¿Estuvo Daphne en la sala Perry?

—Sí.

—¿Te dijo dónde había estado?

—No.

—¿La interrogaste detenidamente respecto a lo que había estado haciendo?

—Ahora empezaba a hacerlo —repuso Mason.

—Olvídate de esto. Deja que se largue. Dile que se ponga en contacto contigo mañana por la mañana, pero ahora deja que se largue.

—Se comporta de una manera muy rara, Paul —asintió Mason—. Me ha dicho que tiene un automóvil de Horacio Shelby, del que nada sabe Finchley y...

—Sí, lo sé —le interrumpió Drake—. Hay muchas cosas que nadie sabe. Ahora no tengo tiempo de explicártelo, pero por favor deja que se vaya. Lo necesito ¿entiendes? Te veré en tu despacho y te lo contaré todo.

—Un momento —arguyó Mason—. Creo que empiezo a tener un atisbo del asunto. ¿Investigaste respecto a la joven que anoche se presentó en el sanatorio pidiendo trabajo?

—Sí.

—¿Existe la menor posibilidad de que...? —empezó a preguntar el abogado, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

—¡No digas nada por teléfono! —le advirtió el detective—. Existen todas las posibilidades del mundo. Nos veremos en tu despacho, y no permitas que Daphne sospeche nada.

—De acuerdo, te aguardo dentro de veinte minutos.

El abogado colgó el aparato y regresó a la sala de los testigos. Daphne ya no estaba allí.

Mason abandonó la estancia y pasó a la antecámara del juez.

—¿Podría hablar unos momentos con el juez Ballinger para un asunto de cierta importancia? —le preguntó al secretario.

Éste levantó el teléfono de la horquilla y transmitió la petición.

—El juez le recibirá al momento.

Mason asintió, atravesó el umbral y penetró en el despacho particular del juez.

—Querido juez, en la sala efectué una declaración que entonces era completamente cierta, pero desde entonces ha cambiado la situación.

El juez Ballinger le miró con expresión afectuosa.

—Tenga entendido, señor Mason, que se trata de un asunto contencioso-administrativo, y no deseo que usted diga algo que pueda perjudicarle o que me induzca a suspender definitivamente el caso.

—Comprendo. Lo que voy a decirle se relaciona con una declaración que formulé ante el tribunal, cuando afirmé que no tenía idea de dónde podía estar Horacio Shelby.

El juez Ballinger abrió desmesuradamente los ojos.

—¿No fue correcta esta declaración?

—Enteramente correcta —repuso Mason.

—¿Pero ahora ya sabe dónde está Horacio Shelby, verdad?

—No, pero creo justo comunicarle que he obtenido una pista que puede conducirme hasta el señor Shelby antes de que se reanude la vista de este caso.

—Creo que lo mejor será —decidió el juez, tras madura reflexión—, que me cuente de qué pista se trata, porque este tribunal está ansioso de que el doctor Alma se ponga lo antes posible en contacto con el señor Shelby. En realidad, sin que esto sea tomarme por este caso un interés particular, opino que es el camino más directo para aclarar por completo la situación.

—Comprendo —repitió Mason—. Si lo desea, puedo darle la pista.

—Sí, creo que es preferible.

—Existe la posibilidad —declaró Mason—, de que Daphne

Shelby sepa dónde está su tío.

El juez enarcó las cejas. La humana curiosidad batalló con la prudencia judicial y, naturalmente, venció la primera.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Tenemos pruebas de que Daphne Shelby compró un coche e inmediatamente montó en él, y creemos que se dirigió al sanatorio «Buena Voluntad», de El Mirar, donde nadie la conocía, solicitando una plaza como enfermera de noche.

—¿La noche pasada?

—La noche pasada.

—¿Ha interrogado a Daphne Shelby al respecto?

—Todavía no he tenido la oportunidad. Me enteré de todo esto apenas hace dos minutos.

Bruscamente, el juez Ballinger echó la cabeza hacia atrás y explotó en una carcajada. Mason aguardó en silencio.

—Mason —continuó el juez, cuando se hubo calmado—, no puedo decir nada sin colocarme en una situación comprometedor. Sin embargo, si esto tiene que ayudarlo, le diré que este tribunal no nació ayer. Me alegro de que me haya hecho esta declaración porque esto me tranquiliza, pero opino ahora que esta entrevista ha ido ya más allá de los límites permitidos, aunque, como es natural, sólo deba quedar entre nosotros dos. Creo que era deber suyo comunicarme esta noticia, y añadiré que si, por puro azar, puede usted ponerse en contacto con Horacio Shelby, quiero que el doctor Alma lo examine sin más tardanza. Por motivos que no voy a mencionar y que no creo necesario discutir ahora, juzgo que es altamente importante que el examen se lleve a cabo lo antes posible.

—Lo entiendo perfectamente, señor juez —asintió el abogado.

—Seguro que sí, Mason —dijo el juez, y añadió—: Tampoco usted nació ayer.

Capítulo X

Paul Drake estaba ya aguardando en el despacho de Perry Mason cuando el abogado insertó la llave en la cerradura del despacho privado y entró. Ante todo miró a Della Street.

—¿Alguna llamada, Della?

La joven sacudió la cabeza, negativamente.

—Bien, ¿qué ha ocurrido, Paul? —quiso saber inmediatamente Mason.

—No puedo decírtelo con seguridad, porque tuve miedo de efectuar preguntas demasiado directas, pero ésta es la historia algo resumida. Ayer por la tarde, una chica que responde a la descripción de Daphne Shelby detuvo un coche completamente nuevo a la puerta del sanatorio y dijo que había visto el cartel ofreciendo plazas para enfermeras. Por lo visto, es cierto que la institución está llena y necesitan personal. En primer lugar, deseaban a alguien que hiciera las camas, fregase, barriese y tuviese algunas nociones de enfermera. La muchacha que hacía el turno de las diez de la noche a las siete de la mañana se había largado, y nuestro amigo Baxter se hallaba desesperado. Esta joven —a la que llamaré Daphne porque estoy seguro de que era ella— dijo que volvería a las diez para empezar su turno. Nadie pensó en mirar la matrícula de su coche. Dio el nombre de Eva Jones y afirmó poseer bastante experiencia por haber cuidado a algunos ancianos. El doctor Baxter no se molestó en examinar sus credenciales. Necesitaba una muchacha y la aceptó. La joven trabajó toda la noche: era muy vivaracha e inteligente. Baxter se levantó un par de veces y comprobó que lo estaba haciendo todo muy bien. Tenían una cocinera y otras dos enfermeras que llegaban a las seis de la mañana para preparar los desayunos, y después, hacían las camas.

Bien, se trata de personas experimentadas que llevan bastante tiempo en el sanatorio y conocen todos los trucos. Lo más difícil había sido encontrar una encargada de noche desde las diez hasta las siete del día siguiente. La última vez que fue vista la nueva enfermera fue a las cinco y cuarenta y cinco. Cuando la cocinera llegó al sanatorio, la chica nueva aún estaba allí. Debía quedarse hasta las siete y ayudar a preparar el desayuno, pero nadie volvió a verla después de haberla saludado la cocinera. Durante un buen rato, todos estuvieron muy ocupados con el desayuno, hasta que se dirigieron al pabellón 17 para hacer la cama y ver cómo seguía su ocupante que tantos malos ratos les hacía pasar a todos. Y entonces hallaron la cama vacía. Horacio Shelby se había desvanecido, lo mismo que la nueva adquisición. La verdad es que no relacionaron ambas desapariciones por el momento. Pensaron que la muchacha habría entendido mal el horario y que volvería a presentarse a las diez de la noche. Bien, seguí la pista indicada por ti respecto a los carteles, descubrí lo relativo al empleo de Eva Jones y, fingiendo que era un cobrador a quien la misma debía unos plazos, pregunté qué sabían de sus antecedentes, su dirección y, lo más importante, su descripción física. Me dirigí a las señas que me dieron... una pensión, donde nadie conocía allí a ninguna Eva Jones. Más aún, jamás había vivido allí nadie que respondiese a las señas personales de la interfecta.

Y entonces, Perry, sumé dos y dos. Lo mismo que puedes hacer tú. La joven adquirió un coche, se dirigió al sanatorio; no hizo nada durante la noche porque habría sido demasiada coincidencia; aguardó hasta la llegada de la cocinera y entonces penetró en el pabellón de su tío, cortó la cuerda que retenía a Horacio Shelby en la cama contra su voluntad, empleando para ello un cuchillo de la cocina, ayudó a vestir a su tío, atravesaron ambos el patio, cruzaron la cancela y se metieron en el automóvil.

—¿Qué hay del coche? —preguntó Mason, meditando.

—Le he seguido la pista a través del Banco y del departamento de vehículos a motor. Daphne Shelby compró ayer un «Ford» en una agencia del centro de la ciudad y quiso que le fuese entregado inmediatamente. Pagó con uno de los cheques de caja del Banco Nacional de Inversiones, firmado por el cajero. Debido a sus prisas,

los de la agencia entraron en sospechas, pero como llevaron el cheque al Banco y lo cobraron, le entregaron el coche a la chica sin más dilación. La licencia del auto es L JL 851, mas como ya te dije, nadie se fijó en la matrícula del coche de la pretendida Eva Jones cuando llegó al sanatorio. Aparentemente, era también un «Ford» nuevo.

Mason, que se había instalado en una esquina de su mesa, balanceando una pierna, frunció el ceño, pensativamente.

—Nuestra pequeña ingenua, nuestra chiquita inocente parece poseer una cabeza firmemente asentada sobre sus hombros y gozar de mucha iniciativa.

—¿Qué opinará el tribunal de todo esto? —inquirió Drake.

—Depende.

—¿De qué? —intervino Della Street.

—De los hechos. Si Horacio Shelby fue declarado incompetente sin razón alguna, puede suceder una cosa. Por otra parte, si Borden Finchley actuó de buena fe y creyó que Daphne era una advenediza que pretendía sólo apoderarse de la fortuna del viejo Horacio, puede suceder algo muy distinto. Una vez Horacio Shelby haya sido reconocido por el doctor Alma, sabremos exactamente cómo le trataron, por qué le amarraron a la cama y todo lo demás. Si los conspiradores le llevaron allí a la fuerza, no permitirán que Horacio Shelby sea examinado. Lo impedirán a toda costa.

—¿Qué quiere decir «a toda costa»? —preguntó Della Street.

—Crimen —repuso simplemente Mason.

—¿Un asesinato?

—Exactamente.

—¿Pero cómo les ayudará el asesinato? —razonó Della Street.

—El asesinato en sí nunca ayuda. Pero cometerán un asesinato que pueda ser achacado a Daphne. Su historia será muy sencilla: alegarán que Daphne sacó a su tío del sanatorio; que le obligó a redactar un testamento dejándolo todo a favor suyo, y que el anciano murió durante la noche. Su muerte parecerá obedecer a una causa natural, pero todo el mundo sospechará de Daphne. Por lo tanto, tenemos que encontrar a esa muchacha, cueste lo que cueste, para protegerla de sí misma y de los demás.

—Tengo a varios hombres siguiendo a Daphne desde que se

marchó del juzgado —explicó Paul Drake—. Tenemos el número de licencia de su coche, por lo que no tardaremos mucho en saber dónde tiene el nido.

Mason consultó su reloj.

—Tal vez haya decidido no ir directamente a su escondrijo.

—¿Qué haremos cuando la hayamos localizado? —quiso saber el detective.

—Comunicárselo al doctor Alma para que vaya a examinar a Horacio Shelby.

—¿Y si el anciano se halla confuso y desorientado?

—Entonces, le llevaremos a un buen hospital bajo las atenciones del doctor Alma, nos presentaremos en el juzgado, y procuraremos que se nombre otro tutor.

—¿Y si no está desorientado?

—Entonces —sonrió Mason—, acusaremos a los Finchley de conspiración criminal, los desacreditaremos por completo, haremos que Horacio Shelby sea declarado competente y después... si él lo desea, y por lo visto así es, haremos que firme un testamento dejándoselo todo a Daphne. Y por entonces, todo habrá terminado.

—Los Finchley están apostando muy fuerte en este juego —observó Drake.

Mason asintió.

Sonó el teléfono que no figuraba en el listín. Fue Della Street quien contestó.

—Para usted, Paul.

—Drake al habla —dijo el detective por el receptor—. Sí... Hola, Jud... ¿Qué?... ¿Cómo ha ocurrido? —escuchó más de un minuto y al final preguntó—: ¿Dónde estás ahora?... Bien, aguarda instrucciones.

Colgó el aparato y se volvió hacia Perry Mason.

—Lo siento, Perry, pero la han perdido.

—¡La han perdido! —repitió Mason, enfurecido.

—No, no la han perdido; ella les engañó.

—¿Cómo?

—Perdona, pero tuve que actuar precipitadamente —confesó Drake—. Puse a un agente delante del juzgado para que la siguiera cuando saliera. Hubo un pequeño lío en el aparcamiento y la

muchacha cogió una buena delantera. Pero no fue por esto que se extravió; lo que realmente ocurrió es que ella sabía que la seguían y fue lo bastante lista como para burlar la vigilancia.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tomó muchas precauciones para que nadie pudiera seguirla. Se internó entre el tráfico, aparentemente sin mirar a derecha ni a izquierda. Dobló por una calle lateral y de repente hizo girar el coche por otra calle de sentido contrario, justo en un bulevar muy transitado, no avenida, un bulevar. Naturalmente, cuando alguien efectúa una maniobra de esta clase, siempre te pilla desprevenido. Si un guardia te atrapa, el conductor de la falsa maniobra está listo, pero si consigue seguir adelante, es muy fácil que se desprenda de su sombra, porque ésta tarda un tiempo en recuperarse de la sorpresa. Y si el bulevar está razonablemente transitado, cuando el detective logra llevar a su coche a una posición desde la que pueda efectuar el giro, ya es demasiado tarde. Y esto es lo que ocurrió esta vez. Daphne efectuó un viraje en medio de una afluencia de coches, en contra dirección, y cuando mi agente logró meterse en el bulevar, había ya unos quince o veinte coches entre él y Daphne. Ésta, luego, dobló por otra calle lateral y al llegar a un cruce tomó a la derecha... o a la izquierda. Mi agente supone que no siguió en línea recta porque no logró divisar su coche. Bien, el chico escogió la derecha y de nuevo tropezó con la misma historia. Una vez has perdido a una persona se necesita mucha suerte para volver a alcanzarla. Llegó a otro cruce, escogió la izquierda y comprendió que se había equivocado.

—Bien —comentó Mason—, ahora Daphne se encuentra en un buen fregado. Si no se presenta pronto, el tribunal pensará que está interfiriéndose deliberadamente con el procedimiento de la sala, y si obra de buena fe y Borden Finchley la encuentra antes que nosotros, la muchacha estará en peligro, lo mismo que Horacio.

—¿Crees de veras que llegarán hasta el asesinato? —inquirió Della, asustada.

—Lo ignoro. Pero sí sé que existe esta posibilidad, y que un abogado tiene que tener en cuenta todas las posibilidades. Paul, reúne a todos los muchachos que puedas. Que vigilen la carretera que conduce a El Mirar. Que busquen por allí el coche de Daphne.

—No estará en El Mirar —objetó Drake—. No se atreverá.

—Creo, por el contrario, que es el único sitio donde se atreverá a ir —arguyó Mason—. Ponte en su puesto. Fue al sanatorio a buscar un empleo. Si lo conseguía, estaba decidida a intentar la fuga con su tío, y fue lo bastante lista para planearla para una hora en que no pudiera llamar mucho la atención. Por otra parte, no pudo estar segura de que nadie se daría cuenta de su fuga, por alguna circunstancia imprevista, en cuyo caso su actuación no tardaría mucho en ser descubierta. Por lo tanto, lo más prudente debió ser alquilar una o dos habitaciones en algún motel de El Mirar, a fin de disponer de un escondite una vez consumada la fuga de su tío. Después, todo resuelto, debió presentarse allí con Horacio. Fue muy interesante, a este respecto, la declaración que me hizo en el juzgado. Afirmó que el tráfico había sido muy denso, por lo que había tardado más de lo previsto. Entonces yo ignoraba que hubiese estado conduciendo un coche, por lo que me limité a preguntarle a qué se refería. Creo que fue un desliz de su lengua, del que debió arrepentirse casi en seguida.

—De acuerdo, Perry —asintió Drake—. Me largo a mi oficina y rápidamente pondré en movimiento a mis muchachos.

—Que vigilen los moteles de El Mirar —le recomendó una vez más el abogado—. Que procuren descubrir el coche de Daphne Shelby, que seguramente estará aparcado delante de algún pabellón de un motel.

Capítulo XI

Cuando Perry Mason y Della Street estaban cerrando la oficina sonó la llamada especial de Paul Drake. Fue Della la que abrió la puerta.

—Hola, Paul —le saludó Mason—, te estábamos esperando, pero habíamos decidido salir a tomar un combinado y cenar un poco... aunque pensábamos pasar por tu oficina e invitarte. Como ya estás aquí, quedas invitado personalmente.

—Es una tentación muy fuerte —sonrió Drake—, pero probablemente tendré que enviar a buscar unos bocadillos y un poco de café.

—¿Qué pasa? ¿Has tropezado con algo sucio?

—No sólo he tropezado con algo sucio, sino que hemos encontrado a Daphne Shelby —anunció Drake.

—¡Diantre! ¿Dónde?

—Donde dijiste. Mis hombres comenzaron a investigar por los moteles de El Mirar, y finalmente localizaron el auto de la muchacha en el motel Serene Slumber. Está en el pabellón 12, sola.

—¿Sóla? —repitió Mason.

Drake se limitó a asentir con la cabeza.

Mason volvió a su mesa, se acomodó en el sillón giratorio y comenzó a tablear sobre un brazo con las yemas de sus dedos.

—¿Y qué ha sido de Horacio Shelby? —inquirió Della Street.

—Ella puede haberlo escondido —le contestó Mason—. Seguramente está en otro pabellón y...

—No en el Serene Slumber —le interrumpió el detective—. Mis chicos lo registraron concienzudamente. Miraron en todos los pabellones y también interrogaron a los que dirigen el establecimiento. No hay un solo anciano en el motel, y Daphne

Shelby alquiló un solo pabellón, en el que está completamente sola.

—¿Con qué nombre se inscribió?

—Con el suyo —sonrió Drake.

—¡Por fortuna! —suspiró Mason—. Esto nos permitirá establecer alguna defensa cuando la atrapen.

—¿Crees que la encontrarán?

—Probablemente —asintió Mason—. Pero la persona que más nos interesa por el momento es Horacio Shelby. Naturalmente, intentarán acorralarle, y si los Finchley lo encuentran antes que el doctor Alma pueda examinarle, no quiero ni pensar lo que puede ocurrir. Bien, Paul, continúa vigilando a Daphne, con lo cual averiguaremos si no ha escondido a su tío en otro motel.

—¿Con qué objeto? —quiso saber Drake.

—¡Maldito si lo sé! Pero creo que esa chica está queriendo ponernos telarañas en los ojos, a fin de que si alguien da con ella no pueda, automáticamente, encontrar a su tío Horacio. Vamos, Paul, que trabajen tus chicos y deja dicho dónde se nos puede localizar. A nosotros nos aguarda un combinado, un filete muy grueso y jugoso, unas patatas rellenas con mantequilla, unos pedazos de cebolla frita y...

—Por favor, no me tientes —le suplicó el detective.

—Los bocadillos estarán ya pasados cuando lleguen a su oficina —añadió Della Street—. El café estará frío y...

—¡Tocado! —exclamó Drake.

—Vamos —dijo Mason alegremente—. Pasaremos por tu oficina para que sepan dónde estamos.

—Algo me dice que este caso se pondrá dentro de poco al rojo vivo —gruñó Drake—, y que yo no puedo apartarme mucho del teléfono.

—Iremos a un restaurante cercano —le prometió Mason.

—Ya he sucumbido a la tentación —masculló el detective—, de manera que ahórrate la saliva. Vámonos.

Pasaron por la oficina de Paul Drake y el detective dejó a la telefonista instrucciones minuciosas.

—Bien, de prisa —le dijo luego al abogado—. Me apuesto cualquier cosa a que cuando se me habrá abierto más el apetito con el combinado y los filetes estén ya sobre la mesa, muy dorados y

jugosos, llamará el teléfono y tendré que salir corriendo...

—Un bocadillo de filete —le recordó Della Street—. Le pediremos al camarero que le prepare una bolsa, con pan con mantequilla, por si acaso.

—Sí, vosotros podéis pensar que bromeo —se quejó Drake—, pero esto es exactamente lo que voy a hacer. No es mala idea.

Fueron al restaurante del León Purpúreo, uno de los favoritos de Mason, a corta distancia de su oficina. Pidieron un combinado y la cena al mismo tiempo.

—Además —le encargó Mason al camarero—, traiga un bollo con mantequilla en una bolsa.

—¿Un bocadillo sin nada? —se aturdió el camarero—. Ustedes ya han pedido tres filetes gruesos...

—Mi amigo tal vez tendrá que conformarse con un bocadillo de filete si tiene que marcharse corriendo de aquí —le explicó el abogado.

—Oh, entiendo —sonrió el sirviente—. Está bien, haré que les sirvan los combinados inmediatamente, que pongan la carne en el asador, y prepararé la bolsa mientras toman las bebidas.

—No es mala idea —sonrió Drake—. En caso de necesidad, podré comerme el bocadillo en el taxi que me lleve a la oficina. ¿Qué diablos supones que hace la chica sola en el pabellón?

—Aguardando los acontecimientos —le contestó Mason—. Pero puedes estar seguro de una cosa: no permitirá que Horacio Shelby vaya a ninguna parte, aunque esté en condiciones de hacerlo.

—¿Y entonces...?

—Entonces —repitió Mason—, Daphne procurará que su tío cene. Como es natural, aunque sea un anciano tendrá que cenar.

—Confiemos en que no le lleve ningún bocadillo —suspiró Drake—. Son muy buenos si te los comes recién hechos, pero cuando han estado dentro de una bolsa de papel se ponen resacos y... Bueno, lo cierto es que he tenido que comer tantos en mi vida, con el teléfono pegado a mi oído, que los aborrezco con todas mis fuerzas.

—¿Por qué no te haces servir otra cosa? —le sugirió Mason.

—¿Qué otra cosa? —bromeó Drake—. ¿Qué puede reemplazar a un buen bocadillo de salchichas con cebolla?

—No, mirándolo así, parece muy apetitoso —asintió el abogado.

El camarero les sirvió los combinados y la bolsa para Paul.

Drake le hizo una burlona reverencia a la bolsa. Apuraron sus bebidas y poco después el camarero les sirvió los filetes.

Della Street, desdeñando su prerrogativa femenina, le dijo al camarero:

—Sirva antes al señor. A lo mejor tendrá que marcharse a media cena.

El «mâitre» se acercó a la mesa.

—¿Uno de ustedes es el señor Paul Drake? Hay una llamada para usted. ¿Quieren que pase aquí la llamada?

Paul Drake exhaló un gemido.

—Sí, traiga el teléfono —dijo Perry Mason.

Drake cogió la bolsa con el bocadillo, comenzando a trincar acto seguido el filete del plato, y engullendo los pedazos rápidamente.

Sin dejar de comer, cogió el teléfono que le brindaba el camarero.

—Sí, aquí Drake —el receptor dejó escapar unos ruidos y luego, el detective añadió—: Un momento —se volvió hacia Mason—. Me informan respecto a Daphne. Se marchó a un restaurante chino y pidió comida para fuera: un plato chino, arroz frito, cerdo asado y pollo con piña tropical. Bien, regresaré a la oficina y...

—No te muevas —le ordenó el abogado—. No tienes tiempo de llegar a tu oficina. ¿Qué hace ahora la chica?

—Espera que le sirvan la comida. Mi agente corrió al teléfono.

—¿No sabe que la siguen?

—Aparentemente, no. Cuando salió del pabellón miró a su alrededor, pero por lo visto se creyó a salvo de miradas indiscretas.

—Dile a tu agente que no la pierda de vista. Que no permita que le engañe. Tenemos que saber adónde se dirige. La comida, naturalmente, es para Horacio Shelby.

—¿Quieres decir que puedo terminar mi cena? —preguntó Drake, en el colmo de la incredulidad.

—Puedes terminarte la cena. Pero dile a tu agente que ponga mucha atención en su trabajo.

Drake pasó las instrucciones por el teléfono, dejó la bolsa al lado

de la mesa, continuó trinchando la carne de su plato. Luego exhaló un suspiro de éxtasis.

—A veces, Perry, creo que eres un negrero, pero esta vez te admiro. Pensé que me harías salir pitando de aquí en busca de Horacio Shelby.

—Antes tenemos que averiguar a dónde va Daphne, Paul —dijo Mason, meneando la cabeza—. Algo se está cociendo y no sé qué es.

—¿No irás a creer que el viejo esté verdaderamente chiflado y que la muchacha lo mantenga escondido por este motivo?

—Lo dudo —reflexionó Mason—. Si Horacio Shelby estuviera chiflado, como dices, ella no le habría dejado solo y... Al fin y al cabo, Paul, el tipo sólo tiene setenta y cinco años, y tal como la gente vive hoy día, a base de vitaminas y una dieta de colesterol, una persona a esa edad suele hallarse en la plenitud de su vida.

—Algunos se ponen un poco pesados a esa edad —arguyó Drake—. Tú mismo oíste la declaración del doctor, que dijo que le encontró desorientado y confundido.

—Pero ignoramos qué medicamento le fue prescrito —replicó el abogado—, antes de que fuese conducido al sanatorio.

El camarero se llevó el teléfono. Drake atacó su filete con voracidad, bebiendo largos tragos de café entre bocado y bocado. Mason y Della Street comían con más parsimonia, aunque sin perder tiempo. El camarero, presintiendo la urgencia de la situación, apenas se apartaba de la mesa.

Paul Drake se tragó la última patata con mantequilla y se retrepó en su asiento.

—Es la primera vez en mucho tiempo que he podido gozar de una succulenta cena. Os sorprendería saber cuán engorroso es mi oficio. Y cuando tú tienes un caso, Perry, todos estamos en danza horas y más horas, sin descanso.

—Reconozco que exijo un servicio rápido —admitió Mason—, pero es que mis casos casi siempre se desarrollan a gran velocidad.

—Tú eres el factor velocidad —objetó Drake—. Una vez empiezas un caso no paras hasta llegar a su conclusión. Los otros abogados se rigen por un horario fijo de la oficina, hasta las cuatro y media o las cinco de la tarde, y luego se olvidan de sus casos hasta las ocho de la mañana siguiente.

—No son de mi categoría —alegó Mason.

—Sí, en tu categoría eres único —rió el detective.

Drake le sonrió afablemente.

El camarero volvió con el teléfono en la mano.

—Para usted, señor Drake.

—Ahora ya no me importa. Ya he cenado. Esta noche no habrá bocadillos —cogió el receptor—. Drake al habla. Adelante, Jim. ¿Qué ha pasado?

Guardó silencio un buen rato, tapó el micrófono con la mano y se inclinó hacia Mason.

—La chica llevó la comida al motel Northern Lights, y aparcó su coche delante del pabellón 21, llamó a la puerta de manera convenida, la puerta se abrió y volvió a cerrarse detrás de la muchacha.

—¿Qué más?

—Allí sigue. Hay una cabina telefónica en una esquina y mi agente se halla en ella.

—Dile que siga vigilando —le ordenó Mason—, y que particularmente observe el elemento tiempo. Quiero saber a qué hora entró la muchacha en el pabellón, a qué hora sale, y a dónde va cuando salga. ¿Un poco más de café, Paul?

—¿Bromeas?

—No, hablo en serio.

Drake dio las instrucciones del abogado por teléfono y volvió a retreparse en su silla con una amplia sonrisa.

—Paul Drake —proclamó en voz alta, sin referirse a nadie en particular—, está cenando a sus anchas esta noche. Lo cual es inesperado en su existencia.

—Además, puedes pedir lo que se te antoje —le invitó Mason—. Supongo que Daphne se demorará bastante en ese motel, y nosotros aguardaremos aquí.

Lentamente, gozaron del placer del postre.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Drake cuando hubieron terminado.

—Seguiremos esperando.

—Podríamos subir a mi oficina —sugirió Drake—. Mis hombres llamarán allí.

Mason asintió.

—Llama a tu oficina y diles que estamos de camino.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —suspiró Drake—. Por mi parte, lo veo todo nebuloso.

—También por la mía —le confió Mason—. Pero tengo varios ases en la mano y no quiero enseñarlos por ahora.

—¿Es que piensas mover un poco el asunto?

—Tal vez.

—¿Esta noche?

Mason asintió, llamó al camarero, firmó un cheque y entregó diez dólares de propina y luego le dijo al sirviente:

—Le agradezco mucho la presteza con que nos han servido.

El rostro del camarero se iluminó de placer.

—Oh... gracias. Es usted muy amable.

Mason se detuvo delante del «mâitre» y le entregó otro billete.

—Muchas gracias por habernos pasado las llamadas telefónicas, y quiero observar que el camarero que nos sirvió se comportó de manera admirable, atendiendo a todos los detalles.

El «mâitre» inclinó la cabeza ceremoniosamente.

—Es uno de nuestros mejores camareros, señor Mason. Por esto lo asigné a su mesa.

—Muchas gracias.

—¿Por qué tantas flores, Perry? Con las propinas ya había bastante. Es lo único que les interesa.

Mason meneó la cabeza, negativamente.

—También les gustan los halagos.

—Ya hay bastante con las propinas —insistió el detective.

—No, hay que acompañarlas con palabras —arguyó Mason—. El dinero sin buenas palabras es algo vulgar. Y las palabras sin dinero son muy baratas.

—Jamás lo había pensado —meditó Drake—. Tal vez por esto te sirven siempre bien en los restaurantes.

—¿No es así? —sonrió Mason.

—Seguro —sonrió también Drake—. Envío a mi secretaria al bar de la esquina en busca de un par de bocadillos con mostaza y cebolla, y una pinta de café. Y siempre me sonrío cuando me lo trae todo. A esto se le puede llamar estar servido con una sonrisa.

—Tendremos que arreglar lo de tus comidas —decidió Mason.

—Dilo otra vez —le retó el detective—: Ahora que me has dejado entrever cómo se come en tu mundo, estoy perdido para siempre.

Dejaron a Paul Drake en su oficina, y Mason y Della Street se dirigieron a la oficina del abogado.

—¿Está la joven cenando con Horacio Shelby? —preguntó la secretaria.

Mason asintió.

—¿Y usted está muy preocupado, verdad?

Nuevo asentimiento.

—¿Por qué?

—En primer lugar —le explicó el abogado—, mi cliente ha empezado a correr riesgos. Y esto no me gusta. En segundo lugar, no se fía de mí, lo cual aún me gusta menos. En tercer lugar, el hecho de que haya tomado tantas precauciones para mantener a su tío fuera de la circulación significa, o bien que verdaderamente el anciano no está muy bien de la cabeza, o que ambos temen que los Finchley vuelvan a llevarle al sanatorio, aunque sea a la fuerza.

—Bueno —opinó Della—, cuando un hombre se ha visto amarrado a una cama, en contra de su voluntad, encerrado en un instituto mental, tiene derecho a temer que le vuelvan a llevar allí.

—Probablemente es esto —asintió Mason—, pero la situación puede resultar mucho más complicada de lo que parece en la superficie. ¿Qué supone que estarán haciendo Borden Finchley y su mujer? ¿Qué supone que está haciendo Ralph Exeter?

—¿No les vigilan los hombres de Drake?

—Cuando encontraron a Daphne, los concentré a todos en ella —le explicó Mason—. Los otros apenas tienen importancia, y no quiero que Finchley pueda quejarse ante el tribunal de que le han estado espiondo.

—¿Cree que lo sabe?

—Es bastante listo para haberlo descubierto. Una sombra inteligente puede seguir a una persona algún tiempo, pero cuando son tres las personas seguidas, es muy fácil que una de ellas se dé cuenta, y si se lo cuenta a las demás, y todos están ojo avizor, no tardan en descubrir a la sombra. Claro que resulta más difícil si hay

dinero para gastar. Pueden alternarse las sombras, y dedicar varias a una misma persona. Se le pone una delante, otra detrás y con esto, generalmente, se consiguen buenos resultados. Pero yo no quise correr riesgos en este caso, puesto que ya hemos localizado a Horacio Shelby, que era nuestro propósito. Teniéndole a él, tenemos a la pieza más importante del tablero.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Todo depende del estado en que el viejo se encuentre —repuso Mason—. Pienso jugar limpio. Tan pronto como estemos completamente seguros de que le hemos localizado, me pondré en contacto con el doctor Alma y concertaré una entrevista. Si Shelby está normal, haré lo que pueda en favor de Daphne. En caso contrario, si el viejo necesita realmente que alguien se ocupe de sus intereses, tendré que enfocar la cuestión de manera diferente. Sin embargo, procuraré conseguir bastantes pruebas para presentarme ante el Tribunal y conseguir que éste revoque la orden referente a Borden Finchley, y nombre otro tutor.

Mason rodeó la mesa de despacho, procurando refrenar la impaciencia que le dominaba por la forzada espera.

Della, que sabía que Perry Mason reflexionaba mucho mejor cuando se dedicaba a medir el suelo a largos pasos, se hundió más en su sillón, permaneciendo inmóvil para no perturbar los pensamientos de su jefe.

El silencio de la noche se había apoderado ya del gran edificio. Pero aquel silencio fue interrumpido de pronto por la estridencia del teléfono cuyo número no figuraba en el listín.

Sólo tres personas conocían aquel número: Perry Mason, Della Street y Paul Drake, por lo que cuando cogió el receptor, el abogado se limitó a decir:

—Sí, Paul.

—Acaba de llamarme mi agente —le contestó la voz del detective—. La chica ha regresado al motel Serene Slumber. Y mi hombre no pudo telefonarme cuando ella salió del Northern Lights porque se metió rápidamente en su coche, arrancando al instante. Ahora mi agente está al aparato, esperando instrucciones.

—Dile que aguarde hasta que lleguemos allá —le ordenó Mason —, a menos que la muchacha salga. En tal caso, que la siga e

informe a la primera oportunidad. Ahora no podemos perderla de vista.

—¿Tu coche o el mío? —quiso saber Drake.

—Los dos. Tal vez más tarde tengamos que separarnos. Coge tu auto y abre la marcha. Della y yo te seguiremos en el mío. Pero antes te recogeremos en tu oficina.

Mason colgó, le hizo una muda indicación a su secretaria, y ésta, que ya estaba con la mano sobre el interruptor, apagó la luz.

Ambos se apresuraron por el corredor hasta llegar a la oficina de Paul Drake, y cuando Mason tenía ya una mano aplicada al picaporte, se abrió la puerta y surgió Drake.

—¿Todo a punto? —preguntó.

—Todo a punto —repuso Mason—. Vámonos.

Descendieron en el ascensor, cruzaron el aparcamiento, penetraron en sus coches respectivos, y Drake se puso al frente de la reducida caravana, en dirección a El Mirar.

El abogado sabía que Drake guiaba al auto provisto de teléfono, y varias veces le vio llevándose al oído para consultar, con toda seguridad, el camino más corto para llegar al motel Serene Slumber.

Drake conducía admirablemente, a buena marcha, cuando de pronto apagó por dos veces consecutivas las luces posteriores para llamar la atención de Mason hacia un anuncio de la carretera, brillantemente iluminado, que anunciaba: «Motel Serene Slumber», y algo más allá otro cartel, que rezaba: «Todo ocupado».

Drake buscó un espacio vacío en el aparcadero, que estaba atestado, y aún tuvo suerte. No así Perry Mason, que se vio obligado a dejar aparcado su coche junto a la cuneta.

Acto seguido, Mason y Della Street se unieron al detective, el cual estaba ya hablando con un joven alto, surgido de entre las sombras.

—Creo que ya conoces a Jim Inskip —dijo Drake, a modo de presentación—. Ésta es Della Street, la secretaria del señor Mason.

Inskip se inclinó.

—Sí, ya conocía al señor Mason y ahora estoy encantado de conocerla a usted, señorita Street. La muchacha está en el pabellón número 12.

—¿Alguna señal de que piense salir?

—Ninguna. Tiene el coche aquí. Y en el pabellón hay luz. Es aquél.

El joven lo señaló con el gesto.

—¿Qué hacemos, Perry? —inquirió Drake.

—Que Inskip se quede aquí —replicó el abogado—, y siga manteniendo la vigilancia. Que se pegue a Daphne Shelby, ocurra lo que ocurra. Si nosotros nos largamos, que Inskip no nos siga, sino que se siente en su coche y espere, porque Daphne es bastante lista como para apagar la luz y deslizarse por la ventana de atrás. Más tarde ya dispondremos nuestros sistemas de comunicación telefónica.

—¿Quieres que entre contigo? —se ofreció el detective.

—Sí, pero tal vez luego tenga que pedirte que salgas. Todo lo que un cliente le confía a su abogado es una comunicación privilegiada y confidencial, y todo lo que un abogado le dice a su cliente, también es privilegiado y confidencial. Este privilegio se aplica asimismo a la secretaria del abogado, pero si éste lleva asimismo a alguna persona en calidad de auditorio, dicha persona puede luego ser convocada al estrado a fin de referir cualquier conversación que haya tenido lugar. Tal vez me interese ahora tener a alguien presente en esta entrevista confidencial. Mucho dependerá de lo que la chica intente o haga.

Los tres dejaron solo a Inskip, avanzaron hasta la puerta del pabellón señalado con el número 12, y Mason llamó levemente.

No hubo respuesta, aunque a través de los visillos brillaba una débil iluminación.

Mason volvió a llamar.

Tampoco esta vez hubo respuesta.

La tercera vez, la llamada del abogado fue más fuerte y perentoria.

Al cabo de un instante se abrió la puerta, aunque no mucho, y Daphne Shelby preguntó:

—¿Quién... quién es?

—Buenas noches, Daphne —la saludó Mason.

La muchacha, que no podía ver nada en la oscuridad, se abalanzó sobre la puerta, tratando de cerrarla, pero Drake y Mason aplicaron su peso combinado, y Daphne fue deslizándose sobre la

alfombra.

Mason mantuvo la puerta abierta para que pasara Della Street.

Daphne, que al parecer reconoció en aquel momento al abogado, abrió los ojos por la sorpresa.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—Daphne, deseo formularle algunas preguntas y quiero que sus respuestas sean lo más precisas posibles. Todo lo que ahora me diga será considerado como comunicación privilegiada, mientras sólo estemos presentes usted, Della y yo. Pero con la presencia de Paul Drake, detective, la comunicación no puede ser privilegiada. Por tanto, si le hago alguna pregunta que la ponga en aprieto, o haya algo que usted no quisiera decirme delante de Paul, dígamelo francamente, y le enviaré fuera o al cuarto de baño. ¿Está claro?

La joven asintió mudamente.

—De acuerdo —prosiguió Mason—. ¿Qué es lo que intenta hacer?

—Intento preservar cuerdo a mi tío Horacio —confesó la muchacha—. De no haberle sacado de aquel lugar se habría vuelto loco sin más remedio. ¿O no sabía que era yo quien lo sacó de allí?

—Lo sabía. ¿Por qué no me dijo lo que intentaba hacer?

—No me atreví. Temí que me lo impidiese.

—¿Por qué?

—Por su idea de la ética profesional.

Mason la contempló pensativamente unos instantes.

—Supongo —añadió Daphne— que ya estará enterado de todo.

—Sí. Usted fue al sanatorio. Vio el cartel buscando enfermera y solicitó el puesto.

Ella asintió.

—Compró un coche nuevo.

Nuevo gesto de asentimiento.

—De acuerdo —prosiguió el abogado—, fue al sanatorio y empezó a trabajar. ¿Qué ocurrió entonces?

—Jamás olvidaré lo que vi allí —Daphne se estremeció ante el recuerdo—. Empecé a trabajar, y tardé un par de horas en poder escurrirme hasta el pabellón 17, donde estaba tío Horacio. Tenían al pobre anciano atado a la cama, absolutamente amarrado, con las cuerdas tan apretadas que le era imposible efectuar el menor

movimiento.

—¿Cuál era su estado mental?

—¿Cuál sería su estado mental en una situación semejante? Se lo habían llevado a la fuerza de su casa y lo habían despojado de todos sus bienes. E intentaban dejarlo en el sanatorio hasta que muriese, tratando de hacer cuanto pudieran para apresurar el desenlace. Tío Horacio siempre ha padecido de claustrofobia, miedo a estar encerrado en un sitio, sin poder salir. Y estaba allí, atado, moviendo sólo la cabeza para intentar morder sus ligaduras. Estaba colérico, desgreñado y...

—¿La reconoció? —inquirió Mason.

La joven vaciló y al final respondió:

—Creo que no contestaré a su pregunta hasta que estemos a solas, señor Mason.

—Está bien. ¿Qué más puede decirme ahora?

—Regresé al pabellón, antes de que comenzase el turno de la mañana, precisamente poco después de la llegada de la cocinera. Había cogido un cuchillo de la cocina y con él corté las cuerdas. Hallé la ropa de tío Horacio en el armario y le ayudé a vestirse, después de lo cual logramos llegar hasta mi automóvil, y nos marchamos de allí.

—¿Creyó que la seguirían?

—Sí.

—¿Por qué no trajo aquí a su tío?

—Juzgué más seguro para él mantenerle separado de mí.

—¿La reconoció cuando le ayudó a escapar?

—Oh, sí.

—¿Cuál es ahora su estado mental?

—Casi normal, excepto si le mencionan el sanatorio. En realidad, se halla al borde de un colapso nervioso, debido a todo lo que ha sufrido.

—¿Sabía usted que serían descubiertas sus hazañas?

—Sí, lo creí muy probable.

—¿Y sabía que la buscarían?

—Sí, por esto llevé a tío Horacio a un lugar donde nadie pudiese hallarle.

Mason enarcó las cejas.

—Nadie le encontrará —añadió ella, muy convencida—. Y no se moverá de allí hasta que recobre la tranquilidad de espíritu y hasta que podamos demostrar la clase de individuo que es Borden Finchley. Tío Horacio me contó que tan pronto como yo partí para Oriente, los otros comenzaron a hacer todo lo necesario para irritarle. Le trataron como a un chiquillo. No le permitían realizar sus deseos, y procuraron desquiciarle los nervios. Cree que tía Elinor le suministró alguna droga estimulante. No podía conciliar el sueño, y cuando se lo dijo, ella le dio unas píldoras somníferas. Al cabo de unos diez días, necesitaba ya tanto esas píldoras que no podía dormir sin tomarlas. Aparte de esto, cada vez se sentía más nervioso e irritado, y si no tomaba las píldoras, se pasaba las noches en blanco.

—¿No se le ocurrió pensar que la señora Finchley le estaba drogando deliberadamente?

—Entonces, no. Mi tía le convenció de que lo que le pasaba era simplemente que me echaba a mí de menos, pero que mi viaje había sido algo muy conveniente para mi salud. Luego comenzó a decirle que les estaba produciendo grandes molestias y que sería necesaria para cuidarle más de una persona. Y comenzó a darle más medicamentos. Por fin, comprendió lo que estaban haciendo y fue cuando me escribió la carta.

—¿Con qué propósito la escribió, exactamente?

—Quería que yo sacara todo aquel dinero del Banco, a fin de tener algo con que hacer frente a la situación cuando los otros se decidiesen a actuar.

—¿Sabía lo que intentaban hacer?

—Por entonces, sí. Era algo muy claro... ¡Oh!, es una cosa horrible, señor Mason, llevar a un hombre ante un tribunal para declararle incompetente y despojarle de su último centavo. ¿Cómo se sentiría usted si se viese desposeído de aquello que tanto le ha costado ahorrar, y se encontrase en un sanatorio para enfermos mentales contra su voluntad?

—Muy mal, pero esto ahora no viene a cuento —repuso Mason—. ¿Cuáles son ahora sus planes?

—Intentaba ponerme en contacto con usted.

—Ya tardó demasiado en hacerlo.

—Bueno... estuve disponiendo las cosas para que tío Horacio goce de un merecido descanso.

—¿Dónde está?

La muchacha apretó fuertemente los labios.

—¿No quiere decírmelo? —sonrió Mason.

—No, no pienso decírselo a nadie. Por esto le llevé adonde nadie pudiera encontrarle, hasta que pueda presentarse al tribunal y exigir la derogación de la orden. Y esta vez, nadie volverá a drogarle.

—¿Estaba drogado cuando lo llevaron al juzgado? —preguntó el abogado.

—Naturalmente —le respondió ella, con desdén—. ¿Cree, acaso, que hubieran los otros logrado sus propósitos, de haber estado mi tío en sus cabales? El juez no se dio cuenta de que estaba drogado y ningún médico le reconoció. Claro que también durante tres meses le habían estado haciendo un lavado de cerebro. ¡No lo olvide! Y con una persona de su edad, un tipo listo puede alterar mucho un cerebro en tres meses.

—¿Cómo se encuentra ahora? —inquirió Mason.

—Mucho mejor —repuso la joven, tras corta vacilación.

—¿Le entregó usted dinero?

—Le di cuarenta mil dólares de su propio dinero.

—¿Cuarenta mil dólares?

—Sí —asintió la joven—. Compré el coche, y guardé dinero suficiente para hacer lo que quería. El resto se lo entregué a mi tío.

—¿Le contó que, de acuerdo con las pruebas presentadas ante el tribunal, usted no llevaba su misma sangre?

—No juzgué oportuno decírselo por ahora —replicó Daphne—, aunque debo confesarle a usted que hizo ya testamento.

Mason entornó los ojos.

—Lo temía, y por esto quería que se hubiera usted puesto en contacto conmigo. Esto es algo que jamás debió hacer.

—¿Por qué?

—¿No comprende que les está haciendo el juego a ellos? Afirmaron que si usted conseguía retener a su tío a su lado, bajo su control, le obligaría a redactar un testamento, cediéndole a usted todos sus bienes. Precisamente, aquella carta adjuntándole el

cheque por valor de los ciento veinticinco mil dólares, fue la prueba que necesitaban; y si ahora pueden demostrar que su tío hizo testamento a su favor tan pronto como usted le sacó del sanatorio, dispondrán de más municiones contra usted.

—¡Pero si fue idea suya! —gimió la muchacha—. Él insistió en hacerlo. Por tanto, no puede haber la menor duda de que...

—Entonces, debió hacerlo con la ayuda de un abogado, por los cauces regulares —replicó Mason—. El documento debió ser firmado por los testigos y... ¿Qué clase de testamento hizo?

—Me dijo que en este Estado es válido un testamento si está completamente escrito, firmado y fechado de mano del testador; y como usted me había dicho lo mismo, así fue como lo hizo.

—¿Quién lo tiene?

—Yo.

—Démelo.

La joven dudó un momento y luego abrió el bolso, sacó un documento doblado y se lo entregó a Mason.

El abogado lo leyó.

—¿Esto es todo?

—Sí.

—¿Escrito de su puño y letra?

—Sí.

Mason fue resaltando los puntos más importantes:

—Fechado... firmado... «Ésta es mi última voluntad...». Bien, será mejor que lo guarde yo, Daphne.

—De acuerdo.

—Y no hable del testamento a menos que la interroguen específicamente sobre el mismo —la advirtió Mason—. Necesito ver a Horacio Shelby, y en el caso de que se muestre competente, haré que firme otro testamento legal, a fin de que nadie pueda impugnar su validez. Bien, vámonos a ver a Horacio Shelby.

—No pienso decirle dónde está —se negó la muchacha.

—Supongamos que viene usted con nosotros. Yo la conduciré hasta él.

—No puede engañarme, señor Mason —sonrió ella—. Ya sé que me considera una chica muy ingenua, casi tonta, pero no lo soy tanto como se imagina la gente.

—Seguro que no —asintió Mason. Luego le hizo una señal significativa a Della Street, señalándole el listín de teléfonos.

Della Street se acercó a la mesa para consultarlo, y una vez hubo conseguido la dirección deseada, la anotó y le hizo otra señal a Perry Mason.

Mientras tanto, Daphne Shelby miraba a Mason con retadora mirada.

—¡No pienso decírselo! —repitió—. Y no me engañará, haciéndome pensar que ya lo sabe, a fin de que yo me descubra. Ya conozco esa técnica para obtener informaciones.

—Seguro que sí —rió Mason—. Bien, póngase el abrigo y el sombrero y daremos un pequeño paseo en coche.

—Iré con usted, pero no le diré dónde está tío Horacio. Necesita descanso. Necesita tener la seguridad de que vuelve a ser el de siempre. No puede figurarse la experiencia por la que ha pasado.

—¿Le entregó usted cuarenta mil dólares? —volvió a preguntar Mason.

—Sí.

—¿Cómo?

—Endosé siete cheques de caja de cinco mil dólares cada uno, y luego le di cinco mil más en billetes.

—Un hombre en su estado actual no debería llevar tanto dinero encima —observó Mason—. En realidad, nadie debe llevar tanto, pero aún menos su tío Horacio.

—¡Es su dinero! —proclamó la joven—. Y ésta era la única manera de tranquilizarse, haciéndole sentir que volvía a ser dueño de lo que es suyo, y que puede hacer lo que quiera con su dinero.

—Está bien, iremos allí en mi coche —decidió Mason—. Será mejor que tú nos sigas en el tuyo, Paul.

—¿Tal vez se dignará decirme adónde me lleva? —preguntó Daphne, burlona.

—Un poco más abajo de esta carretera —le sonrió Mason—. A su debido tiempo, volveremos a traerla aquí. Pero allí hay ahora un hombre al que quiero ver.

Con la cabeza muy erguida, Daphne Shelby penetró en el auto del abogado.

Perry Mason, Della Street y Daphne se instalaron en el asiento

delantero. Paul Drake les siguió en su coche, y todos juntos recorrieron un trecho de carretera, doblaron luego a la derecha, y pronto llegaron ante las luces del hotel Northern Light. Mason observaba con frecuencia el rostro de Daphne.

La muchacha conservaba la mirada fija al frente, y no pestañeó siquiera al llegar delante del motel.

Paul Drake, desde su coche, apagó y encendió los faros, e hizo sonar dos veces la bocina.

Mason acercó su coche al bordillo, bajó el cristal de la ventanilla de su lado y aguardó.

Drake frenó su coche al lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—Policías.

—¿Dónde?

—Al otro lado del motel. Dos autos.

—¡Oh... oh! —exclamó Mason, pensativamente.

—¿Qué hacemos?

—Nos detendremos en la esquina y esperaremos —decidió Mason—. Tú ve a enterarte. No te andes con rodeos. Pregunta directamente.

—De acuerdo.

Cuando el detective hubo desaparecido con el coche, Mason se volvió a Daphne.

—Esto es lo que sucede por querer engañar a su abogado y tomar la iniciativa. Vea ahora lo que ha ocurrido. Finchley ha descubierto dónde está su tío. Le ha acusado de fugarse del sanatorio donde se hallaba recluido bajo una orden del tribunal, y probablemente ha traído a los policías para que se lo lleven allí.

Daphne, que había mantenido un valeroso silencio, de pronto rompió a llorar.

—¡Si se lo llevan a aquel sanatorio y vuelven a amarrarle a la cama, lo matarán!

—Procuraremos que esto no suceda —la calmó Mason—. Bien, aparcemos aquí y veamos qué puede hacerse.

Cuando Mason estaba llevando el coche a la cuneta del camino, un coche de la policía pasó con su sirena, pero cuando iba a adelantar al coche de Perry Mason, frenó estrepitosamente. Un rayo

de luz roja iluminó el interior del auto del abogado.

—¡Vaya, vaya, vaya! —era la voz del teniente Tragg—. ¡Miren quién está aquí!

—¡Caramba!, hola, teniente —le saludó Mason con campechanía—. ¿Qué hace usted por estos andurriales?

—Creo que seré yo quien le haga esta pregunta. ¿Qué hace usted aquí?

—He salido para hacer una visita a un cliente sobre un caso y...

—¿Vive su cliente, por casualidad, en el motel Northern Lights? —le interrumpió Tragg.

Mason sonrió y movió negativamente la cabeza.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque estamos investigando allí lo que parece ser un homicidio —repuso el teniente.

—¿Cómo? —se sobresaltó Mason.

—Hay un tipo muerto en el pabellón 21 —le explicó Tragg—. Evidentemente, alguien le sirvió comida de un restaurante chino, regada con un barbitúrico, y cuando el individuo se marchó a la cama, abrió la espita del gas de la estufa de butano y no la encendió. Los ocupantes del pabellón contiguo olieron el escape de gas, avisaron al dueño del motel, éste empujó la puerta del cuarto, abrió las ventanas y despejó la atmósfera. Pero ya era tarde.

—¿Muerto? —preguntó Mason.

—Como mi bisabuela —afirmó el teniente Tragg—. ¿No sabe usted nada de este asunto?

—¿Respecto a la muerte de ese individuo? ¡Claro que no! No tenía idea de que hubiese muerto alguien hasta que usted me lo ha dicho.

—Bueno, quería comprobarlo solamente —rezongó Tragg—. Vaya coincidencia hallarle a usted aquí. Bien, me largo —le hizo una señal al conductor y arrancó.

Al cabo de un instante, Mason se volvió hacia Daphne Shelby. La muchacha estaba blanca contra la oscuridad de la noche, y tenía los ojos muy abiertos por el terror.

—¿Y bien? —le preguntó el abogado.

Daphne quiso decir algo, miró al abogado fijamente y cayó desvanecida al piso del auto.

—Inskip debe habernos seguido al ver que Daphne venía con nosotros —reflexionó Mason—. Veamos si le descubrimos.

El abogado realizó un viraje con el coche, dobló la esquina y no tardó en avistar un auto aparcado junto a la cuneta. Inskip, al observar la maniobra, hizo avanzar su vehículo.

—Dígale a Paul que regresamos al Serene Slumber —le ordenó Mason—, y que vaya para allá tan pronto como sepa qué es lo que se guisa.

El abogado, acto seguido, condujo su coche al motel donde se alojaba Daphne. Entre él y Della Street sacaron a la desvanecida muchacha del interior del auto. El aire fresco de la noche pareció reavivarla lo suficiente para entregarle al abogado la llave del pabellón. Mason abrió la puerta y escoltó a Daphne al interior.

—Bien, procure serenarse, jovencita, y contésteme con toda sinceridad: ¿Tiene usted algo que ver con la muerte de su tío?

La interrogada sacudió negativamente la cabeza, mientras le temblaban los labios.

—Yo le amaba —murmuró—. Era como un padre para mí. He sacrificado toda mi vida para servirle.

—De acuerdo, pero ahora no se trata de eso. Se trata de pruebas.

—¿Qué pruebas? —inquirió la muchacha.

—Escuche: usted no está relacionada con Horacio Shelby por los lazos de la sangre. Por lo tanto, no puede heredar sin un testamento. El hermanastro de Horacio Shelby hizo una declaración, según la cual usted es una persona astuta y egoísta, que, deliberadamente, trató de granjearse las simpatías de Horacio, a fin de que éste le hiciese donación de toda su fortuna. El expediente del caso demostrará que Shelby le entregó a usted un cheque de ciento veinticinco mil dólares. El tribunal ordenó que Shelby tuviese un tutor para la custodia de sus bienes. Usted ayudó a la fuga de Horacio Shelby del sanatorio y lo escondió en el motel Northern Lights. Luego, le obligó a firmar un testamento a su favor. Y pocas horas después de haber firmado el testamento, el viejo aparece muerto.

—Supongo —replicó la joven—, que puede haberse suicidado, aunque jamás se me habría ocurrido pensarlo.

—Esperaremos a que llegue Paul Drake —contestó el abogado—.

Pero es evidente que la policía tiene buenas razones para sospechar la presencia de un barbitúrico. ¿Compró usted esta noche la cena en un restaurante chino?

—Sí...

—¿Se la llevó al motel en algún recipiente de cartón?

—Sí.

—¿Y también las cucharas y tenedores?

—Le gustaba usar palillos. Compré dos pares, y cenamos con ayuda de ellos.

—¿Qué hizo usted con los recipientes vacíos?

—No quedaron vacíos del todo —repuso ella—. Yo tenía que irme, pero tío Horacio me prometió que arrojaría la comida sobrante por el retrete, que lavaría los recipientes de cartulina para que no olieran y luego los echaría a la papelería. Al fin y al cabo, el pabellón no es más que un dormitorio, y yo pensé que podía crearse algún conflicto si mi tío utilizaba la papelería como cubo de basura.

—¿Así que quedó comida y su tío le prometió arrojarla por el retrete?

—Sí.

—Mirándolo desde el punto de vista de la policía —reflexionó Mason—, afirmarán que usted lavó los recipientes, tratando de ocultar una prueba. Que, no contenta con esto, lavó los recipientes con el agua caliente del baño. ¿Le dijo usted a su tío que hiciese esto?

—Sí.

—Esto y el testamento existente a su favor pueden enviarla a la cárcel por toda la vida —le espetó el abogado, con un gruñido.

En la puerta sonó la llamada especial de Paul Drake. Della Street le franqueó la entrada. Drake compareció con una grave expresión en su semblante.

—¿Está muy mal la cosa, Paul? —inquirió Mason.

—Muy mal.

—Bien, cuéntanos.

—Alguien del pabellón 22 salió a cenar y al regresar olió a gas. Entonces fueron a avisar al director del motel. Éste hundió la puerta y entraron. El gas estuvo a punto de acabar con todos. El hombre corrió a la ventana, la abrió y arrastró el cuerpo del ocupante

afuera. Luego avisó a la policía. Ésta llegó y probaron a resucitarle. Todo inútil.

—¿Por qué cree la policía que es un homicidio y no un suicidio?

—Alguien dejó escapar el gas de la estufa —explicó Drake—. Ese alguien desatornilló la tubería para que el gas se esparciese libremente por todo el cuarto. El tipo había comido la cena china. El forense cree que se trata de algún barbitúrico. Efectuó un ligero examen. Aparentemente, la comida estaba envenenada. Y también creen haber hallado rastros de droga en el cuarto de baño.

Mason miró suspicazmente a Daphne. Los ojos de la muchacha se desviaron rápidamente mirando hacia otro lado.

—¿Estuvo usted con su tío, mientras ambos ingerían la cena del restaurante chino? —le preguntó aquél.

—Yo me fui antes de que él terminase.

—¿Le dio usted algún barbitúrico?

—No... no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Ya le conté que mi tío no podía dormir sin aquellas pastillas. Las necesitaba de tal forma, que siempre tenía que llevarlas consigo. Yo lo sabía, por lo que cuando me marché le entregué unas que yo llevaba ya a prevención.

—¿De dónde las obtuvo usted?

—Me las dio un médico... el mismo que lleva a tío Horacio. Cuando me fui de vacaciones, el doctor también me dio unas píldoras, por si me sentía mal de los nervios. Pero no las utilicé. Mientras viví a bordo, dormí siempre como un leño. Pero pensé que tal vez tío Horacio las necesitase, y me las guardé para mejor ocasión.

—Pues se ha colocado usted en una situación excelente para que la acusen de asesinato en primer grado —gruñó el abogado.

—La propietaria del motel —prosигuió Drake— también declaró algo. Afirmó que fue Daphne la que alquiló el pabellón 21, diciendo que era para su tío, que llegaría más tarde. Pero la mujer se fijó muy bien en el coche, observando que era un «Ford» completamente nuevo.

—¿Lo ve, Daphne? —la increpó el abogado.

A continuación, Perry Mason captó una seña de Drake,

indicando que deseaba hablar a solas con él.

—Perdone un momento —y el abogado se retiró a un rincón para poder hablar privadamente con el detective.

Éste bajó el tono de voz.

—Oye, Perry, te hallas metido en un buen lío. Lo mismo que tu cliente. Tan pronto como exhiba el testamento, será acusada de asesinato. Y ten en cuenta que esta muchacha no es tan inocente e ingenua como parece. Por el contrario, es astuta, hábil y maliciosa. Localizó a su tío. Lo sacó del sanatorio. Fue lo bastante lista para no llevarlo al mismo motel que ella, sino que lo inscribió en otro. Todo lo que ha hecho indica que posee mucha audacia y nervio. Bien, comprendió que no siendo pariente de Horacio Shelby no podía sacarle el dinero a menos que éste hiciese testamento en favor suyo por lo que se apresuró a llevárselo por su cuenta, burlando a la justicia y a la tutela nombrada por el tribunal, le obligó a hacer testamento, y el individuo murió poco después. Pues bien, si tú quieres olvidarte del testamento, yo también lo olvidaré.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mason.

—Es la prueba más poderosa en contra suya. Cógelo y quémalo. Haz que ella se abstenga de mencionárselo a nadie, y nosotros haremos lo mismo. De esta manera, habremos dispuesto de la peor prueba contra la chica.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—¿Por qué no? —rezongó Drake—. Observa que me juego la licencia para salvar a tu cliente.

—No se trata de esto —denegó Mason—. En primer lugar, como funcionario de la ley, no puedo ocultar pruebas. Y tú, como detective privado, tampoco. En segundo lugar, he descubierto que la verdad es siempre la mejor arma en el arsenal de un abogado. Lo malo de los abogados es que muchas veces no saben dónde está la verdad. Pero en cuanto a mí...

Mason calló de pronto al oír unas pisadas en el porche del motel, y luego una llamada a la puerta del pabellón.

—Permítame, Daphne —dijo, y se dirigió a abrir.

El teniente Tragg, acompañado de un agente de uniforme, se hallaba en el umbral, y apenas logró disimular su asombro.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —refunfuñó.

—Estoy hablando con mi cliente —le respondió Mason.

—Pues bien, si su cliente es la dueña del automóvil «Ford», aparcado ahí enfrente, necesitará un buen abogado —exclamó el teniente.

—Pase —le invitó Mason—. Daphne, le presento al teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios. Teniente Tragg, ésta es Daphne Shelby.

—Oh... oh... empiezo a ver claro —masculló el teniente—. En el Departamento me dijeron que estaban buscando a Horacio Shelby, el cual se había fugado del sanatorio «Buena Voluntad», burlando una orden legal. Bien —Tragg se volvió al agente—, haga pasar a la mujer y veremos si la identifica.

—Permítame observar —intervino Mason—, que no es éste el mejor procedimiento para efectuar una identificación.

—Sí en este caso. Trabajamos contra reloj.

El agente salió fuera, batió la portezuela de un coche, se oyeron pasos en el porche, y regresó aquél acompañado de una mujer.

—Mire a su alrededor —la conminó Tragg—, y díganos si ve alguna cara conocida.

La recién llegada, instantáneamente, señaló a Daphne Shelby.

—Ésta es la joven que alquiló el pabellón 21 —exclamó—. Me dijo que era para su tío.

Tragg se volvió hacia Perry Mason, sonriendo maliciosamente.

—Ha llegado su hora, abogado. Ya puede largarse. Continuaremos sin usted.

—Creo que se olvida de las recientes decisiones del Tribunal Supremo, teniente —Mason le devolvió la sonrisa—. La señorita Shelby tiene derecho a estar representada y asistida por su abogado en todas las fases de la investigación. Antes de que conteste a ninguna pregunta, Daphne —Mason se había vuelto hacia la muchacha—, míreme. Si muevo la cabeza, no responda; de lo contrario, usted conteste y «diga toda la verdad».

—Vaya manera de interrogar a un testigo —se quejó el teniente.

—Tal vez resulte un poco difícil, pero es la única manera que puede usted interrogar actualmente a un posible acusado —le recordó el abogado—. Tal vez, si llegamos a un acuerdo, podré allanarle un poco las dificultades.

—¿En qué forma?

—Ésta es Daphne Shelby —prosiguió el abogado—. Hasta hace muy poco tiempo, creyó de buena fe que era sobrina de Horacio Shelby. Sin embargo, con lazos consanguíneos o sin ellos, Daphne sentía un gran afecto por el hombre a quien consideraba su tío. Vivía con él y era la que cuidaba de su restringida dieta. A fuerza de atenderle, estuvo a punto de sufrir un colapso nervioso. Cuando enviaron a Horacio Shelby al sanatorio «Buena Voluntad», gracias a los manejos del tutor y un médico contratado por los parientes, Daphne, un día, obtuvo un empleo en el sanatorio. Halló a su tío amarrado a su cama, conque cogió un cuchillo, cortó las cuerdas y se llevó a Horacio Shelby al motel Northern Light, instalándolo en el pabellón 21. Y esto es todo cuanto ha ocurrido, teniente, hasta el momento actual.

Tragg giró en dirección a la muchacha.

—¿Le llevó usted la cena esta noche?

Mason movió la cabeza y Daphne guardó su mutismo.

—Comida china —insistió el teniente—. Sabemos que fue así, por lo que su confesión sólo servirá para allanar las dificultades, como dijo Mason. Después de todo, señorita Shelby, lo que queremos es llegar al fondo de la verdad, y si es usted inocente, no creo que la verdad deba asustarla.

Mason volvió a mover la cabeza.

—¡Cáscaras! —se enfadó Tragg. Cambió de expresión y se enfrentó con el abogado—. ¿Alguna objeción para que identifique el cadáver?

—Ninguna.

Tragg volvió a encararse con Daphne Shelby y extendió una mano.

—¿Quiere darme las pastillas somníferas que posee, señorita Shelby? Las que le queden.

La joven estaba a punto de coger el bolso cuando captó la mirada de Mason.

—No, teniente —sonrió el abogado—. No quiero que use usted estos trucos, pues entonces se acabaría nuestra colaboración.

—Es una mala pasada la del Tribunal Supremo —se quejó amargamente el teniente—, ésta de quitar las esposas de los

acusados y ponerlas en las muñecas de los funcionarios encargados de mantener la ley y el orden.

—Yo no veo esposas de ninguna clase —observó Mason.

—Pero yo las siento... —masculló el teniente.

—¿Vamos a identificar el cadáver? —le recordó Mason.

—Sí, vamos —asintió Tragg, añadiendo—: Temo que tendremos que privarla por una temporada de su nuevo «Ford», señorita Shelby. Es evidencia, y tenemos que identificarla.

—De acuerdo —se conformó Mason—. Colaboraremos en todo lo que podamos.

—Sí —gruñó Tragg, llevándose el índice a la garganta—. Ya veo la cordialidad de su colaboración. Llame por radio —le ordenó acto seguido al agente—. Que un experto en huellas dactilares compruebe las que encuentre en el «Ford» —se volvió hacia la joven—. Y usted, acompañeme.

—Yo iré con ustedes —anunció Mason.

Tragg sacudió enérgicamente la cabeza.

—Bien, entonces Daphne irá en mi coche —objetó el abogado.

Tragg meditó la proposición y al final dijo:

—Está bien. Daphne Shelby irá con usted en su coche, detrás del mío.

—Y yo completaré la procesión —añadió Drake.

—Vamos, Della, usted y Daphne irán en el asiento posterior —ordenó Mason, añadiendo—: Daphne, no conteste a ninguna pregunta, a menos que yo esté presente y la aconseje responder. ¿Entendido?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Bien, ahora va a pasar usted por una verdadera prueba —Mason bajó la voz—. Tendrá que identificar el cuerpo de su tío. Supongo que podrá. Pero no quiero que dé información voluntariamente, ¿comprende?

La joven volvió a asentir sin despegar los labios.

—Sí, será una dolorosa experiencia —prosiguió el abogado—, pero no la última en las horas venideras. Ni en las pasadas. No se asuste. Haremos frente a la adversidad. Y ahora, teniente, vámonos.

Los coches formaron una procesión hasta el otro motel.

Una ambulancia esperaba para llevarse los restos mortales al

depósito para la autopsia.

El teniente Tragg se acercó a la camilla, cogió la sábana por una punta y dijo:

—Acérquese, por favor, señorita Shelby.

La joven avanzó hasta la camilla. Mason estaba a su lado, cogiéndola por el brazo.

El teniente empujó la sábana.

De repente, Mason sintió cómo la joven se ponía rígida. Se asió al abogado y exhaló un gemido.

Mason le acarició una mano.

—Éste no es tío Horacio —anunció la muchacha—, sino Ralph Exeter.

El teniente Tragg no volvía de su asombro.

—¿Quién es Ralph Exeter? —refunfuñó.

Daphne Shelby tenía los labios demasiado temblorosos para poder pronunciar claramente las palabras.

—Un amigo de tío Borden —consiguió murmurar.

—¿Y quién es tío Borden?

—Un hermanastro de Horacio Shelby.

—¿Entonces, cómo penetró Ralph Exeter en este pabellón, y dónde se encuentra ahora Horacio Shelby?

—Éstas son dos preguntas, teniente —intervino amablemente Mason— a las que tendrá que contestar usted mismo.

La mujer que había identificado a Daphne, se acercó al grupo.

—¿Quiere echarle una ojeada al cuerpo? —le preguntó el teniente.

La mujer asintió.

Tragg retiró la sábana.

—Creo que éste no es el sujeto que estaba en el pabellón 21 —afirmó la mujer—. Más bien parece el que alquiló el número 20 hace unas tres horas.

—¿Cómo llegó aquí? —la interrogó Tragg.

—En su propio coche. Con matrícula de Massachusetts. Debía de haber alguien con él... una mujer. Espere, iré a buscar la tarjeta de inscripción.

—Iré con usted —se ofreció el teniente. La acompañó a la oficina y regresó con la tarjeta.

—Exacto —proclamó—. Se inscribió con su nombre y dio la matrícula de su auto, como referencia. Con licencia de Massachusetts. ¿Pero dónde está el auto? Aquí no está.

Se produjo un intervalo de silencio, y el teniente Tragg añadió:

—Echemos una ojeada al pabellón 20 y veamos qué encontramos allí.

Pero antes de echar a andar se volvió hacia Mason.

—Puesto que en esta fase de la investigación, no pueden ayudarnos en nada, usted y su cliente pueden largarse, pero quiero que se presenten tan pronto como se les necesite.

—Excúseme un instante, Daphne —le rogó Mason a la muchacha—. Sólo un instante.

El abogado se llevó aparte a Paul Drake, bajando la voz.

—Paul, Horacio Shelby estuvo en aquel pabellón. Ahora ya no está. O se marchó por su propia voluntad o fue sacado a la fuerza. En este último caso, nos veremos metidos en un buen lío. Si se fue por su propio impulso, me gustaría asegurarme de ello y de que continúa en libertad de movimientos. Haz que tus hombres se ocupen de las compañías de taxis, inmediatamente.

Drake asintió.

—Además —prosiguió el abogado—, ahora sería fatal que la Policía consiguiera plantar en la mente de la dueña del motel que Ralph Exeter fue el hombre a quien Daphne trajo aquí. La mujer vio a la chica. Identificó la matrícula de su coche, y también a ella. Procura hablar con esa mujer antes que la Policía. Convéncela de que no puede identificar a la mujer que acompañaba a Ralph Exeter cuando éste llegó al motel. Y asegúrate de que más tarde no pueda testificar, desdiciéndose de lo que diga ahora. Tú sabes tan bien como yo que la identificación personal es la peor de todas las pruebas, la única en que no es posible confiar. Naturalmente, no es así cuando un sujeto identifica a otro al que ya conoce, pero sí cuando sólo vio al individuo una fracción de segundo, o en fotografía.

—Seguro que sé todo esto —respondió Drake—. Haré cuanto pueda. ¿Algo más?

—Nada más —finalizó Mason—. Haz que tus chicos se muevan. Utiliza el teléfono de tu coche. Y tú cuídate de esa mujer mientras el

teniente Tragg está ocupado en el pabellón número 20.

—De acuerdo. ¿Qué hago antes?

—Habla con la dueña del motel. No sabemos el tiempo que el teniente Tragg se demorará en ese pabellón. Y después, comienza a telefonar desde tu coche a las compañías de taxis.

Capítulo XII

Mason rodeó a Daphne Shelby por la cintura y la condujo hasta su coche, mientras la joven temblaba como una hoja de un árbol.

—Tranquilícese, Daphne, por favor —le aconsejó el abogado—. Esto tal vez resulte un poco complicado. Veamos, hábleme del tipo que han hallado en el pabellón 21. ¿Era el que usted alquiló para su tío?

La joven asintió.

El abogado la instaló en el asiento posterior del coche, subió a su vez y se sentó junto a la muchacha, con Della al otro lado.

—¿Fue usted al restaurante chino a buscar la cena para su tío?

—Sí.

—¿Quién la sirvió?

—No sé... Una muchacha.

—¿China?

—No. La cocinera sí lo era.

—¿Por qué fue a aquel restaurante?

—Desde aquí se ve la muestra... —la joven señaló el anuncio luminoso. Mason siguió la dirección del dedo y vio el gran letrero luminoso: «Cocina china».

—Cuando el teniente Tragg le pidió a usted el resto de las pastillas, usted iba a abrir el bolso.

La joven asintió con el gesto.

—¿Tiene esas pastillas aquí?

—No. El mío fue un gesto instintivo al ver la mano extendida del teniente. En aquel momento me olvidé de que se las había dado a tío Horacio.

—Procure olvidarlo también la próxima vez —le aconsejó Mason—. No conteste a ninguna pregunta respecto a esas malditas

pastillas. Bien, Exeter se inscribió en el motel durante la tarde. Lo cual significa que ellos ya sabían que usted intentaba ocultar allí a tío Horacio.

—Entonces, ¿por qué no pidieron asistencia a la Policía y volvieron a llevárselo al sanatorio? —razonó Daphne—. Esto era, precisamente, lo que temíamos el tío Horacio y yo.

—Probablemente porque, a su vez, ellos temían que el doctor Alma examinase a su tío, y deseaban trabajarle un poco antes de permitir tal examen.

—¿Cree que han raptado a tío Horacio? —gimió la muchacha.

—Cabe esa posibilidad —admitió el abogado.

—¿Qué ocurrirá ahora? —quiso saber ella.

—Procurarán drogarle —fue la respuesta—. Le asustarán. Luego, volverán a llevarlo al sanatorio y avisarán al doctor Alma.

—¿Y no podemos impedirlo? ¿No podemos hacer nada? ¿No hay modo de encontrar a tío Horacio?

—No lo sé —confesó Mason—, pero podemos considerar dos alternativas.

—¿Cuáles son?

—Una es que su tío Horacio se marchase de aquí con Borden Finchley. Pero no sé por qué, no acaba de convencerme esta posibilidad.

—¿Y la otra?

—Que su tío se marchara de aquí por su propia voluntad.

—¿Pero por qué? —exclamó Daphne.

Mason la miró directamente a los ojos, antes de contestar:

—Por haber matado a Ralph Exeter.

—¡Pero tío Horacio jamás...! —no terminó la frase y calló, en un doloroso mutismo.

—Exactamente —puntualizó Mason—. Usted ignora todos los detalles de cómo trataron a su tío. Tampoco conoce su verdadero estado mental. Sí, le entregó unas pastillas para dormir. Supongamos ahora que Exeter estaba en el pabellón contiguo, y que cuando usted abandonó el motel, penetró en el cuarto de Horacio Shelby y empezó a exigirle algo. Tenga en cuenta que Ralph Exeter no era amigo de Borden Finchley, sino que su único interés radicaba en obtener dinero, fuese como fuese, y este dinero sólo podía

proceder de Horacio Shelby. Por tanto, supongamos que Exeter le exigió a su tío ciento veinticinco mil dólares como precio por su colaboración. Supongamos, asimismo, que Exeter no había cenado, y que empezó a servirse de los recipientes que aún contenían comida. Bien, Horacio deseaba desembarazarse del sujeto. Y con toda sencillez, mezcló las pastillas con la comida. Pudo haberlas triturado, reduciéndolas a polvo, mientras Exeter hablaba con él. Tal vez su primitiva intención era dejar inconsciente a Exeter y huir. Pero cuando vio el buen resultado de su operación, decidió acabar con él de manera permanente.

Daphne Shelby meneó la cabeza.

—No tío Horacio —exclamó impetuosamente—. Nunca haría tal cosa. No mataría ni a una mosca.

—Entonces —reflexionó el abogado—, a menos que podamos mezclar en esto a Borden Finchley, sólo queda un sospechoso.

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo?

Mason asintió.

—Una cosa así —contestó la muchacha— pudo hacerla tío Borden, pero ni tío Horacio ni yo.

—No tema, también nos ocuparemos de su tío Borden —la tranquilizó Mason.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo —y Mason puso en marcha el motor del coche, arrancando.

—¿Qué tengo que hacer? —quiso saber Daphne.

—Usted regresará a su hotel y se quedará allí. Si vuelve a desaparecer sin mi autorización, se verá enfrentada con una acusación de asesinato en primer grado.

—¿Por la muerte de Ralph Exeter?

—Sí.

—¿Pero por qué motivo tenía que matarle?

—Se me ocurren una docena de motivos —replicó Mason—. Uno, por ejemplo: estaba extorsionando a su tío Horacio. Con más fuerza que Borden Finchley. Y si a mí se me ocurre este motivo, tenga en cuenta que la Policía ideará los otros once. Todavía no está

usted a salvo de todo peligro, jovencita. Sigue siendo el sospechoso ideal. Hay algunos que piensan que bajo su aspecto angelical, no es usted más que una personita muy astuta y hábil, que procura labrarse un buen porvenir a toda costa.

—He sido completamente sincera con usted, señor Mason.

—Lo sé —afirmó el abogado—. Me dijo todo lo que deseaba que yo supiese. Puso sobre la mesa las cartas que yo debía ver, pero ninguna más. Bien, yo sé muchas cosas respecto a usted, Daphne. Y una de ellas es que estaría mucho más tranquilo si usted no se hubiese escurrido del hotel, marchándose al sanatorio y sacando del mismo a su tío, a pesar de sus buenas intenciones. Ignoro si todo esto lo hizo por él, o en beneficio propio, pero conmigo se mostró muy poco considerada. Me arriesgué mucho a fin de conseguir aquel dinero para usted, y creo tener derecho a su colaboración.

—Lo sé —murmuró la joven, con acento desdichado—. No crea que no aprecio todo lo que ha hecho.

—Si es cierto que usted le entregó el dinero a su tío —prosiguió Mason—, ésta es una cosa que debo poner en su haber. Pero no se engañe, antes de que concluya la noche, la Policía la estará buscando de nuevo. Si van a arrestarla al hotel, insista en telefonarme. Le daré un número al que podrá encontrarme toda la noche. No conteste a ninguna pregunta, bajo ninguna circunstancia, hasta que yo esté presente. Y al mismo tiempo, no se extrañe ante nada de lo que yo haga.

—¿Por qué he de extrañarme de lo que usted haga? —se interesó la muchacha.

—Porque pienso utilizar a su tío Horacio como conejillo de indias.

—¿En qué sentido? —se indignó ella.

—Pienso hacerle creer a la Policía que fue su tío quien asesinó a Ralph Exeter, y que cuando cometió el crimen estaba clínicamente, si no legalmente, loco de remate.

Capítulo XIII

Eran más de las diez de la noche cuando sonó en la puerta la llamada especial de Paul Drake.

Della Street le franqueó el paso.

En el despacho de Perry Mason penetró el detective, derrengado, sudoroso y jadeante, y se dejó caer en el sillón.

—He procurado ir lo más de prisa posible —dijo—. Sabía que vosotros queríais ir a casita, pero no ha sido nada fácil.

—¿Qué has descubierto? —quiso saber el abogado.

—Algo que la Policía ha estado reteniendo —fue la respuesta—. He averiguado lo que realmente saben respecto a los barbitúricos.

—Adelante.

—En el cuarto de baño del apartamento donde fue hallado el muerto —prosiguió Drake—, el pabellón 21 del motel, los chicos de la Policía hallaron un vaso, uno de esos vasos de cristal que hay en todos los pabellones de todos los moteles del mundo, ya sabes cómo son, cómo suelen envolverlos con papel embreado y una etiqueta respecto al antiséptico.

Mason asintió.

—Dentro del vaso se hallaba el tubito de vidrio de un cepillo de dientes y un poco de polvo blanco. El teniente Tragg buscó las huellas dactilares del tubito.

—¿Halló algunas?

—Sí, halló algunas. Probablemente, las de Horacio Shelby, aunque todavía no están seguros.

—¿Qué más? —inquirió Mason.

—Alguien había usado el tubito del cepillo de dientes para pulverizar unas píldoras somníferas, usando el vaso como almirez improvisado, y el propio tubito como mano de almirez.

—¿Cómo llegaron a saber que el tubito había sido destinado a ese uso?

—Todavía quedaban unas motas de polvillo en el fondo del mismo.

—Sí, Tragg es un tipo muy eficiente y meticoloso —observó Mason.

Drake asintió, sombríamente.

—¿De qué eran los polvos? —añadió Mason.

—Un preparado barbitúrico llamado Somniferone. Es una combinación muy rápida en su acción, mezclada con otro derivado barbitúrico de efectos más retardados. El resultado es un producto que actúa velozmente y cuyos efectos duran bastante tiempo.

—¿Cómo lo identificaron?

—Por medio de uno de esos aparatos analíticos de rayos X. Tragg obtuvo las huellas del tubito y se apresuró a llevarlo todo al laboratorio de la Policía.

—De acuerdo —asintió Mason, cansinamente—. Ya veo que tienes algo más encerrado en tu melón. Anda, suéltalo.

—El Somniferone —continuó el detective— es el barbitúrico que le fue prescrito a Horacio Shelby por el doctor que avisó Borden Finchley después de haber llevado al viejo al sanatorio. También es el mismo doctor que prescribió el sedante que Daphne se llevó en su viaje. La receta precisamente la firmó muy poco antes de que la muchacha partiese de vacaciones. Por esto la chica se llevó consigo una dosis de Somniferone suficiente para tres meses.

—Prosigue —le animó Mason.

—La Policía todavía no lo sabe pero siguen investigando y están llegando a la buena pista.

—¿Cuál es la buena pista?

—Tu cliente —afirmó Drake—. Ciertamente, esa muchacha puede estar representando una comedia. Se hace pasar por la diosa de la Dulzura, la pequeña señorita Inocencia, y en realidad es más astuta que nadie.

—¿Cómo es eso? —se interesó Mason.

—Bueno, fue al restaurante chino y compró una cena china. Luego se marchó al pabellón 21. Cogió las píldoras somníferas que llevaba en el bolso y las desmenuzó en el vaso de cristal con ayuda

del tubito y el cepillo de dientes. Invitó a Ralph a entrar dentro para celebrar una conferencia. Drogó los alimentos, arrojó lo sobrante en el retrete y lavó los recipientes de cartulina. Cuando el individuo se durmió, ella conectó la tubería del gas a fin de dejarlo salir, y se largó. Sabía que, de una manera u otra, Ralph Exeter no la molestaría nunca más.

—No es esto, Paul —Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Pues es una teoría magnífica —se ufanó el detective—. Y a la Policía le empieza a gustar.

—Daphne compró la cena para Horacio Shelby —alegó el abogado.

—No —objetó Drake—, Shelby ya se había marchado del pabellón.

—¿Cómo?

—Hemos encontrado a un taxista que recibió una llamada para recoger a un pasajero en la esquina donde se halla localizado el motel Northern Lights. Bien, el taxista fue allí. Un hombre muy mayor, que parecía un poco trastornado, le estaba esperando en la esquina. Se metió en el taxi y pareció un poco vacilante respecto a la dirección que iba a dar. Se decidió por la Unión Station, pero después cambió de idea y se hizo conducir al aeropuerto. Allí fue donde le llevó el taxista. El viejo parecía podrido de dinero. Extrajo un mazo de billetes de su bolsillo, ninguno menor de cien dólares. Y el taxista tuvo que acompañarle a las oficinas del aeropuerto para poder cambiar. El viejo era Horacio Shelby. La descripción concuerda.

—¿El elemento hora? —interrogó Mason.

—El elemento hora da una hora antes de que Daphne Shelby se dirigiese al restaurante chino en busca de la cena.

—Está bien —admitió el abogado—, evidencia circunstancial, pero todavía no hay pruebas definitivas, Paul. Además, Daphne no tenía ningún motivo para asesinar a Exeter.

—No trates de engañarte. Estaba más resentida con Ralph que con los demás de la pandilla. A Borden lo consideraba tío suyo, y también tía a Elinor. En cambio, Exeter era el único que estaba haciendo el daño, presionando al matrimonio Finchley, y Daphne estaba bien enterada de ello.

—¿Y Borden Finchley? —le recordó Mason—. ¿Dónde estaba mientras ocurría todo eso?

—Borden posee una coartada, lo mismo que su esposa, Elinor.

—¿La has comprobado?

—La he comprobado. Naturalmente, se trata de una coartada matrimonial, pero existe una corroboración independiente. Los Finchley estaban sacando todos los efectos de Daphne de la habitación de la joven, haciendo inventario de todos los vestidos y prendas interiores, con frascos del maquillaje y los papeles. Pasaron en esto, al menos, tres horas. La asistente estuvo abajo casi todo el tiempo, sollozando por todo lo ocurrido. Por fin, la señora Finchley bajó, la regañó y la mandó a su casa.

—Había aquellos tipos de Las Vegas muy interesados en Exeter, Paul —volvió a recordarle Mason—. Cuando efectué mi primera visita al sanatorio «Buena Voluntad», un tipo se acercó a mi coche y me preguntó si yo era el doctor nombrado por el Tribunal para examinar a Shelby. Claro está, le contesté que no. Entonces, el individuo se alejó apresuradamente, se metió dentro del auto que tenía aparcado entre unos árboles y se marchó. No conseguí ver con claridad todo el número de la matrícula, pero sí que era del estado de Nevada. Lo supe por los colores. No quise seguirle para que no se diera cuenta, por lo que fingí que entraba en el sanatorio, pero luego cambié de idea, me metí en mi coche y salí en su persecución para obtener su número de licencia. Bien, no lo conseguí. Seguramente se metió por alguna bifurcación.

—De acuerdo, es una pista —concedió Drake—, pero por la hora en que tu cliente estaba en el pabellón 21, del motel Northern Lights, aparentemente llevándole la cena china a Horacio Shelby, éste ya se había largado de allí.

—¿No hay duda respecto a variaciones del elemento tiempo?

—No hay duda —Drake se mostró terminante.

—Está bien —suspiró Mason—, tendremos que someter a Daphne a un interrogatorio exhaustivo. Ya me ha mentido demasiadas veces. Della —añadió, dirigiéndose a la secretaria—, llámela, por favor.

Della Street buscó el número en la ficha y marcó el número de la joven.

—Me gustaría hablar con la señorita Shelby, por favor.

Esperó un instante y agregó:

—Seguramente, la pobrecita estará dormida. Ha tenido un día de prueba.

—¡La pobrecita! —se burló Mason—. Tan pobrecita es ésa, como que yo soy cantante de jazz. A estas horas, debe de estar haciendo alguna de las suyas.

Los tres esperaron con ansiedad.

—¿Está segura —preguntó poco después Della Street por el teléfono— de que está llamando a la habitación que le he dicho, telefonista? ¿Le importaría probar de nuevo?

Se produjo otro silencio y al final, Della Street dijo:

—Gracias, llamaré más tarde. No, no quiero dejar ningún recado.

La secretaria colgó el aparato y se enfrentó con los dos hombres.

—Sin respuesta. O no está en su habitación o...

Su voz se arrastró de manera muy significativa.

Perry Mason, saltando de su butaca, le hizo una seña a Drake.

—Bien, amigo, vámonos.

—¿Un coche? —quiso saber Drake, mientras descendían por el ascensor.

—Taxi. No quiero problemas de aparcamiento al llegar allí, y además tal vez haya muchos autos delante del hotel cuando regresemos.

Salieron del edificio de despachos, hallaron un taxi estacionado a pocos metros del portal y los tres se embutieron en su interior.

Mason le dio al taxista el nombre del hotel de Daphne, el coche efectuó una hábil maniobra y arrancó, no tardando en llegar a las señas dadas más de siete u ocho minutos. El abogado le obsequió con una generosa propina, tras abonar el importe, penetró en el hotel y con el más completo de los aplomos le dijo al ascensorista:

—Al séptimo.

Al salir del ascensor, el abogado torció a la izquierda por el corredor.

Las puertas del ascensor se cerraron.

Mason aguardó hasta que el ascensorista hubo llevado la cabina móvil hacia abajo, antes de consultar los números de las

habitaciones. De pronto, se dio cuenta:

—Dirección equivocada. Pero no quise que el botones supiera que no sabía adónde íbamos.

—¿Cuál es el número? —preguntó Drake.

—El siete dieciocho.

Retrocedieron sobre sus pasos hasta hallar el 718.

En la puerta había un cartel con la consabida advertencia: «No molesten, por favor».

—Consideremos una cosa —les rogó Della Street—. Anoche esa pobre criatura se la pasó en vela, trabajando en el sanatorio. Llevaba, por tanto, más de treinta y seis horas sin dormir. Es muy natural que haya colocado ese cartel en la puerta y se haya acostado.

—También sería natural que se hubiese despertado para contestar el teléfono —observó Mason.

—Tal vez no, si duerme profundamente —insistió la secretaria.

Los nudillos de Mason aporrearon la puerta. Esperó un momento y volvió a golpear con más ímpetu. Tampoco hubo respuesta.

—Della, no me gusta pedírtelo, pero tengo que entrar ahí. Vaya al ascensor, baje y salga del hotel; luego, vuelva a entrar, diríjase con desenvoltura al mostrador del conserje y pídale la llave de la habitación 718. Si lo hace con aplomo, obtendrá la llave. Si le pregunta el nombre, conteste Daphne Shelby. Si es un tipo suspicaz y desea más detalles de identificación, confiese quién es y que yo la estoy aguardando aquí. Que Daphne es mi cliente, que temo que la hayan drogado o quizás asesinado, y que si no contesta a mis llamadas es porque no puede. Si llega este caso, pida que el detective de la casa suba también.

—¿Cree, jefe, que puede...?

—¿Cómo voy a saberlo? Ya hemos tenido un asesinato. ¿Por qué no dos? Voy a decirle la actitud que tiene que adoptar con el detective de la casa. Explíqueme que yo la espero aquí. Esto hará que el tipo no la acuse de haber querido apoderarse de una llave que no le pertenece.

Della Street asintió.

—¿Cree que podrá hacerlo?

—Pondré en práctica todas mis dotes de actriz consumada —

sonrió la joven.

—Ahora procure salir del vestíbulo sin ostentación, para que el conserje no se fije en usted. Y cuando entre, diríjase directamente a pedir la llave.

—¿Pero y si Daphne tiene la llave consigo?

—En estos hoteles tienen casi siempre dos llaves de cada habitación en el casillero, y una tercera en un cajón, que emplean cuando las demás se pierden.

—¿Estará usted aquí?

—Estaré aquí —le aseguró Mason.

Della Street se dirigió al ascensor, oprimió un botón y al cabo de unos instantes comenzó a descender.

Mason, como simple medida de precaución, volvió a aporrear la puerta. Al no obtener respuesta, se recostó contra la pared, apoyando también en la misma el pie derecho, y le dijo a Drake:

—Todavía se presentan más complicaciones.

—Dependiendo, naturalmente, de lo que haya sucedido —objetó el detective.

—No importa lo que haya sucedido —rezongó el abogado. Y añadió, tras una corta pausa—: Lo cierto es que hay complicaciones. Si la chica no ha contestado al teléfono ni a mis llamadas a la puerta, probablemente nos tropezaremos con un cadáver... o quizá con alguien que habrá sido drogado con un barbitúrico. En cualquier caso, nuestra única esperanza será poder llevarla rápidamente al hospital para salvarle la vida. Si no está en su cuarto, empezarán los problemas.

—¿Como cuáles? —preguntó Drake.

—Supongamos que el teniente Tragg desee interrogarla. Le previno que no debía abandonar la ciudad, a fin de estar dispuesta a un interrogatorio en todo momento. Si la chica no está en su cuarto, Tragg lo considerará una fuga, y en este Estado, una fuga es una confesión de culpabilidad.

—¡Oh... oh! —exclamó Drake.

Aguardaron otros cinco minutos, y de repente, el ascensor se detuvo en la planta. Las puertas se deslizaron a los costados y Della Street le dio las gracias al ascensorista y se dirigió hacia los dos amigos.

—¿Salió bien? —quiso saber Mason.

Por toda respuesta, la joven exhibió la llave con el círculo metálico donde se leía el número de la habitación.

Della insertó la llave en la cerradura.

—Será mejor que esto me lo deje a mí —la advirtió el abogado, avanzando—. Si la puerta está cerrada por dentro con el pasador, nos enfrentaremos con un problema más peliagudo. En caso contrario, yo soy el abogado de esa muchacha, por lo que es preferible que sea yo quien abra.

La llave chirrió ligeramente. Mason, muy lentamente, comenzó a girarla, giró también el tirador, empujó la hoja de madera y se volvió hacia los otros.

—Está cerrada con el pasador.

—Lo cual significa que está dentro, ¿verdad?

El abogado asintió, pensativamente.

—Busquemos al detective del hotel —sugirió Drake.

—Probaremos una vez más —arguyó el abogado.

Esta vez sus nudillos sonaron con más fuerza que antes sobre la madera.

—Está bien —decidió al final Mason—, vayamos a buscar al detective y forzaremos esta puerta. Si...

El abogado calló al oír el sonido del pasador al ser descorrido.

De repente, la puerta estuvo abierta.

Daphne Shelby, cubierta con un camisón de encaje, les contempló, adormilada.

—¿Qué...? ¡Estoy... mareada...! ¡Socorro! —y cayó al suelo.

Della Street corrió a su lado.

—Aquí tienen un médico —dijo Perry Mason—. Que le llamen. Pero antes, debemos impedir que se duerma. Paul, busca algunas compresas frías. Aplícaselas a su cabeza y en el cuello.

—De acuerdo —se conformó el detective—. Pero antes metámosla en cama y...

—En la cama, no —le corrigió el abogado—. Si está drogada sería el peor sitio del mundo para ella. Tiene que andar. Yo la cogeré por un costado y usted, Della, por el otro. Por favor, Della, busque unas toallas.

—Sí, en seguida.

La joven corrió el armario, sacó una toalla de baño y entre los tres envolvieron con ella a la muchacha. Entonces, Perry Mason y su secretaria comenzaron a obligar a andar a Daphne. Drake pasó al cuarto de baño.

La muchacha dio uno o dos pasos y de repente cayó, gimiendo.

—Oh, estoy tan dormida... tan... tan dormida...

Drake salió del cuarto de baño con una toalla fría. La colocó en tomo al cuello de Daphne y luego sobre la cabeza.

—Vamos, Daphne —la animó—, tiene que seguir andando.

—¿Qué le ha ocurrido, Daphne? —la interrogó Mason.

—Creo... que me han... envenenado.

—Lo sé. ¿Pero qué le hace sospechar que la han envenenado?

—Me detuve en el mostrador de degustaciones. Pedí un poco de chocolate. No quería nada más que un poco de chocolate caliente y unas tostadas. Estaba tan cansada... Estuve de pie toda la noche pasada.

—Lo sé; adelante —la invitó Mason.

—El chocolate tenía un sabor muy raro —prosiguió Daphne, agregando—: Tuve que telefonear y dejé la taza sola durante un minuto. Le pedí a la camarera que no se la llevara. Había una mujer de aspecto muy gracioso sentada cerca del extremo del mostrador... —bruscamente, Daphne dejó de hablar y se convirtió en un peso muerto.

Mason y Della Street consiguieron incorporarla. Drake apareció con otra toalla fría.

—Ve al teléfono, Paul —le ordenó Mason—. Haz que envíen aquí al médico del hotel, rápidamente. Di que se trata de un envenenamiento con un somnífero.

Mason le entreabrió la «negligé» y empujó la toalla fría hacia la espina dorsal de la muchacha.

—¡Oh! —exclamó ésta—. ¡Está muy fría!

—Le hará bien —le aseguró Mason—. Siga andando.

—No... no puedo. Quiero... irme al lecho y dormir.

—Siga andando, siga andando —la urgió el abogado.

Drake regresó del teléfono.

—Dentro de unos segundos llegará el médico.

Mason se dirigió a Della Street.

—Llame al servicio, y pida dos cafeteras llenas de café muy fuerte.

—Por favor... déjenme... dormir —suplicó Daphne.

—Sigue trayendo toallas, Paul —continuó Mason dando órdenes.

—¡No, no! —protestó la muchacha—. ¡Estoy empapada!

—Estará usted empapada cuando hayamos terminado —la conminó Mason—. Paul, llena la bañera de agua sólo un poco más caliente que templada. Della Street se cuidará de que Daphne se dé un baño tibio... a fin de darle algún estímulo y que no se enfríe excesivamente. Pon el agua a muy pocos grados por encima de la temperatura normal del cuerpo humano.

Drake le entregó a Mason otras dos toallas acabadas de humedecer.

—Ojalá tuviese cuatro manos —refunfuñó.

Mason continuó haciendo andar a Daphne. Della Street pidió el café.

Y desde el cuarto de baño llegó el rumor del agua corriente.

Daphne suspiró. Dejó caer la cabeza sobre el hombro del abogado y se derrumbó de nuevo.

Mason consiguió volver a ponerla de pie.

—Ande, ande, Daphne —la aconsejó—. Tiene usted que ayudarme. Tiene que caminar. No puedo estar llevándola en brazos. ¡Ande!

—No siento el suelo —se quejó la chica—. Mis pies no tocan nada.

—¿Cree que la mujer que estaba sentada cerca de usted le metió algo en el chocolate?

—Tenía un sabor muy raro, amargo, y yo le añadí azúcar.

—¿Puede describir a esa señora? ¿Sabe cómo era?

—No... no puedo concentrarme... Siento defraudarle, señor Mason.

Y sus piernas volvieron a vacilar.

Mason y Della levantaron otra vez aquel peso muerto.

Después, el abogado echó hacia atrás su mano izquierda, y con la palma le propinó a Daphne un golpe soberbio.

La joven arqueó la espalda, al tiempo que se le cortaba la respiración.

—¡No vuelva a pegarme! —rugió ella, y al instante comenzó a quejarse y a gemir.

Esta vez, ni el abogado ni Della Street consiguieron que la muchacha se sostuviese sobre sus piernas.

Mason la miró, acurrucada en el suelo, con los ojos entornados y al final dijo:

—Será mejor que la acostemos.

—Pero usted dijo que así se hundiría en la inconsciencia —protestó Della.

—Lo sé, pero es igual —decidió Mason—. Metámosla en la cama.

Hubo una llamada a la puerta.

Fue Drake quien abrió.

—Soy el doctor Selkirk —se presentó un caballero que llevaba una cartera negra.

—Esta joven parece haber ingerido una fuerte dosis de barbitúricos —le explicó Mason.

—Está bien —asintió el galeno—. Le bombearemos el estómago para un lavado.

—Y guarde lo que pueda —le advirtió Mason—. Estoy interesado en ello.

—¿Tienen aquí algún recipiente indicado? —quiso saber el doctor.

—Hay una jarra de agua.

—Bien, servirá si la necesitamos —se conformó el doctor—. Necesitaremos café.

—Ya lo hemos pedido, doctor —le contestó Perry Mason.

—Y tenemos que taparla y mantenerla bien caliente.

El médico bombeó el contenido del estómago; luego auscultó con un estetoscopio el pecho de la paciente. Frunció el ceño, le tomó el pulso y fue hacia la jarra donde había depositado el contenido del estómago.

Mason entró en el cuarto de baño y le ordenó a Paul Drake:

—Pon el agua casi a cero grados, Paul.

—¿Qué? —Drake abrió desmesuradamente los ojos por el asombro.

—Casi a cero grados.

El doctor Selkirk llamó al abogado.

—¿Podría hablar con usted un instante? —le preguntó.

Ambos se apartaron a un lado. El doctor bajó la voz, mirando con aprensión al rincón donde Della Street estaba alisando el húmedo pelo de Daphne, y apartándole algunos mechones de la frente.

—Veo algo muy gracioso —afirmó el doctor Selkirk—. La jovencita tiene el pulso muy fuerte y activo, su respiración es normal y regular, pero en el contenido estomacal hay restos de unas píldoras, de esto no cabe duda.

—¿Quiere decir que las píldoras no han sido digeridas? ¿Que se las tragó con el chocolate?

—Sí, tomó chocolate hace cosa de una hora —afirmó el doctor—, pero dudo mucho que las píldoras fuesen ingeridas con esa infusión. Creo, más bien, que las tomó más tarde.

—¿Me da permiso para efectuar un experimento, doctor? —inquirió Mason.

—¿Qué clase de experimento?

—Le he dado órdenes al señor Drake, un detective privado, que ahora está en el cuarto de baño —explicó Mason, elevando el tono de voz—, de que llenase la bañera con agua templada. Quiero que...

El doctor Selkirk comenzó a menear negativamente la cabeza.

—Deseo impedir que se enfríe, haciendo que tome un baño de agua caliente —prosiguió Mason.

El médico comenzó a decir algo, pero el abogado levantó un índice obligándole a callar y luego le guiñó un ojo sin disimulo alguno.

—Vamos, Della, llévela a la bañera —añadió Mason—. Nosotros la ayudaremos. Manténgala dentro del agua unos diez minutos.

—Se relajará y se dormirá —advirtió el médico—, y con toda seguridad que la señorita se hundirá en un sopor mortal.

—De todos modos, nada se pierde con probar —arguyó Mason—. Siempre estaremos a punto de reanimarla.

—¡Yo no pienso desnudarla! —protestó Della Street—. ¡Debió avisar a una enfermera si quería...!

—Bueno —accedió el abogado—, la meteremos en la bañera con el camisón puesto. Sólo me interesa que se dé un baño con agua

caliente.

—Tendrá usted que ayudarme —aún rezongó Della.

—La ayudaré —le concedió Mason.

Entre ambos cogieron a Daphne, la condujeron al cuarto de baño y la aproximaron hasta el borde de la bañera.

—¿Está despierta, Daphne? —quiso saber el abogado.

Los párpados se movieron, pero no hubo más respuesta.

—Está bien —decidió Mason—, al agua con ella, Della.

Mason y Della arrojaron a Daphne dentro de la bañera, con gran salpicadura de agua.

Al instante se oyó un estridente chillido.

—¿Qué diablos están haciendo? —rugió la joven. Y acto seguido saltó fuera de la bañera, iracunda, pataleando, como loca—. ¡El agua está helada! ¡Es usted un... un...!

—Está bien, Daphne, lo soy —la interrumpió Mason—. Ha sido una representación magnífica, pero no me ha engañado. Della se quedará con usted mientras se seca y se cambia de ropa; luego, tal vez se digne contarnos el motivo de toda esta farsa.

Mason salió del cuarto de baño y cerró la puerta.

—¡Estoy helada! —lloriqueó la muchacha, al cerrarse la puerta.

—Quítese esa ropa —le ordenó Della Street.

—Ponga un poco de agua caliente en la bañera. Ayúdeme usted a ducharme. Estoy helada hasta los huesos.

—¿Cómo demonios te diste cuenta? —le preguntó, mientras tanto, Drake a Perry Mason.

—Los dos primeros pasos que dio cuando empezó a andar fueron perfectamente normales —le explicó el abogado—; luego, de repente, recordó que tenía que estar muy débil y dejó las piernas completamente muertas. Un instante después, toda ella era un cadáver. Después, fingió reanimarse y volvió a hundirse. Sí, lo hizo muy bien, pero ignoraba lo que hacía.

—¿Y el contenido del estómago? —se interesó el doctor Selkirk.

—Olvídelo —le aconsejó Mason—. Lo echaremos todo por el retrete y usted puede pasarme su cuenta, doctor. Me llamo Perry Mason, soy abogado. Ya he averiguado lo que deseaba. Ha sido un tratamiento muy rudo, sumergir a una joven dentro de una bañera de agua fría, cuando espera que el agua esté al menos templada.

Pero pensé que esto produciría en ella una inmediata reacción —sonrió finalmente Mason—, aunque no creí que fuese tan grande.

Calló al sonar unos nudillos a la puerta.

El doctor miró interrogativamente al abogado.

—Será la camarera. No creo que debemos responder.

Pero la llamada se hizo más perentoria y a continuación se oyó la inconfundible voz del teniente Tragg.

—¡Abran! ¡Abran en nombre de la ley!

Mason se encogió de hombros.

—Soy el médico del hotel y no puedo ser sordo a semejante llamada.

El doctor abrió la puerta.

Tragg se mostró atónito.

—¿Se halla aquí una tal señorita Daphne Shelby? —preguntó. Y de pronto divisó a Perry Mason y añadió—: Vaya, vaya, vaya, ¿qué hace usted aquí?

—La señorita Shelby está enferma. Ha sido envenenada con barbitúricos. Della Street se halla con ella en el cuarto de baño. Yo necesito hablar con ella cuando salga.

—También yo necesito hablar con ella —replicó el teniente, muy indignado. Luego se volvió al médico—: ¿Quién es usted?

—El doctor Selkirk, médico del hotel.

—¿Qué le ha pasado a la chica?

—Usted la ha tratado con su capacidad profesional, doctor —intervino Mason—, y creo que debe obtener el consentimiento de la paciente antes de responder a esta pregunta.

El doctor Selkirk vaciló.

—No se deje enredar por ese picapleitos —se interpuso Tragg—. ¿Le llamó ella?

—Bueno, alguien me llamó desde esta habitación —admitió el médico.

—¿Es usted el doctor del hotel?

—Sí.

—Usted, pues, representa al hotel —decidió el teniente—. ¿Qué le paso a la chica?

—No... no estoy preparado para contestar por el momento a esta pregunta.

Tragg se aproximó a la jarra que estaba en el suelo, junto al lecho.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El contenido que he extraído del estómago de la paciente.

—¿Qué es esto rojizo?

—Píldoras. Unas píldoras sólo parcialmente disueltas.

—¿Trató alguien de drogarla? —continuó preguntando el teniente Tragg.

—Por esta razón le hice el lavado de estómago —contestó el doctor, tartamudeando.

—¡Vaya, vaya!

—Sin embargo —siguió el doctor—, yo diría que estas píldoras fueron ingeridas aún no hace quince minutos. Nosotros llevamos casi tanto tiempo en esta habitación. Por tanto, mi opinión profesional es que las pastillas fueron ingeridas unos instantes antes de que la joven abriera la puerta para dejar entrar a estos caballeros.

La expresión de Tragg era de claro triunfo.

—Sí, es exactamente la clase de evidencia que iba buscando —proclamó—. No sé si será tan fácil demostrarlo pero...

—¿Está absolutamente seguro de su diagnóstico, doctor? —preguntó Mason.

El médico sonrió.

—Usted parecía estarlo absolutamente del suyo.

Mason fue hacia la puerta del cuarto de baño.

—El teniente Tragg está aquí —gritó—. Quiere hacerle unas preguntas, Daphne, y yo no quiero que usted conteste ni una sola frase, ni una sola palabra.

—¡Eh, un momento! —protestó Tragg—. Con esta táctica sólo conseguirá acarrearle a esa jovencita una serie de perjuicios.

—¿De qué clase?

—Me la llevaré al Departamento.

—¿Arrestada?

—Posiblemente.

—No se la llevará de aquí si no es con una orden de arresto —objetó Mason, añadiendo—. Y si la arresta, se le pondrá la cara colorada a la luz de los subsiguientes descubrimientos.

Tragg meditó un momento estas palabras, luego se dirigió al asiento más cómodo de la habitación y se repantigó en él.

—Doctor —le dijo al médico—, no quiero que hable usted con nadie hasta que yo no le haya formulado unas preguntas respecto a este caso. Ahora puede irse, si cree que ya no hay el menor peligro para su paciente.

—No hay peligro alguno —afirmó el médico—. Tiene el pulso fuerte y regular, aunque un poco rápido. Aparentemente, se halla un poco excitada. Pero su corazón late bien y con fuerza. La respiración es normal. Las pupilas han reaccionado con toda normalidad, también. Le he lavado el estómago, y los restos de barbitúrico que puedan haber quedado en su cuerpo tal vez la ayuden a descansar bien esta noche, pero no le ofrecerán ningún peligro.

Tragg, entonces, fue hacia la mesita de escribir, dobló una hoja de papel con el membrete del hotel hasta convertirla en un cucurucho y comenzó a pescar las píldoras por entre el líquido de la jarra.

—Un trabajo un poco asqueroso —comentó—, pero creo que será una buena prueba, sí, la clase de prueba que andaba buscando.

Della Street dejó oír su voz desde el cuarto de baño.

—¿Quiere pasarme las ropas que se hallan al pie de la cama, jefe?

Mason obedeció y llamó a la puerta del baño.

Della Street la entreabrió ligeramente y Mason le entregó las prendas pedidas.

—Perry —anunció Tragg—, voy a llevarme a esa chica al Departamento. Si tengo que arrestarla, la arrestaré como sospechosa de asesinato. Poseo bastantes pruebas para justificar esta acción.

—De acuerdo —accedió Mason, con aire aburrido—, pero yo le ordenaré que no conteste a ninguna pregunta a menos que yo me halle presente. Esta joven estuvo en pie toda la noche pasada. ¿Por qué no permite que goce de unas horas de sueño y la interroga mañana?

—De acuerdo, pero dormiré donde podamos estar bien seguros de que no volverá a complicar la vida de nadie con sus condenadas pastillas.

—Haga lo que guste.

Tragg contempló pensativamente al abogado.

—Algo se agita en su cerebro, Perry. ¿Qué es?

—Simplemente, la seguridad de que va a ponerse en ridículo, dando un paso irrevocable antes de estar seguro de lo que hace.

—Ocúpese de sus problemas que yo me ocuparé de los míos —le aconsejó el teniente Tragg, enfurruñado.

Casi al instante salieron Della Street y Daphne del cuarto de baño.

—Lo siento, Daphne —se disculpó Tragg—, pero me la llevo al Departamento. Quiero tenerla esta noche donde pueda estar seguro de encontrarla mañana. Le he prometido a Perry Mason que la dejaré dormir toda esta noche, pero quiero asimismo asegurarme de que no va a tomar más somníferos. ¿Cuántas pastillas ha tomado?

—No conteste a ninguna pregunta —saltó Mason al instante.

Tragg exhaló un suspiro.

—Está bien, recoja sus cosas. No quiero registrar aquí su bolso, pero le advierto que al llegar a la sala de detenidos la registrarán por completo. Y entonces le entregarán unas ropas carcelarias y ninguna pastilla para dormir.

Daphne, con la cabeza muy erguida, llameantes los ojos, fue hacia la puerta, pero antes de llegar se volvió y le espetó a Perry Mason:

—¡Usted, mamarracho! ¡Usted y su agua helada!

—No cometa niñerías, Daphne —le aconsejó Mason—. Estoy tratando de ayudarla. Pero usted actúa como una vulgar aficionada.

—Bien, pues usted es un profesional, sumamente engorroso.

El teniente Tragg escuchaba el diálogo con suma curiosidad.

—Ya está bien, Daphne, vámonos —la invitó.

Y abandonaron la estancia.

—Guarde la llave, Della —le ordenó Mason a su secretaria, en voz baja.

Bajaron todos en el ascensor. Tragg acompañó a Daphne a través del vestíbulo, hasta un coche policíaco.

—¡Volvamos a la habitación de la joven, de prisa! —gritó de pronto Perry Mason.

—¿Por qué? —se extrañó Drake.

—¿Por qué te imaginas que Daphne ingirió estas pastillas?

—Para despertar nuestra simpatía. Para simular que era otra persona la que anda enredando con las pastillas.

Perry Mason denegó con la cabeza.

—La atrapamos cuando llamamos a la puerta. No se atrevió a presentarse ante nosotros hasta haberse puesto el camisón, haberse tragado unas pastillas y empezar a actuar como una mala actriz.

—¿Por qué? —preguntó a su vez Della Street.

—Para impedir que pensáramos lo que ella estaba haciendo mientras nosotros estábamos aporreando su puerta.

—¿Y qué hacía?

—A menos que esté muy equivocado —explicó Mason—, estaba hablando con su tío Horacio en el cuarto contiguo. Tuvo que abandonar dicho cuarto, cerrar la puerta de comunicación, quitarse la ropa, ponerse el camisón, meterse en la cama, tragarse unas píldoras y luego ir a tropezones hasta la puerta y fingir que estaba drogada para que nadie sospechase el verdadero motivo de no haber contestado a la puerta a la primera llamada.

—¡Ésta es una suposición muy aventurada! —objetó Della Street. Mason sonrió.

—Tal vez, pero mejor será que volvamos a la habitación de Daphne, llamemos a la puerta de comunicación y veamos qué ocurre. Y mientras yo llame a dicha puerta, tú, Paul, estarás de guardia en el corredor, por si acaso tío Horacio tratase de escurrirse. ¡Vamos, andando!

Capítulo XIV

Mason se dirigió a la puerta de comunicación de la habitación de Daphne Shelby. La probó. Estaba cerrada.

Empujó con todas sus fuerzas y la puerta se abrió de repente, precipitando al abogado dentro de la otra estancia.

Pero estaba completamente vacía.

Mason miró en el cuarto de baño y luego corrió al pasillo.

Paul Drake estaba allí de guardia.

—No ha salido nadie —le informó al abogado.

—¡De prisa! Es muy listo. Se despidió del hotel mientras estábamos entretenidos con Daphne. Ésta fingió, no sólo para protegerse, sino también para darle tiempo a su tío a escapar. Vámonos.

El abogado volvió a correr hacia el ascensor, oprimió frenéticamente el botón y cuando la jaula se detuvo le entregó al ascensorista un billete de cinco dólares.

—¡Abajo, de prisa! —le ordenó.

Las puertas se cerraron y el ascensorista, muy contento, mandó el armatoste al vestíbulo. Mason se precipitó al mostrador de la recepción.

—¿Se ha marchado el ocupante de la 720? —preguntó.

—Sí, hace unos instantes.

—¿Qué clase de tipo era?

—Ya mayor, esbelto, de aspecto distinguido, pero muy nervioso... ¡Vaya, allí está!

—¿Dónde?

—Ahora pasa por la puerta giratoria.

Mason atravesó el vestíbulo en cuatro zancadas y le dijo al portero:

—¡De prisa, un taxi!

De nuevo, un billete de cinco dólares obró maravillas.

Mason, Della Street y Paul Drake se apretujaron dentro del vehículo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

—Siga a ese individuo que va andando por la acera —le ordenó Mason—, pero sin que sepa que le seguimos. Esto es enteramente legal, pero secreto. Aquí tiene veinte dólares para tranquilizar su conciencia.

—Vaya, por veinte dólares soy capaz de prescindir de mi conciencia —exclamó el conductor. Y se embolsó el billete con una sonrisa.

—Esto es aparte de lo que marque el taxímetro —añadió Mason.

—¿No quiere detenerle?

—No, caramba —gruñó el abogado—. Quiero saber a dónde va. El individuo se dirigió al garaje del hotel.

—Debe tener ahí su coche —le comunicó Mason al taxista—. Tendremos que seguirle. Paul, allí hay una cabina telefónica. Llama a tu oficina y tráete a un par de agentes. ¿Cuántos coches tienes equipados con teléfono?

—Dos.

—Ponlos a ambos en acción. Uno al este y el otro al sur.

Drake efectuó la llamada.

Transcurrieron casi diez minutos antes de que el anciano saliese del garaje, conduciendo un coche con matrícula de Massachusetts.

Mason le echó una ojeada a la matrícula y agarró a Drake por el brazo.

—Es el auto de Ralph Exeter.

Reflexionó un instante y por fin Mason se dirigió al taxista:

—Le seguiremos. Será un poco difícil cuando haya salido de la ciudad, pero es lo mejor que podemos hacer.

—Sí, por estas calles no me costará seguirle —asintió el otro—, pero cuando se halle en una autopista, me costará bastante. Estos taxis son muy buenos en una ciudad, ya que arrancan y frenan casi al instante, pero no sirven para las velocidades de las autopistas.

—Lo sé —reconoció Mason—, haga cuanto pueda.

El viejo conducía cautelosamente, sin correr riesgos y

manteniéndose dentro de los límites legales, por lo que el taxi no tuvo dificultad en seguirle. Luego, el coche de Shelby dobló hacia la autopista de Santa Ana y cobró velocidad.

El taxista comenzó a mascullar entre dientes, pero las luces que veía delante no se alejaron en ningún momento con exceso.

Al cabo de diez minutos, el coche de turismo se detuvo ante una gasolinera.

—¿Necesita gasolina? —le ofreció Mason al taxista.

—Bueno... nunca viene mal.

—Entre el coche.

—¿No es peligroso? —intervino Della Street.

—No conoce nuestro aspecto —le recordó el abogado.

El conductor del auto con licencia de Massachusetts pasó a la salita de espera.

Mason se acercó al encargado y le entregó un billete de veinte dólares.

—Tenemos prisa —le dijo—. ¿Podría servirnos a nosotros antes que a ese otro coche?

El encargado sonrió.

—Puedo entretenerme un poco con ese otro auto.

—Hágalo.

Paul Drake fue a telefonear.

—¡Dame el número de ese coche tuyo que va hacia el sur! —le gritó Mason—. Probablemente se halle ya en esta autopista. Dile al conductor dónde estamos, dale tiempo y dile que se reúna con nosotros.

El abogado comenzó a pasear con impaciencia sobre: la superficie de cemento, muy pensativo.

Al fin, el anciano salió de la sala de descanso y Mason pudo saborear a sus anchas el aspecto de aquél. Tenía un rostro aristocrático, con una nariz delgada y algo caballuna, un bigote gris, pómulos altos y ojos azules.

El anciano no dejaba de mirar a su alrededor, nerviosamente. No pareció prestarle la menor atención al taxi, y Mason procuró pasar completamente inadvertido.

Drake emergió de la cabina telefónica y le hizo una seña a Mason, el cual se le aproximó.

—Mi agente se halla a unas cinco millas detrás de nosotros. Cuando nos vayamos, ya habrá llegado aquí.

—Buen trabajo —ponderó Mason—. Estos coches equipados con teléfono valen lo que cuestan.

—Sí —asintió el detective—, y estos taxis resultan tan conspicuos... Si continuamos siguiéndole con éste, acabará por darse cuenta.

—Por esto nos marcharemos antes —decidió Mason—. Ahora ya sabemos que continuará por esta autopista. No existe mucho riesgo de que doble hacia un camino lateral.

—Si lo hace, estamos listos.

—Sí —convino Mason—, pero es un riesgo que debemos correr. En nuestra profesión siempre hay que correr algún riesgo.

El encargado se dirigió hacia Mason.

—Todo listo —le anunció.

Mason pagó la cuenta y le dijo al taxista:

—Por la autopista adelante, muy despacio. Si ese otro coche quiere pasarnos, da igual.

—Es difícil reconocer a los coches que vienen por detrás —rezongó el taxista—. Todos los faros son iguales.

—Ya lo sé, pero esperaremos hasta que nos adelante.

—¡Un momento! —gritó Drake—. ¡Aquí está mi agente!

Un coche alargado frenó delante de la estación de servicio. El conductor hizo sonar un par de veces la bocina.

—Pare —le elijo Mason al taxista, en el momento en que aquél pisaba el arranque—. Aquí tiene veinte dólares. Esto cubrirá el importe de ida y vuelta. Déme su número de licencia a fin de que pueda convocarle como testigo, si es necesario.

—Usted es Perry Mason, el abogado, ¿verdad?

—Sí.

—Vaya, será un placer ser testigo suyo, señor Mason. Aquí tiene mi tarjeta.

Mason, Drake y Della Street cambiaron de coche. Unos momentos más tarde, Drake que estaba mirando por la ventanilla posterior, exclamó:

—¡Aquí viene el viejo, Perry!

—¿Cuánta gasolina queda en el depósito? —le preguntó Mason

al agente que conducía.

Drake sonrió.

—No te apures, Perry —le tranquilizó—. Mis coches siempre llevan llenos todos los depósitos.

Mason respiró aliviado.

—Bien, así será más sencillo —comentó.

El auto de Massachusetts les adelantó, y el de Paul Drake inició la persecución.

—No mantenga una distancia siempre igual —le advirtió el abogado al conductor.

—No te apures tampoco esta vez, Perry —sonrió Drake—. Mi agente lleva muchos años de práctica. Y está altamente especializado en la profesión.

—Estoy tan nervioso como un gato —reconoció Mason, retrepándose en el asiento, exhalando un suspiro.

—No lo entiendo —exclamó Drake, después de una larga pausa—. ¿Qué está haciendo Horacio Shelby con el coche de Ralph Exeter, y por qué Daphne le hizo ocupar la habitación contigua y por qué...?

—¡Basta de preguntas! —le atajó Mason—. Ahora, precisamente, estamos obteniendo las respuestas.

—Ésta no es vida para una empleada —se quejó Della Street—. A la hora en que debería abrir la oficina por la mañana, estaremos en Tucson.

—Más seguro, en Ensenada —la rectificó el abogado.

Pero cuando se disponían a tener que soportar una larga persecución, el coche de delante se detuvo delante de un motel de San Diego, y el conductor alquiló un pabellón con el nombre de H. R. Dawson.

Mason le pasó sus órdenes al agente.

—Le conseguiremos el relevo lo antes posible, ya que necesitamos dos o tres agentes para esta labor. Informe por teléfono a la oficina de Paul. Usted tendrá que ayudarnos a vigilar a ese hombre, pero dentro de una hora necesitamos aquí otro agente para que le ayude.

—De acuerdo. Puedo pasar despierto toda la noche, si logro tomarme una taza de café de cuándo en cuándo —replicó el agente

—. Y también tengo unas píldoras para no dormir.

—Llame por teléfono a la oficina —insistió Mason, y luego se dirigió a Paul Drake—: Tú ve también al teléfono. Pide un agente a tu sucursal de San Diego.

—De acuerdo —asintió Drake, el cual le dijo luego a su empleado—: Que envíen otros dos coches de relevo a la oficina.

—Preferiblemente, uno de ellos con teléfono —añadió Mason.

—El otro debe hallarse por la autopista de San Bernardino —calculó el detective—. Haré que vuelva hacia aquí. Podrá llegar a las tres de la madrugada.

—Tendrá usted muy pronto el relevo —le prometió aún Perry Mason al agente—. Ahora nosotros pediremos un coche y regresaremos.

El agente usó su teléfono para avisar a un taxi. Este les condujo a una agencia donde alquilaban coches sin conductor, y al cabo de una hora, el abogado, Della Street y Paul Drake se hallaban camino del norte con el auto alquilado.

—¿Sabes qué es lo que sucede? —inquirió Drake.

—No muy bien —contestó Mason—, pero empiezo a formarme una idea.

—¿No tendremos que comunicar lo que hemos hecho?

—¿Por qué?

—Si ése es Horacio Shelby, resulta sospechoso de asesinato, toda vez que está conduciendo el auto del muerto.

—¿Sospechoso para quién?

—Para la policía.

—Pero no para mí —replicó el abogado—. ¡Afortunadamente, sabemos que él no lo hizo!

—¿Cómo lo sabemos?

—Porque la misma Daphne lo dijo. Sí, afirmó que su tío Horacio era incapaz de matar ni a una mosca.

—Quizá haya sufrido un cambio de personalidad —arguyó Drake, con sequedad—. La verdad, sin avisar a la policía que hemos localizado el coche del hombre asesinado, no me siento tranquilo.

—La policía aún no nos ha interrogado, y nosotros tenemos la obligación de permitir que Horacio Shelby logre huir.

—¿Huir?

—Sí, que vuelva a sentirse dueño de sí mismo algunas horas, al menos, y recobre su propia personalidad. También permitiremos que se escurra de la policía tanto como pueda. Si su hermanastro intenta demostrar de nuevo que Horacio es un nombre incapacitado, nosotros demostraremos que supo burlarse del teniente Tragg, lo cual indica un coeficiente de inteligencia muy alto.

—Creí —intervino Della Street— que iba usted a demostrar que ese viejo era el asesino y que, legalmente, está perturbado.

Mason sonrió.

—El buen estratega cambia de planes de acuerdo con las circunstancias.

—¿Y ahora han cambiado?

—Grandemente —afirmó Mason—. Bien, Paul, necesitamos hacer varias cosas. Primero, coge un agente para que registre el motel Northern Lighs. Puedes telefonar desde la próxima cabina que veamos. Que vaya a realizar el registro esta misma noche.

—¿Por qué?

—Porque el sitio estará lleno —repuso Mason—. El único pabellón vacío será el 21. La policía ya quitó el cadáver, han fotografiado el lugar y por estas horas ya debe estar en alquiler. Dile a tu agente que se aloje en el pabellón 21. Luego, emplea otro agente que lleve su tarjeta de investigador privado y vaya al motel a primeras horas de la mañana. Que pida ver las fichas de inscripción y anote las matrículas de todos los coches que vea con matrícula de Nevada. Luego, que se dedique a investigar respecto a sus propietarios, quiénes son y qué hacen.

—De acuerdo —accedió Drake—. Y ahora, ¿me dejas conducir un rato? Todavía queda un buen trayecto.

—Espera otra media hora. Estoy tan nervioso como un gato bajo una tormenta y tengo que meditar.

—Y esto —anunció Della Street gravemente— es invitarnos a permanecer completamente mudos.

Capítulo XV

Della Street, con el semblante un poco fatigado, penetró en la oficina a las diez de la mañana siguiente, hallando a Perry Mason ya trabajando.

—¡Perry! —exclamó la joven—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Una media hora —sonrió el abogado—. ¿Ha descansado?

—La mitad de lo necesario —rezongó ella—. Me ha costado mucho levantarme.

—Las cosas se aceleran —le explicó su jefe—. El agente de Drake de la sucursal de San Diego ha telefoneado. Horacio Shelby cruzó la frontera, atravesando Tijuana y largándose a Ensenada. Al parecer, no tiene la menor idea de que ha sido seguido, y se muestra más contento que un lagarto al sol, conduciendo de prisa y con más aplomo. Pero no guía ya el coche de Massachusetts.

—¿No?

—No, lo dejó en San Diego y compró otro en un establecimiento de compra-venta a primera hora de la mañana.

—¿Y Daphne?

—No tienen nada contra la joven —afirmó Mason, con el semblante muy grave—, pero el fiscal posee un informe completo de la policía, ha visto muchas facilidades para conseguir un mandamiento de arresto en la evidencia y quiere arrestarla. Creen que tienen ya completo el caso.

—¿Y usted qué opina?

Mason guiñó un ojo.

—Yo apuesto los dos extremos contra el centro, pero sólo represento a Daphne, y a nadie más. Por muchas chiquillerías que haya cometido, he de proteger sus intereses.

—¿Qué ha hecho?

—He solicitado una vista preliminar.

—¿Tienen bastantes pruebas para poder procesarla?

—Así lo suponen. Están absolutamente convencidos de que Ralph Exeter se hallaba en aquel pabellón del motel después de haberse marchado Horacio Shelby, que Daphne compró la comida china y que ella y Exeter fueron quienes se la comieron.

—En cuyo caso fue ella quien le administró el barbitúrico, ¿verdad? —concluyó Della Street.

Mason asintió.

—¿Cómo saben que Horacio Shelby no estaba en el motel?

—Encontraron al taxista descubierto por Paul.

—¿No hay ninguna novedad?

—Drake plantó a un agente en el pabellón 21 del motel.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. Bien, Della, creo que lo mejor será que llame a Bill Hadley, el físico detective.

—¿El que está especializado en los accidentes automovilísticos?

—Exactamente. Conoce a fondo todo lo referente a la metalurgia, y puede afirmar la velocidad que llevaba un coche por medio del impacto producido. Bueno, pues creo que no sería mala idea que echara una ojeada a la tubería desconectada de aquella estufa y le ofreciese algunas respuestas a la policía, si aún no las tienen. La policía ha aceptado la tubería como algo corriente, pero nadie desconecta una tubería con los dedos. Se necesitan herramientas y, a pesar de lo que pueda pensar la policía, ningún jurado admitirá que una muchacha como Daphne llevase ninguna herramienta encima para desconectar una tubería como aquélla.

El rostro de Della Street se iluminó.

—Es una idea excelente —aprobó—. Jamás se me habría ocurrido.

—Tampoco creo que se le haya ocurrido a Hamilton Burger, nuestro fiscal del distrito —sonrió Mason. Luego añadió—: Póngame con Bill Hadley.

Unos instantes más tarde, Bill Hadley se hallaba al otro extremo de la línea.

—Bill, tú ya has trabajado para mí en varios accidentes de automóviles —comenzó a decirle Mason—. Esta vez quiero que lo

hagas en un caso de asesinato. Ve al motel Northern Lights y entra en el pabellón número 21. Allí se cometió un asesinato o, al menos, eso piensa la policía. Una tubería de gas fue desconectada y un tipo que estaba durmiendo por efecto de un barbitúrico murió asfixiado.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó la voz de Bill Hadley.

—Que averigües lo que ocurrió.

—¿Me tomas por un clarividente?

—Echa una ojeada a la tubería. Nadie desconecta una tubería con los dedos.

—¿Podré entrar? ¿Tendré que enseñar mi placa de detective o...?

—En absoluto —le interrumpió el abogado—. Lárgate allí lo antes posible. El ocupante del pabellón es un chico muy amable, que te admitirá tan pronto como te identifiques. La tubería ha sido reparada debidamente, pero tú procura averiguar lo que puedas.

—¿Me llevo la cámara?

—La cámara, focos, microscopios y todo lo necesario.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No permitas que nadie se entere de lo que haces —le recomendó Mason—. El tipo del pabellón es nuestro.

—Bien. Ahora mismo pondré manos a la obra. Llegaré allí esta tarde, a primera hora.

—Procura no despertar sospechas.

—No temas, seré un turista muy simplón —le prometió Hadley.

Mason colgó el aparato.

—Ahora iré a ver a Daphne —le dijo a Della Street—, para saber qué tal ha pasado la noche.

—¡Pobrecita! —suspiró la secretaria.

—Depende de cómo se mire —comentó Mason—. Debe de admitir que tuvo mucho nervio al llevar a su tío al cuarto contiguo al de ella, y después fingir como fingió.

—Supongo que esto lo usarán como prueba en contra de la chica —meditó Della Street.

—Seguro. Tragg pescó hasta la última partícula de píldora del contenido estomacal. Cada vez que recuerdo el chillido que lanzó esa muchacha cuando la tiramos dentro del agua fría, me echo a reír todavía.

Mason abandonó el despacho y se dirigió a la sala de detenidas del Departamento de Homicidios, donde encontró a Daphne Shelby, que evidentemente no había dormido apenas. La detenida fue conducida a la salita-locutorio por una gruesa matrona.

—Por lo visto, resulta imposible hacerle comprender que tiene que jugar limpio con su abogado —le recriminó el abogado al verla.

—¿Qué he hecho ahora?

—Lo digo por lo que no ha hecho. Se olvidó comunicarme que su tío Horacio se alojaba en el cuarto contiguo al suyo, el 720, y que si se dignó usted hablar conmigo fue para que aquél nos oyese y pudiera escapar.

—Señor Mason —replicó la joven—, pongamos en claro una cosa: yo jugaré limpio con usted y no le ocultaré nada, excepto en lo referente a las cosas que puedan perjudicar a mi tío.

—¿A pesar de no estar unida a él por lazos de parentesco?

—Lo siento, pero le tengo mucho afecto. He sido una hija para él. Le he cuidado, le he protegido, y ahora que es viejo y está enfermo, pienso seguir haciendo lo mismo.

—¿Sabe la policía que su tío se hallaba en aquella habitación del hotel? —se informó Mason.

—Creo que no.

—¿Entonces no se lo ha dicho?

—¡Claro que no!

—¿Las preguntas que le han formulado no le han dado ningún indicio de si sospechan algo?

—No.

—¿Sabe que su tío llevaba el coche de Ralph Exeter?

—¡No! —exclamó Daphne, con desafío en los ojos.

—Está bien —suspiró Mason—, estamos jugando, Daphne. Usted juega conmigo para proteger a su tío. Pero le diré algo: yo la represento a usted. Y voy a conseguir que la absuelvan de esa acusación de asesinato. No represento a su tío. No represento a nadie más que a usted. Y, repito, procuraré que la absuelvan. Es mi deber. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien, tendrá que quedarse aquí cierto tiempo.

—Me acostumbraré.

Mason se dispuso a marcharse. De repente, sintió el brazo de la joven sobre el suyo.

—Por favor, señor Mason, yo puedo soportarlo. Soy joven y resistente, sí, puedo soportarlo. Pero si tío Horacio tuviese que pasar unos días en el calabozo, si viese rejas en las ventanas y carceleros y celdas... se volvería completamente loco.

Mason la obsequió con una sonrisa.

—Daphne, la estoy protegiendo. Y un abogado no tiene sitio para dos personas. Tendrá que acostumbrarse a esto.

—Bien, yo protejo a tío Horacio —le desafió la muchacha—. También usted tendrá que acostumbrarse a esto.

Mason volvió a sonreír.

—Ya estoy acostumbrado a mí mismo... y esto es difícil...

El abogado regresó a su despacho, donde halló que Paul Drake tenía un reportaje muy interesante. En el motel Northern Lights se había inscrito un coche de Nevada. El propietario había dado el nombre de Harvey Miles, de Carson City, pero el auto llevaba la matrícula de Stanley Freer, de Las Vegas.

—¿Sabes algo más? —inquirió Mason.

—De Freer, sí. Miles parece no ser más que un nombre, pero Freer es un cobrador.

—¿Cobrador?

—Sí. Trabaja para cobrar las deudas de juego.

—¿Con qué método?

—Como las deudas de juego no tienen validez legal en la mayoría de Estados —contestó Drake—, el método que emplea Freer se considera ilegal... pero altamente productivo.

—Bien, si Exeter tenía una deuda de juego y Freer le visitó y quizá le comunicó que Horacio Shelby se hallaba en el pabellón 21, es posible que Exeter fuese a ver al viejo a probar fortuna.

—Eso pienso yo.

Mason calló unos minutos y al final continuó:

—Sí, Paul, puede ser. Unos tipos de Nevada vigilaban el sanatorio. Y parecían muy ansiosos por hablar con el doctor nombrado por el tribunal. Esto significa que los jugadores estaban ya hartos de aguardar, y también que deseaban cobrar el dinero. También pudieron descubrir que Horacio Shelby se fugó del

sanatorio y adónde fue. Luego le manifestarían a Exeter que no estaban dispuestos a seguir esperando hasta que el viejo muriese, y que procurase obtener el dinero cuanto antes mejor. Luego, debieron poner un cobrador tras la pista de Exeter... y tal vez asesinó a éste, tras discutir con él.

—Sí, es una posibilidad —reconoció Drake—. Estos cobradores están ansiosos de matar a alguien para asustar a los demás morosos. Cuando se extiende la noticia, todos los que no han pagado se apresuran a soltar la pasta. Usualmente, sin embargo, los cobradores prefieren antes propinarle una tunda a su víctima.

Mason volvió a meditar la situación y añadió:

—Un jurado podría aceptar esta teoría. Incluso yo mismo.

Capítulo XVI

Marvin Mosher, uno de los alguaciles principales de la oficina del fiscal del distrito, se dirigió al juez Linden Kyle, que acababa de ocupar su sitio.

—¿Puedo pronunciar una alocución de apertura, con la venia de la sala?

—No es costumbre en una vista preliminar —opinó el juez.

—Sí, Su Señoría, pero el propósito de esta alocución es que el Tribunal pueda comprender la finalidad del testimonio que presentaremos y coordinar el mismo con todo lo demás.

—No hay objeciones —intervino Perry Mason.

—De acuerdo —concedió el juez—, pero le sugiero que sea breve. Una vista preliminar ya está de acuerdo con un testimonio coordinado.

—Muy bien —asintió Mosher—. Presentaré los hechos de manera muy resumida. La acusada, Daphne Shelby, hasta hace unos días pensó que era sobrina de Horacio Shelby, un hombre de setenta y cinco años de edad. Había vivido siempre como sobrina del anciano y, como demostrará la evidencia, procuraba aprovecharse de este supuesto parentesco para beneficiarse financieramente. Fue entonces cuando Borden Finchley, hermanastro de Horacio Shelby, junto con su esposa Elinor y un amigo, fueron a visitar al anciano. Se quedaron asombrados ante lo que vieron, o sea, cómo la joven Daphne se había apoderado de la voluntad de Horacio y cómo le manejaba.

—¡Un momento! —le interrumpió el juez Kyle—. ¿Ha dicho que la acusada pensaba que era sobrina de Horacio Shelby?

—Exactamente, Su Señoría. Ahora llegaré a este punto, con la venia de la sala.

—Adelante. El Tribunal se halla sumamente interesado en esta cuestión.

—Los Finchley sugirieron que la acusada se tomase tres meses de vacaciones, y que entretanto, ellos se cuidarían de Horacio Shelby, tanto de la casa como de sus asuntos. La acusada se hallaba bajo una profunda depresión nerviosa, y en su beneficio cabe decir que siempre había cuidado al anciano como la más amante de las sobrinas. La acusada recibió una buena suma para el viaje y se embarcó hacia Oriente. Estuvo fuera tres meses. Durante ese lapso de tiempo, los Finchley no sólo se enteraron de que el viejo Horacio pensaba hacer testamento en favor de la joven, sino que le había entregado ya grandes cantidades de dinero y se disponía a entregarle una aún mayor.

—¿Cuánto significa eso de «grandes cantidades» de dinero? —preguntó el juez.

—La última, la que desencadenó todos los sucesos por parte de los Finchley, fue por valor de ciento veinticinco mil dólares.

—¿Cuánto?

—Ciento veinticinco mil dólares.

—¿Era sobrina de Horacio Shelby, la joven?

—No, Su Señoría. Era una completa extraña, de acuerdo con los lazos consanguíneos. Era hija de la antigua ama de llaves de la casa, la consecuencia de un asunto amoroso sostenido en otro extremo del continente. Sin embargo, añadiré en favor de la acusada, que ella, de buena fe, creía que Horacio Shelby era su tío. Este mismo la había inducido a creerlo.

—¿Y la madre? —inquirió el juez.

—La madre hace poco falleció. Durante veinte años fue el ama de llaves de Horacio Shelby. Los Finchley hallaron mentalmente desquiciado a Horacio Shelby, con ideas exageradas respecto a lo que consideraba su deber hacia la acusada, de tal forma, que la joven podía, caso de desearlo, despojar al anciano hasta de su último centavo. Y cuando averiguaron, además, que le había enviado un cheque por valor de ciento veinticinco mil dólares, se personaron en el juzgado y solicitaron que fuese nombrado un tutor.

—Muy comprensible —asintió el juez, contemplando fijamente a

la acusada.

—Cuando Daphne regresó de Oriente —continuó Mosher—, y vio que la fortuna que esperaba heredar dentro de poco se hallaba fuera de su alcance, se enfureció. Horacio. Horacio Shelby, por aquel entonces, había ingresado ya en el sanatorio «Buena Voluntad». Daphne Shelby buscó empleo en dicho sanatorio, con nombre falso y ayudó a Horacio Shelby a fugarse de la institución. Luego lo condujo a un motel conocido como el Northern Lights, y lo instaló en el pabellón 21. A partir de aquel momento, nadie más ha vuelto a ver a Horacio Shelby. La policía no ha conseguido localizarle. Horacio Shelby, en complicidad con la acusada, se desvaneció en el aire «después de redactar un testamento dejándole toda su fortuna a Daphne Shelby». Puede, incluso, estar muerto. Además, y mediante un ingenioso fraude perpetrado contra el Tribunal, y a pesar de haber sido nombrado un tutor, la acusada consiguió apoderarse de cincuenta mil dólares pertenecientes a Horacio Shelby. El difunto, Bosley Cameron, alias Ralph Exeter, era amigo de los Finchley y, como tal, estaba familiarizado con los hechos. Por lo visto, Exeter logró hallar la pista de Horacio Shelby en el motel Northern Lights. La evidencia demostrará que la acusada atrajo al difunto hasta el pabellón ocupado por Horacio Shelby poco después de que el anciano abandonase el motel. La acusada se dirigió a un restaurante chino, adquirió comida en unos recipientes de cartón y, utilizando un vaso de cristal y un tubito de cepillo de dientes, pulverizó unas pastillas que el médico le había recetado por si le costaba dormirse durante sus vacaciones. Mezcló el barbitúrico con la comida e invitó a Exeter, y cuando éste estaba ya inconsciente, deliberadamente, desconectó la tubería de la calefacción, a fin de dejar salir libremente el gas. El cuerpo de Exeter fue descubierto por un inquilino vecino que olió el gas, pero por entonces ya estaba muerto. Aparentemente, la muerte se debió al gas, pero antes se hallaba ya inconsciente bajo los efectos del barbitúrico. Esta joven, entonces, se dirigió al hotel Hollander-Heath, y cuando la policía la encontró allí, se tragó apresuradamente unas píldoras, asegurando que alguien había envenenado el chocolate que había tomado una hora antes. El propósito de todo esto era hacer creer a la policía que era una

tercera persona la que había envenenado también a Ralph Exeter. Bien, ahora me gustaría dejar bien sentado que el motivo de haber sido procesada la acusada se debe a una reciente decisión del Tribunal Supremo respecto a la protección del inocente, pero que de manera inusitada complica la actuación del acusador y la policía. Esta joven se ha negado a colaborar con nosotros. Se negó a contestar a menos que estuviese presente su abogado, y éste la aconsejó que no efectuase ninguna declaración respecto a las preguntas clave y, como resultado, no hemos tenido más remedio que presentar nuestras pruebas al Tribunal. Deseamos llamar la atención de la Sala hacia un asunto que es elemental. Actualmente, sólo necesitamos demostrar que se ha cometido un crimen y enseñar las pruebas fundamentales para demostrar que fue la acusada quien lo cometió. En cualquier caso, queremos conseguir que este Tribunal ordene que la acusada sea llevada ante un Tribunal Superior para ser juzgada por su crimen.

Mosher se sentó.

—Si las pruebas corroboran esta declaración —opinó el juez Kyle—, no hay duda de que esta Sala enviará a la acusada a un Tribunal Superior. Este Tribunal ya ha anunciado que las últimas decisiones en defensa de los derechos de los acusados, a veces son contraproducentes y obligan a la policía a adoptar medidas extraordinarias, lo cual podría ahorrarse si las autoridades dispusieran de más tiempo para llevar a cabo sus investigaciones. Sin embargo —sonrió el juez—, este Tribunal carece de autoridad para hacer caso omiso de las decisiones del Tribunal Supremo. Procede, pues, empezar la vista.

—¿Puedo efectuar una alocución preliminar? —inquirió Perry Mason.

—Naturalmente, aunque no sea corriente.

—La evidencia demostrará —comenzó a decir Mason— que los Finchley durante muchos años no se tomaron el menor interés por Horacio Shelby. No obstante, cuando supieron que aquél se había enriquecido extraordinariamente, decidieron visitarle; y al averiguar que Shelby había hecho testamento, o intentaba hacerlo, a favor de la acusada, mandaron a la joven a Oriente y durante los tres meses que tuvieron a Horacio Shelby bajo su dominio, le

exasperaron hasta tal punto que el anciano se desesperó. Al enterarse de las intenciones de sus parientes para internarle en un sanatorio, Shelby trató de sustraer gran parte de su fortuna monetaria a la avaricia de los Finchley, y también para poder disponer de algún dinero si tenía que pleitear. Por tanto, le pidió a la acusada que se hiciese cargo de dicho dinero. La joven quiso hacerlo así, pero se lo impidió una orden del Tribunal nombrando a un tutor. Respecto a los cincuenta mil dólares que la acusación supone que la acusada consiguió mediante engaño, el dinero fue legalmente cobrado, gracias a mi diligencia. Se lo entregué a la acusada, y ésta, a su vez, le dio casi toda la cantidad a Horacio Shelby, a fin de que pudiera disponer de fondos. Esperamos demostrar que Ralph Exeter era un jugador profesional que debía cierta suma a algunos caballeros de Las Vegas; que los Finchley, por su parte, le debían a Exeter una respetable cantidad y que era, precisamente, Exeter la fuerza motriz que impulsó a los parientes del viejo Horacio a forzar la situación, obligándoles a utilizar el dinero de aquél para enjuagar su deuda. Esperamos, asimismo, al menos por evidencia circunstancial, que Ralph Exeter averiguó dónde estaba Horacio Shelby, que le presionó con sus peticiones, ofreciendo dejar que Horacio siguiera disfrutando de su libertad a cambio de una fuerte suma de dinero. Esperamos demostrar que Shelby machacó unas pastillas somníferas que le había entregado la acusada, mezclándolas con los restos de la cena, las cuales entregó a Exeter con el solo propósito de poder huir del motel y, por tanto, del alcance de sus parientes. Nuestra posición es que, después que la acusada abandonó el motel, después de la partida de Horacio Shelby, mientras Ralph Exeter estaba dormido en el pabellón, alguien desconectó la tubería del gas y asesinó a Exeter.

—¿Puede demostrarlo? —le interrumpió el juez.

—Puedo probarlo —aseguró Mason con mucho aplomo.

El juez Kyle meditó unos instantes y llamó a Mosher.

—Muy bien, exhiba sus pruebas.

Mosher llamó un testigo tras otro, construyendo un caso a base de pruebas circunstanciales. El doctor Tillman Baxter identificó a Daphne Shelby, afirmando que era la joven que le había pedido empleo, y la que había facilitado la fuga de Horacio Shelby.

Describió luego el estado mental del viejo. Éste sufría, dijo, los primeros grados de la demencia senil, por lo que el Tribunal había nombrado a un doctor, el doctor Alma, para que examinase al anciano; que dicho examen debía llevarse a efecto la misma tarde del día en que Horacio Shelby se fugó del sanatorio.

El doctor Baxter añadió que deseaba que su diagnóstico se viese confirmado por un psiquiatra independiente, pero que por culpa de la acción de la acusada, al dejar escapar a su tío, esto no era ya posible.

El teniente Tragg refirió cómo halló el cadáver de Exeter, conocido como Bosley Cameron, muerto en el pabellón 21 del motel Northern Lights. También había encontrado un vaso de cristal, y descubrió que en el mismo alguien había triturado unas pastillas, conocidas con el nombre de Somniferone; que éstas eran las mismas pastillas que más adelante se tomó la acusada en su hotel cuando fue a verla su abogado, aparentemente para advertirla de la llegada de los guardianes de la ley.

El teniente Tragg describió cómo la actuación de la acusada había colocado en mala postura incluso a su propio abogado, el cual acabó por arrojarla dentro de una bañera que la acusada creía llena de agua caliente, pero que en realidad estaba helada.

Tragg se retiró temporalmente. Un empleado de una droguería cercana al motel Northern Lights identificó el tubito de cristal como similar al que vendían con un cepillo de dientes de una marca muy conocida. Identificó a la acusada como la compradora del día antes que, precisamente, había adquirido un cepillo y pasta para los dientes, un peine, una navaja de afeitar y crema, y una bolsa de plástico para llevarlo todo. La joven había explicado que su tío había extraviado el equipaje y que necesitaba urgentemente tales artículos.

La camarera del restaurante chino también identificó a Daphne como la joven que se llevó la comida china en unas bolsas de cartulina, explicando que era para su tío, a quien le encantaba la cocina china.

La camarera describió de qué forma había aguardado Daphne mientras le preparaban lo pedido. Según aquélla, la acusada estaba muy, pero muy nerviosa.

Mason escuchó todos estos testimonios con una exagerada falta de curiosidad, como si todo ello no le interesara en absoluto. No se molestó en contradecir a ningún testigo hasta que el teniente Tragg hubo vuelto al estrado, terminando su declaración. Entonces fue cuando Mason se puso de pie y se decidió a interrogar afablemente al oficial de policía.

—¿Dijo usted que la tubería de gas había sido desconectada, teniente?

—Sí.

—¿Y es conclusión suya de que esto se hizo después de haber ingerido el difunto el barbitúrico?

—Como oficial investigador, creo que es una interpretación muy razonable —replicó el teniente—. La autopsia apoya mi teoría como indiscutible.

—Supongo que la desconexión de una tubería de tal calibre debe ir acompañada de considerable ruido, y Exeter seguramente no debía aguardar insensible a que fuesen ultimados los preparativos para eliminarle. A menos, claro está, que se trate de un suicidio.

El teniente Tragg, con aire de triunfo:

—Si se suicidó, señor Mason, dispuso del arma y cuando no la encontramos, usualmente descartamos la teoría del suicidio.

—¿El arma? —inquirió Mason.

—Unos alicates —le explicó el teniente Tragg—. La tubería estaba unida al radiador de forma que no pudiese filtrarse ni el menor átomo de gas, y se necesitó unos alicates para poder desconectarla. No, no había ningunos en la habitación.

—Ah, sí, teniente, ahora iba a referirme a esto. Usted se ha anticipado. ¿Fueron necesarios unos alicates para destornillar la tubería?

—Claro.

—A fin de impedir los escapes, las tuberías suelen estar fuertemente encajadas, ¿verdad?

—Sí.

—A veces con un compuesto que forma como una capa y no permite las filtraciones, ¿eh?

—En efecto.

—Y para poder aflojar dicha conexión hay que ejercer una

fuerza considerable, ¿cierto?

—Un poco de fuerza —Tragg evitó la trampa—, pero en realidad una fuerza que cualquier jovencita que goce de buena salud puede realizar sin grandes esfuerzos.

—No, no me refería a esto, teniente —replicó Mason—. Lo interesante es que unos alicates tienen que morder para asir con firmeza la tubería.

—Sí.

—Bien, estos alicates poseen unas mandíbulas dentadas, de forma que cuando se aplica la presión las mandíbulas muerden, y los dientes o muescas quedan señalados en el hierro con bastante presión. ¿No es así?

—Exacto.

—¿Y fue por haber descubierto tales indentaciones en la tubería que supo usted que se había empleado unos alicates para desconectar la tubería?

—Sí, señor.

—¿Ha fotografiado las marcas, teniente?

—¿Fotografarlas?

—Eso dije.

—No. ¿Por qué hubiera debido de hacerlo?

—¿Entonces, desconectó la tubería para que sirviera de evidencia?

—Claro que no. Había un escape de gas. Volvimos a conectar la tubería lo antes posible.

—¿Pero usted observó las señales en la tubería?

—Sí, señor.

—¿Y no se le ocurrió, teniente, que esas señales podían ser muy significativas?

—Ciertamente. Significaban que se había utilizado unos alicates, nada más.

—¿Examinó las marcas al microscopio? —insistió el abogado.

—No.

—¿Con una lupa?

—Menos aún.

—Supongo que estará enterado de que a veces, una melladura en un cuchillo u otro instrumento de hierro o metal puede hacer

que dicho artículo sea plenamente identificado, ¿verdad?

—Sí, esto lo sabe cualquiera.

—¿Y no sabía que esto también puede ocurrir con unos alicates?

La expresión del teniente Tragg dio a entender que acababa de comprender adónde quería ir a parar Perry Mason.

—No quitamos la tubería —admitió—. Todavía sigue allí.

—Sin embargo, ha sido destornillada dentro de la conexión, ¿verdad?

—Sí.

—Y hasta ahora, teniente, usted ignora si hay algunas marcas identificadoras en dicha tubería que pudieran darnos la pista de cuáles fueron los alicates empleados para desatornillarla, ¿eh?

El teniente Tragg cambió de postura y al final contestó.

—Admito, señor Mason, que ha ganado usted un punto. No sé, también admito que tal vez lo mejor habría sido examinar dichas señales escrupulosamente en un microscopio. Siempre he procurado ser justo. La investigación de un crimen a menudo es un asunto científico. Reconozco ahora que habría sido inteligente hacer examinar las indentaciones con una lente de aumento, y si existían tales marcas, fotografiarlas para que quedara constancia.

—Muchas gracias por su declaración imparcial, teniente Tragg. Siempre he apreciado su integridad, y ahora aprecio su justicia. No tengo más preguntas que formularle.

—Bien, caballeros —dijo el juez Kyle—, hoy hemos recorrido un buen trecho. Supongo que la vista quedará finalizada mañana.

—Supongo lo mismo —tronó el ayudante del fiscal.

—Muy bien —aprobó el juez—. Ha llegado la hora de la suspensión y el Tribunal aplaza la vista hasta mañana a las nueve y media de la mañana. La acusada queda en custodia y se levanta la sesión.

Capítulo XVII

De regreso a su despacho, Mason halló a Paul Drake esperándole con más informes sobre Horacio Shelby.

—Ese tipo lo hace muy bien —dijo el detective—. Está en Ensenada gozando del sol y paseando con mucho más aplomo que cuando llegó allí, y parece muy contento.

—¿Ha hablado con alguien? —inquirió Mason.

—No como interviú. Pero uno de mis agentes consiguió enfascarle en una conversación, mientras Shelby estaba paseando hacia el muelle, y el informe asegura que ese individuo es muy listo.

—De acuerdo, creo que podrá soportar otro choque —suspiró Mason.

—¿Vas a ir allí?

—Sí. Haré que Pinky me lleve en el bimotor a San Diego, luego Francisco Muñoz me recogerá en Tijuana y... ordénale a tu agente que me localice. Me reuniré con él delante del motel.

—De acuerdo.

—Quiero estar bien seguro de que no se pierde el rastro de Borden Finchley ni su esposa durante esta noche. Quiero que una sombra les siga a cada instante. Pon a dos o tres agentes al asunto, si es preciso.

—Ya están.

—¿Qué hacen los Finchley?

—Viven normalmente. Estuvieron en el Tribunal y regresaron a su casa.

—Que se les vigile estrechamente. Della y yo iremos a Ensenada. Vámonos, Della.

—¿Sin comer? —se apuró la joven.

—Una comida maravillosa —dijo Mason—. Auténtica sopa de

tortuga, codorniz frita, un filete de venado y, si gusta, vino de Santo Tomás y...

—¿Comeremos en Méjico?

—Comeremos en Méjico —repitió Mason—. Llame a Pinky y a Francisco Muñoz, y larguémonos. Cuanto antes emprendamos la marcha, antes comeremos.

—Una chica no puede guardar la dieta en Ensenada —suspiró Della Street—. Sería un crimen pedir queso y ensalada en tales circunstancias.

Y sus dedos comenzaron a afanarse sobre el numerador del teléfono.

Mason se volvió hacia Paul Drake.

—Bien, Paul, tú conoces algo respecto a la técnica de coger unos alicates, colocar un pedazo de gamuza en tomo a las mandíbulas, de forma que puedan coger fuertemente el metal, pero sin dejar en el mismo ninguna señal especial, ¿verdad?

—Sí, lo he visto ya.

Mason le entregó a Paul Drake un pedazo de tubería.

—Haz que el agente que tienes en el motel Northern Lights cambie la sección de tubería que conecta el generador con el radiador por ésta.

Paul Drake cogió una tubería que le entregó Mason.

—¿Encajará?

—Sí —contestó el abogado—, han sido tomadas con todo cuidado las medidas.

Drake hizo girar lentamente la tubería entre sus manos.

—Ésta tiene unas señales —observó—, precisamente las señales de unos alicates, que tienen una melladura en una mandíbula.

—Exacto.

—Oye, ¿piensas sustituir la evidencia?

—¿Qué evidencia?

—Evidencia de asesinato. Al menos, evidencia en un caso de homicidio.

—Que tu agente quite cuidadosamente el sector de tubería, sin dejar señales —le instruyó Mason. Y añadió—: Que emplee una gamuza para que los alicates puedan morder, pero sin dejar señales delatorias. Luego coge en custodia la tubería retirada y guárdala

hasta que el teniente Tragg te la pida.

—Seguirá siendo ocultación de evidencia,

—¡Y un cuerno! —gruñó Mason—. Tú tendrás la evidencia bajo tu custodia. Es una evidencia que Tragg no quiso. Vaya, muévete y procura que este trabajo esté listo lo antes posible.

Drake lanzó un suspiro.

—Siempre tienes que pisar terreno sumamente resbaladizo, y lo mismo cuantos te rodeamos.

—¿Tienes algún agente que pueda hacerlo inmediatamente?

Drake asintió.

—Tiene que ser inmediatamente —insistió Mason—. De esto depende casi todo. Deseo que se haya hecho antes de una hora, mientras Tragg está informando de lo que ha ocurrido en la vista de hoy.

—Pinky nos aguardará con el avión —dijo Della desde su mesa—, completamente a punto.

—Vámonos, pues —decidió Mason.

—¿Volveremos esta noche? —quiso saber Della Street.

—Volveremos esta noche —repuso Mason—, y mañana por la mañana estaremos en el Tribunal.

Capítulo XVIII

El taxi se detuvo delante del motel «Casa de Mañana».

Mason ayudó a Della Street a apearse y pagó al conductor.

—¿He de esperar? —preguntó éste.

—No, muchas gracias —repuso Mason, utilizando sus conocimientos de español.

El taxista le dio las gracias a Mason por la generosa propina y arrancó. Mason y Della Street no se movieron de donde estaban.

Inskip, el agente de Drake, les silbó desde su coche estacionado, y Mason y Della cruzaron la calle hasta allí.

—Pabellón 5 —les informó Inskip—. Está dentro.

—De acuerdo. Aguarde aquí, porque nos conducirá al aeropuerto y entonces habrá ya concluido su misión.

El abogado y Della Street anduvieron bajo unos bananos, pasaron por delante de una oficina y finalmente Mason llamó a la puerta del número 5. No hubo respuesta ni el menor sonido.

Mason reprodujo la llamada.

La puerta se abrió ligeramente.

Mason contempló la angustiada faz y sonrió tranquilizador.

—Soy Perry Mason, señor Shelby, y ésta es mi secretaria, Della Street. Creí que ya era hora de mantener una charla con usted.

—¿Usted es... Perry Mason?

—Sí.

—¿Cómo...? ¡Oh, no importa! Pasen.

La puerta se abrió por completo.

—Me disponía a retirarme ya —se excusó el anciano, poniéndose la chaqueta.

Mason le palmeó la espalda y fue a sentarse al borde de la cama.

Della Street se acomodó en uno de los sillones de cuero y

Horacio Shelby en el otro.

—Ha sido una batalla muy larga para usted —observó Mason.

—Usted es el abogado de Daphne, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pobre muchacha!

—Se halla en un gran apuro —le informó el abogado.

—¿Un apuro? —el viejo levantó la mirada.

—Exacto.

—¿Por qué? ¡No debería tener ningún problema!

—Lo sé.

—¿Qué clase de apuro?

—La van a procesar por el asesinato de Ralph Exeter —dijo Mason, callando de pronto.

El rostro de Shelby fue una sucesión de emociones distintas: sorpresa, consternación y cólera.

—¿Ha dicho asesinato?

—Eso dije.

—Ralph Exeter... —masculló el anciano, escupiendo las palabras —. Un tramposo, marrullero, jugador de ventaja, extorsionista... ¡De forma que ha muerto!

—Ha muerto.

—¿Asesinado?

—Sí.

—¿Quién le mató?

—La policía afirma que Daphne.

—Imposible.

—Pues la policía...

—¿Dónde lo mataron?

—En el pabellón 21 del motel Northern Lights.

Shelby quedó callado largo tiempo.

Della Street, subrepticamente, extrajo de su bolso un cuadernito y un bolígrafo y empezó a tomar notas.

—Bien, supongo que tendré que cantar al compás de la música —dijo finalmente el anciano.

—¿La música? —se extrañó Mason.

—Si hallaron a Ralph Exeter muerto en el pabellón número 21 del motel Northern Lights, fui yo quien lo mató.

—¿Cómo? —masón estaba asombrado.

—Le administré una dosis excesiva de pastillas somníferas — confesó Shelby a regañadientes.

—Cuéntemelo todo —le animó Mason.

—No hay mucho que contar. Estaba harto de todo, señor Mason, de todo. Ni siquiera quiero pensar en ello, ni menos describirlo.

—Conozco algunas de sus experiencias —le consoló el abogado.

—No, imposible. Usted ve mi experiencia a la luz de un hombre robusto en plena posesión de sus facultades. Yo ya no soy joven. Y sé que mi mente desvaría a intervalos. Hay veces en que me hallo muy bien, y otras en que me siento... me siento como adormitado. No coordino como debiera. Me duermo cuando los otros hablan. No, ya no soy joven. Por otra parte, no soy viejo aún. Puedo cuidarme de mí mismo. Y sé lo que he de hacer con mi dinero. Sé cómo manejar mis asuntos. Usted no tiene idea de lo que significa que a uno le quiten la alfombra de debajo de los pies. Quedarse sin un centavo en el bolsillo, sin nada en absoluto que sea suyo; tener que soportar que los demás te digan lo que tienes que hacer; tener a la gente pegada a la piel, y que te aten a una cama, tras haberte atormentado con inyecciones. No, no pasaría otra vez por esto aunque me viera obligado a cometer media docena de asesinatos.

Mason le contempló con simpatía.

—Daphne me ayudó a fugarme de allí —continuó el anciano—, Dios la bendiga. Supo utilizar su cerebro. Y me condujo a ese pabellón de aquel motel.

—¿Y luego?

—Me ordenó que no me dejase ver; que no tardaría en traerme la cena.

—¿Y cumplió su palabra?

—Sí, entró en un restaurante chino y compró la cena.

—¿Y después?

—Cuando ella se fue, y no estuvo en el pabellón ni dos minutos, se produjo una llamada a la puerta. No contesté durante unos instantes, pero al repetirse la llamada y no queriendo atraer la curiosidad ajena, me decidí a abrir. Bien, allí estaba Ralph Exeter, sonriendo con su odiosa y untuosa sonrisa, y diciéndome: «Ya he llegado, viejo Horacio», y empujó la hoja de la puerta, haciéndome

retroceder hasta el fondo de la habitación.

—Cuénteme exactamente lo que ocurrió —le rogó Mason—. Necesito saber todo lo referente a Ralph Exeter.

—Ese bribón entró en el pabellón y me espetó que era él quien controlaba mi porvenir, que si yo accedía a pagarle a él ciento veinticinco mil dólares, seguiría en libertad; que lograría que Borden Finchley y su mujer no se ocuparan más de mí; que podría hacer lo que quisiera con el dinero sobrante; que si no me plegaba a sus exigencias, me entregaría a las autoridades, y que juraría que yo estaba completamente incapacitado, por lo que tendría que pasar el resto de mi vida en un sanatorio bajo el efecto de la droga o atado a una cama.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Usted no sabe lo que yo había pasado, señor Mason. De no haber sido por tan penosa experiencia, me habría echado a reír y habría telefonado a la policía. Pero tal como estaba el asunto, nadie me habría creído. Me habrían tomado por un chiflado. Bien, me quedé desesperado.

—¿Y qué hizo?

—Daphne me había entregado unas píldoras somníferas por si me hacían falta, así que me fui al cuarto de baño y las trituré en un vaso de cristal, tras lo cual volví al dormitorio. Pero el individuo se puso él solito en mis manos. Cuando entré estaba mirando ansiosamente la cena china. «¿Tiene un plato para servirme un poco de esto?», me preguntó. Le contesté que tenía palillos, y que lo que veía era lo que quedaba de mi cena. Me pidió los palillos. Se los entregué, y mientras le enseñaba a manejarlos, aproveché una oportunidad para mezclar los polvos con los alimentos. Se lo comió todo. Entonces le manifesté que deseaba reflexionar un poco su proposición; que en principio me hallaba de acuerdo con él, pero que ciento veinticinco mil dólares agotarían todas mis reservas monetarias. Y las píldoras no tardaron en surtir el efecto apetecido. Al cabo de poco rato, Exeter se tumbó en la cama, bostezó y se quedó dormido.

—¿Y usted...?

—Yo lavé las bolsas de cartulina, cogí el coche de Exeter, me fui al hotel Hollander-Heath y pedí la habitación contigua a la de

Daphne.

—¿Por qué se llevó el auto de Exeter? —inquirió Mason.

—Me vi obligado a ello —confesó el anciano—. Antes había tratado de llamar un taxi, pero tenía que aguardarle en el cruce y esto podía ser peligroso.

—¿Qué hizo con el taxi?

—Fui a la parte alta y... Bueno, antes fui a la Union Station; pero luego decidí ir al aeropuerto y como tenía dinero pensé alquilar un coche. Sí, fui al aeropuerto y traté de alquilar el auto, pero en ningún sitio me lo quisieron vender sin mi licencia de conductor.

—¿No la llevaba encima?

—No, señor. Sólo poseía un cepillo de dientes, unos pijamas, un peine y un cepillo... en fin, cuatro chismes que Daphne compró para mí.

—¿Qué hizo usted luego?

—Cogí un autobús hasta El Mirar, y anduve los cuatro bloques hasta el motel.

—Ahora sepamos qué ocurrió después de haberse instalado usted en el hotel Hollander-Heath —le apremió el abogado.

—Daphne estaba en mi cuarto. Y no oyó llamar a la puerta. Había colocado un cartel de «No molestar», pero cometió la equivocación de correr el pasador, por lo que la gente tenía que comprender que ella estaba dentro. Y claro, tuvo que actuar con rapidez. Se tragó las restantes pastillas, se desnudó, se puso un camisón y se metió en la cama. Después se levantó para abrir la puerta. Iba a fingir que las píldoras la tenían aturdida. Dijo que le lavarían el estómago y que entre unas cosas y otras, yo tendría tiempo de huir.

—¿Y fue esto lo que usted hizo?

—Sí, Daphne me ayudó hasta el final. Yo tuve que aguardar un poco. Metí todo lo que ella me compró en una bolsa de plástico, bajé a la recepción y me despedí; después fui al garaje a buscar el coche de Exeter, conduje hasta San Diego, estacioné el auto, pasé la noche en un hotel, a la mañana siguiente me dirigí a un negocio de compra y venta de coches, donde no me pedirían seguramente mi permiso, y compré un coche. Quería ir a México, capital, pero me

resultó imposible sin permiso turístico, y yo no pude conseguirlo sin demostrar mi ciudadanía, enseñar el permiso de conducir y demás.

—¿Es verdad que Daphne es hija de su antigua ama de llaves? —interrogó Mason.

Shelby le miró directamente a los ojos.

—Es verdad... pero también lo es que yo soy su padre.

—¿Qué? —exclamó Mason.

—Es la pura verdad —prosiguió Shelby—. Yo quise casarme con su madre, pero ella no estaba divorciada ni podía conseguir el divorcio. Entonces, mi hermano y su esposa murieron en un accidente y se me ocurrió adoptar a Daphne como si fuese mi sobrina. Pero, naturalmente, Borden Finchley sabía que esto no era verdad, por lo que le escribí que Daphne era hija del ama de llaves, y que ésta ya estaba encinta cuando llegó procedente del este. Borden jamás se cuidó de mí. Ni yo tampoco le comuniqué que había hecho fortuna. Supongo que fue Ralph Exeter quien efectuó averiguaciones a mi respecto. Borden le debía una crecida suma y Exeter le apretó las clavijas. Entonces, mis amados parientes decidieron venir a verme. La primera vez que Borden y su mujer me visitaron después de veinte años. Y entonces se les ocurrió la idea de desembarazarse de Daphne y comenzar a molestarme hasta el punto de tornarme majareta. No tiene usted idea de todo lo que hicieron. Luego comenzaron a administrarme drogas y todo se tornó confuso. Bien, ahora soy un hombre nuevo. Volveré a Los Ángeles y me enfrentaré con la música. Si le suministré un exceso de droga a Ralph Exeter y falleció a consecuencia de esto, aceptaré toda la responsabilidad de mi acción. Pero lo único que pretendí fue adormecerle a fin de poder escabullirme de su red, ésta es la pura verdad.

—No, no fueron las píldoras las que le mataron —le consoló Mason—. Alguien desatornilló la tubería del gas y murió asfixiado.

—¿Cómo? —se admiró Shelby.

Mason asintió.

El anciano calló unos momentos y luego suspiró.

—Bien, supongo que la culpa fue mía. Y nadie va a creer mi versión.

—La Policía descubrió que usted cogió un taxi delante del motel

antes del crimen. Saben que Daphne compró en el restaurante chino la cena para usted y creen que fue ella quien mató a Exeter para procurarle a usted una nueva fuga.

—Me fui pero regresé —explicó Shelby—. Y al hacerlo, quebranté la promesa hecha a Daphne. Ella quería que me quedase allí, pero yo sólo quería poder huir y necesitaba un coche para viajar.

Mason consultó su reloj.

—Nos esperan unos aviones —dijo.

Horacio Shelby suspiró, sacó una maleta debajo la cama y comenzó a amontonar ropa dentro.

—De acuerdo, dentro de diez minutos estaré a punto.

Capítulo XIX

El tribunal se reunió a las nueve y media y el juez Kyle proclamó:

—El pueblo contra Daphne Shelby.

Marvin Mosher se puso en pie.

—Con la venia del tribunal desearía volver a llamar al teniente Tragg al estrado para un examen directo.

El teniente Tragg ocupó el sillón.

—Ayer se produjo una cuestión —comenzó a interrogar Mosher— respecto a las marcas de una herramienta en la tubería del gas. Usted declaró que no había separado el sector de tubería como evidencia. ¿Se ha producido algún cambio en la situación desde ayer, teniente Tragg?

—Sí.

—¿Cuál es la situación actual?

—Estuvimos en el pabellón del motel esta mañana y separamos el sector en cuestión. Aquí lo tengo.

El teniente Tragg le entregó al ayudante del fiscal un trozo de tubería.

—¡Protesto, con permiso del tribunal! —tronó Mason—. No hay fundamentos para esto.

—¿A qué se refiere, señor Mason? —inquirió el juez—. Creo que fue usted el mismo que reprochó al teniente su negligencia al no haber separado este trozo de tubería.

—Cierto, pero la Policía no puede demostrar que este pedazo sea el mismo que se hallaba en el pabellón cuando se descubrió el cadáver.

—Oh, éste es un tecnicismo —replicó el juez. Luego se volvió hacia el teniente de policía—. ¿Existe algún indicio que demuestre

que ese trozo de tubería ha sido sustituido desde entonces?

—Ninguno en absoluto.

—¿Son las señales que aparecen en este pedazo las mismas que vio usted la primera vez?

—Parecen completamente semejantes.

—Muy bien —dijo el juez—, admitiré la tubería como evidencia.

—Contrainterrogatorio —le ladró Mosher a Perry Mason.

El abogado se levantó y se acercó al teniente.

—¿Ha examinado usted estas señales con una lente de aumento?

—No, señor. Sólo me procuré la evidencia antes de acudir al tribunal. De haber pensado que usted lo quería, lo habría hecho.

La sonrisa del teniente Tragg era burlona.

Mason extrajo una lupa de su bolsillo, estudió las señales impresas en la tubería, y luego le entregó la lupa y la tubería a Tragg.

—Le invito a que ahora estudie estas marcas —le dijo—, y a que las estudie cuidadosamente.

El teniente Tragg cogió la lente de aumento e hizo girar la tubería entre sus manos. De pronto, pareció petrificarse.

—¿Ve algo? —le preguntó Mason.

—Creo —declaró Tragg, cautelosamente— que hay la evidencia de que una de las señales de la herramienta está muy clara. Uno de los bordes de la mandíbula de los alicates parece tener una melladura.

—Por lo tanto, la herramienta con que se desatornilló esta tubería podrá ser identificada.

—Posiblemente —admitió el teniente.

—Por tanto, también, admite que pasó por alto una parte material de la evidencia, ¿verdad?

—Bueno... —se atragantó el interrogado—, la evidencia se halla ya en manos del tribunal.

—Gracias, nada más —concluyó Mason.

—Con esto termina nuestro caso, señor juez —anunció Mosher.

—¿Hay defensa? —preguntó el juez—. Ciertamente, parece que al menos existe un caso «prima facie» contra la acusada.

—Habrá defensa —afirmó Perry Mason—. Llamaré a mi primer

testigo, Horacio Shelby.

—¿Cómo? —saltó Mosher, rojo de indignación.

—Mi primer testigo será Horacio Shelby —repitió Mason.

—Con la venia del tribunal, esto ha sido una sorpresa para la acusación —continuó Mosher—. ¿Puedo pedir quince minutos de suspensión? Me gustaría informarle directamente al fiscal del distrito.

—Concedo los quince minutos de aplazamiento —asintió el juez—. El caso parece estar dando un giro insólito.

Cuando el juez hubo abandonado la sala, Mason se volvió hacia Daphne.

—Jovencita, tiene que prepararse para un fuerte golpe. No quiero avisarla. Necesito su reacción. Todos estarán espionando sus reacciones.

Y quiero ver la sorpresa que demuestra usted.

—¿De veras puede llamar a tío Horacio como testigo? —le preguntó la joven.

Mason asintió.

—¡Oh, no, no lo haga!

—¿Por qué no?

—Porque si pueden volverán a encerrarle en el sanatorio.

—¿Me toma por un aficionado? —le interrumpió Mason—. Hice que tres psiquiatras examinaran a su tío, uno de ellos anoche, y otros dos esta mañana. Su tío ha dormido muy bien y ahora está completamente descansado y restablecido. Los doctores le han declarado completamente sano y tan inteligente como un científico atómico. No tiene usted idea de cómo se siente. Estos psiquiatras son expertos. Los mejores en su profesión. Lo único que Borden Finchley podría emplear para apoyar sus declaraciones sería el testimonio de un psiquiatra vulgar, y la del tipo que dirige aquel sanatorio. No, los hombres que han declarado sano a su tío son expertos.

—¡Oh, estoy tan contenta, tanto...!

—¿Le quiere mucho, pues?

—No sé por qué, señor Mason, pero le respeto y admiro mucho.

—Bueno —le aconsejó el abogado—, pues aguarde unos minutos y las cosas comenzarán a ser vistas bajo un prisma más favorable.

Ahora, no hable con nadie. Volveré dentro de un instante.

Mason fue hacia el sitio donde se hallaba Paul Drake.

—¿Han seguido tus chicos a todo el mundo? —le preguntó.

Drake asintió.

Mason se desprendió y bostezó.

—Debes de saber lo que estás haciendo, ¿no? —rezongó el detective.

—¿No parezco estar confiado, Paul? —rió Mason.

—Como si tuvieses los cuatros ases en la mano.

—Exactamente —aprobó Mason—. En realidad, lo que tengo sólo es un par de dados, y un montón de fichas azules en el centro de la mesa.

—Alguien tiene la sospecha de que conseguirás llevártelas todas —exclamó Drake.

—Ojalá —suspiró el abogado.

De pronto, apareció en la sala Hamilton Burger, el fiscal del distrito, y Mosher se levantó rápidamente, saludándole con deferencia.

—¿Sabes qué significa esto? —le preguntó Mason al detective—. Que han telefoneado al gran personaje para que venga a ser testigo de otra de sus pifias.

El juez Kyle volvió al tribunal, se sentó y llamó al orden.

—Observo que ha venido el fiscal del distrito en persona. Está muy interesado en este caso, señor Burger, ¿verdad?

—Mucho, Su Señoría. Y pienso asistir a su desarrollo con gran atención.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque —replicó Hamilton Burger— en el caso de que la acusada no hubiese asesinado a Ralph Exeter, lo hizo Horacio Shelby. Y deseo obtener una postura legal desde la que, en caso necesario, podamos proceder contra ese caballero.

—Muy bien —opinó el juez Kyle—. Adelante, señor Mason.

—Que suba Horacio Shelby al estrado.

El anciano prestó juramento, se acomodó en el sillón de los testigos y le sonrió a Daphne.

—¡Un momento! —saltó Hamilton Burger—. Antes, Su Señoría, deseo que se le advierta a este testigo que es sospechoso en un caso

de asesinato, ya actuando solo, ya con un cómplice, precisamente la acusada, Daphne Shelby. Quiero que sea avisado que cuanto ahora declare podrá ser usado contra él más tarde.

—¡Su Señoría! —tronó Mason, puesto en pie—. ¡Protesto por ser esto un flagrante desprecio al tribunal! ¡Un intento de apabullar a un testigo de la defensa y amedrentarle para que no preste testimonio!

—Además —añadió el fiscal—, objeto a que este testigo preste declaración fundándome en que es incompetente para ello; padece demencia senil.

Mason se limitó a sonreír antes de responder.

—Me gustaría que el fiscal estuviera completamente seguro de lo que dice, y comprobase que el testigo no sabe lo que hace. Si tal fuese el caso, el tribunal debería advertirle que todo lo que ahora diga puede ser usado contra él más adelante.

El juez Kyle sonrió y se volvió hacia el testigo.

—Este tribunal desea formularle unas preguntas, señor Shelby.

—Sí, Su Señoría —contestó el anciano.

—¿Sabe que esto es un tribunal?

—Sí, Su Señoría.

—¿Por qué está usted aquí?

—He sido convocado como testigo de la defensa.

—¿Fue declarado incompetente por un juzgado de este Estado?

—No lo sé. Sólo sé que mis parientes me atiborraron de drogas y luego me internaron en un maldito sanatorio donde estuve retenido contra mi voluntad y amarrado a una cama. Y tengo entendido que dicho juzgado designó un médico para que me examinase.

Mason volvió a levantarse.

—Con la venia de la sala, el doctor Grantland Alma, que fue nombrado para examinar a este testigo, le ha examinado hoy y le ha hallado competente y capaz. Otros dos reputados psiquiatras le han examinado también y han certificado lo mismo. Si el tribunal lo desea pueden declarar dichos doctores.

—¿Protesta el señor fiscal? —sonrió el juez.

Hamilton Burger sostuvo una conferencia susurrada con su ayudante y al final dijo:

—Tengo entendido que, si el tribunal lo desea, hay dos médicos

que atestiguarán que este testigo es incompetente.

—Dos médicos que jamás han sido calificados como especialistas —se burló Mason—. El psiquiatra nombrado por el juzgado le ha declarado sano y competente. Si usted desea robarle tiempo al tribunal a cuenta de esos medicuchos, hágalo.

Hamilton Burger sostuvo otra conferencia susurrada y dijo al final:

—Temporalmente retiramos nuestra objeción, Su Señoría, pero deseamos de todas maneras que el testigo quede advertido.

Entonces, el juez se volvió hacia el anciano.

—Señor Shelby, este Tribunal no quiere intimidarle en modo alguno. Sin embargo, le advierto que de acuerdo con lo dispuesto por el fiscal del distrito, usted puede ser considerado cómplice, accesorio o parte principal en conexión con el crimen de que se halla acusada Daphne Shelby. Por tanto, es mi deber advertirle que cuanto diga podrá más adelante ser usado contra usted, y que tiene usted derecho a gozar de los beneficios de un abogado. ¿Le representa a usted Perry Mason?

—Sólo para demostrar que estoy sano y soy competente.

—¿No le representa en relación con la posible acusación contra usted dimanada de la muerte de Ralph Exeter?

—No, Su Señoría.

—¿Desea algún otro abogado para que le aconseje sobre sus derechos, deberes y privilegios en relación con dicho crimen?

—No, Su Señoría.

—¿Desea continuar y declarar por su libre voluntad?

—Sí, Su Señoría.

—¿Entiende la naturaleza de este procedimiento?

—Sí, Su Señoría.

—¿Tendrá presente la advertencia que le he formulado?

—Sí, Su Señoría.

—¿Sabe que no tiene que contestar ninguna pregunta que tienda a incriminarle?

—Sí, Su Señoría.

—Muy bien —decidió el juez—, proceda con su interrogatorio, señor Mason.

—¿Está relacionada la acusada de alguna forma con usted, señor

Shelby?

El aludido miró al frente y dijo:

—Sí, señor. Es mi hija.

—¿Su Hija? —repitió Mason—. Por favor, hable más alto para que pueda oírle el tribunal.

Hubo un murmullo irreprimible y algunos sollozos al fondo de la sala. El juez Kyle exigió silencio.

—¿Quiere explicarse, por favor? —siguió Mason.

—La acusada es hija de la mujer que era mi ama de llaves, mujer a la que amé profundamente. Pero no pude casarme con ella porque surgieron unas complicaciones legales, y más adelante me pareció más oportuno continuar nuestras relaciones sobre la base de que Daphne pasaría por mi sobrina. A fin de protegerla, redacté un testamento. En éste, naturalmente, se lo dejaba todo a la madre de Daphne, pero cuando aquélla falleció, quise cambiar el testamento para dejárselo todo a mi hija, pero lo fui demorando... hasta que casi fue demasiado tarde.

—Usted ha hecho otro testamento ahora.

—Sí.

—¿Libremente, por su propia voluntad?

—Sí.

—¿Estuvo internado en el sanatorio «Buena Voluntad?».

—Sí.

—¿Voluntariamente o contra su criterio?

—Contra mi criterio.

—¿Y qué ocurrió?

—Que Daphne me libertó.

—¿Y después...?

Daphne estaba sollozando quietamente dentro de su pañuelo. El silencio que reinaba en la sala era casi tangible.

Horacio Shelby continuó con su historia, describiendo con todo detalle su fuga del sanatorio, su estancia en el motel Northern Lights, las exigencias de Ralph Exeter, la forma cómo le había drogado, y el robo del coche.

Los espectadores se mantenían en tensión al borde de las sillas. Hamilton Burger, de vez en cuando, conferencia con su ayudante, siempre en susurros.

Al fin, Mason se volvió hacia la mesa de la acusación.

—¿Desea contrainterrogar al testigo?

—Con la venia de la sala —replicó Hamilton Burger—, este testimonio nos ha cogido completamente de sorpresa. Es casi mediodía y el tribunal debiera conceder un descanso hasta las dos de esta tarde, a fin de poder estudiar nuestra estrategia.

—Conforme —accedió el juez—. La vista queda suspendida hasta las dos.

El juez abandonó el estrado.

Horacio Shelby corrió hacia su hija y la abrazó con efusión.

La joven lloraba y reía, a la vez.

Los periodistas, que habían sido avisados del dramático giro del caso, corrieron a los teléfonos.

Paul Drake se acercó a Perry Mason.

—Ocurre una cosa muy graciosa, Perry —le cuchicheó al oído.

—¿Qué?

—Durante el aplazamiento de esta mañana, después de declarar el teniente Tragg, Borden Finchley fue al sitio donde estaba aparcado su coche. Se metió en él, buscó un solar lleno de maleza, miró arriba y abajo para ver si alguien le estaba espiando, sacó unos alicates del auto, se paseó un poco por el solar y por fin dejó caer la herramienta.

—¿Le seguía tu agente?

—Sí.

—¿Recuperó los alicates?

—Aún no ha tenido ocasión, ya que ha seguido vigilando a Borden.

—¿Qué hace éste ahora?

—Se metió en el coche y regresó a la sala para asistir al resto de la sesión.

Mason se dirigió al teniente Tragg, que estaba conversando con unos caballeros de la Prensa.

—¿Me permite un momento, teniente?

—Naturalmente —Tragg se acercó a un rincón de la sala.

—Usted declaró con bastante desenvoltura que la tubería era la misma.

—Vamos, Perry —exclamó Tragg— ¿por qué se muestra tan

tecnicista? Usted y yo sabemos que es el mismo trozo de tubería. Naturalmente, no estuve toda la noche en vela para poder jurarlo, ni lo marqué con mis iniciales, pero puedo identificarlo y ya lo hice.

—Cometió un error —le avisó Mason.

Tragg entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Yo saqué el sector de tubería, empleando una piel de gamuza para envolver las mandíbulas de los alicates, y lo sustituí por este otro que tiene unas señales completamente sintéticas, hechas con una herramienta cuyos bordes estaban mellados convenientemente.

El teniente Tragg enrojeció violentamente.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —rugió.

—Sí.

—¡Ha destruido una prueba en un caso de asesinato!

—Oh, no —replicó Mason—. Aquí tiene el pedazo de tubería que me llevé. Éste es la verdadera tubería. Si usted juzga que posee algún valor como prueba, tómelo. Yo sólo tomé la precaución de retenerlo bajo custodia.

Los ojos de Tragg comenzaron a despedir chispas.

—Pero —continuó Mason—, el motivo verdadero fue que necesitaba que quienquiera que hubiese aflojado la tubería, creyese que los alicates habían dejado marcas en el hierro. Ahora, para su información, esta mañana, durante el aplazamiento de la audiencia, Borden Finchley se marchó con su coche a un solar lleno de maleza y arrojó en él unos alicates, regresando acto seguido al Tribunal. Bien, si llamo a Borden Finchley como testigo y le aprieto, probablemente obtendré una confesión, pero esto hará que la Brigada de Homicidios parezca una pandilla de ineptos. Si, en cambio, usted actúa durante esta suspensión del mediodía, no le permita saber que las marcas de la herramientas son falsas, ya que antes de las dos puede haber tenido una completa confesión. Ya sé que usted es muy ducho en estas cuestiones. Y, de todas formas —añadió Mason—, nadie necesita saber que fue sustituida la tubería. La Policía se llevará toda la gloria por la solución de este caso. Y Hamilton Burger podrá retirar su acusación contra mi defendida. Todos volveremos a formar una familia muy unida y feliz y...

—¿Dónde está ese solar? —aulló el teniente Tragg—. ¿Dónde

arrojó los alicates...?

Mason le hizo un guiño a Paul Drake, el cual se acercó.

—Paul, busca al agente que sigue a Borden Finchley y ordénale que colabore con el teniente Tragg.

El abogado dio media vuelta, le sonrió a Daphne y le dijo:

—Nos veremos después del almuerzo, muchacha.

La joven, fuertemente abrazada a Horacio Shelby, le miró con los ojos anegados en llanto.

Mason se aproximó a Della Street.

—Ha llegado el momento de salir de aquí dignamente —le dijo.

Capítulo XX

Cuando el tribunal volvió a reunirse a las dos, Hamilton Burger se puso de pie para dirigirse al juez Kyle.

—Con la venia de la sala, el Estado desea formular una declaración de suma importancia.

—Adelante —accedió el juez.

—Gracias a la brillante labor detectivesca de la Policía, particularmente de la Brigada de Homicidios y aún más, del teniente Arthur Tragg, el asesinato ha quedado solucionado y la Policía tiene ya la confesión completa de Borden Finchley. Puedo resumir dicha confesión, afirmando que Borden halló a Ralph Exeter inconsciente bajo el efecto de las pastillas, y que entonces pensó que podía desconectar la tubería del calentador, a fin de asfixiarle, con lo cual no sólo escaparía a la responsabilidad del crimen, sino que éste recaería sobre Horacio Shelby. En su retorcida mente, pensó que si ejecutaban a Shelby por crimen, él sería entonces su único heredero. Sin embargo, su primitivo propósito fue desembarazarse de la presión que Ralph Exeter ejercía sobre él, exigiéndole un pago de la deuda contraída por causa del juego, unos meses atrás. Por tanto, deseo agradecer públicamente desde aquí la eficiente labor desplegada por el teniente Tragg, y esta acusación desea retirar el caso contra la acusada Daphne Shelby.

Hamilton Burger tomó asiento.

El juez Kyle pestañeó pronunciadamente y miró a Perry Mason.

—¿Alguna objeción de su parte, señor Mason?

El abogado sonrió.

—No, Su Señoría.

—Sería faltar a la verdad —declaró el juez—, si no confesase que este tribunal siente una gran satisfacción por la solución de este

caso. Este tribunal acepta la propuesta de la fiscalía y retira la acusación contra Daphne Shelby, que queda libre desde este mismo momento. Se levanta la sesión.

Los espectadores comenzaron a lanzar vítores y aplausos.

Después, cuando el juez Kyle abandonó la sala, todos se precipitaron a felicitar a la llorosa Daphne, que tenía las manos entrelazadas con Horacio Shelby.

—Si alguna vez se le ocurre decir algo respecto a ese pedazo de tubería... —le amenazó el teniente Tragg a Perry Mason—, le aseguro que le destruiré, le pulverizaré, le...

—¿Por qué? —le preguntó Mason, con gran inocencia—. Si todo fue perfectamente legal. Yo me apoderé de la evidencia que usted pasó por alto. La custodié, intentando entregársela a usted; pero luego usted exhibió el pedazo de tubería que yo había sustituido y cuando usted juró que lo reconocía como auténtico, vacilé y no pude decirle nada hasta que le pillé en privado. Y recuerde que se lo dije a la primera oportunidad.

—Es usted muy listo, Mason —refunfuñó el teniente—. Esta vez ha salido bien librado, pero tal vez la próxima...

—No me gusta que me lancen predicciones, teniente —sonrió el abogado—. Además, me gusta desafiar a la suerte. ¿Le contó Finchley cómo localizó a Shelby?

—Fueron los de Las Vegas quienes le encontraron —explicó Tragg—. Bien, convinieron en que Exeter le visitaría para sacarle la pasta. El tipo de Las Vegas buscó a Shelby para entregárselo a Exeter, y luego se lavó las manos. No les gusta la publicidad denigrante en los garitos de Las Vegas. Finchley deseaba un respiro. Él y su esposa estaban sacando el equipaje de Daphne, pero Borden fue al motel a efectuar un registro. Allí halló a Exeter completamente inconsciente. Finchley estaba más que harto de Exeter y Las Vegas. Y pensó que podía librarse para siempre de este período de su vida. Cogió unos alicates del cajón de las herramientas de su coche y desatornilló la tubería. Luego regresó a casa, se lo contó todo a su esposa y ambos concertaron una coartada.

—Sí, todo concuerda —convino Mason.

Tragg de repente cogió la mano de Mason y se la estrechó

cordialmente.

—Gracias por el soplo —le dijo.

Un fotógrafo hizo estallar el «flash» y captó el apretón de manos. Luego se acercó a Mason.

—¿Qué le decía Tragg?

—El teniente me estaba contando —repuso el abogado— que de haber puesto yo mis cartas un poco antes sobre el tapete, jamás habrían arrestado a Daphne Shelby.

Tragg sonrió ampliamente al oír estas palabras.

El periodista, sin embargo, pareció un poco intrigado.

—¿Y por qué no lo hizo?

Mason se volvió al lugar donde Horacio Shelby estaba llenando un cheque.

—¿Para perder unos buenos honorarios? —preguntó.

El periodista se echó a reír y el fotógrafo colocó un nuevo «flash» en su cámara, consiguiendo así una buena fotografía en el momento en que Perry Mason aceptaba muy satisfecho el cheque.